Jesús Marchamalo
Los reinos de papel
Bibliotecas de escritores
El Ojo del Tiempo
Siruela / Fundación Miguel Delibes

Jesús Marchamalo
Los reinos de papel
Bibliotecas de escritores
El Ojo del Tiempo
Siruela / Fundación Miguel Delibes

*Jesús Marchamalo*

# LOS REINOS DE PAPEL

## Bibliotecas de escritores

Siruela

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

El Ojo del Tiempo

Edición en formato digital: septiembre de 2016

Agradecemos a la Fundación Miguel Delibes

su valiosa colaboración para la publicación de este libro.

En cubierta: fotografía de © Jesús Marchamalo

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Jesús Marchamalo, 2016

© Del colofón, Damián Flores

© Ediciones Siruela, S. A., 2016

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-16854-67-7

Conversión a formato digital: María Belloso

# Índice

**Vivir los libros**

**La biblioteca de Sherezade**

Prólogo de Gustavo Martín Garzo

**LOS REINOS DE PAPEL**

BERNARDO ATXAGA

Los libros del capitán

JULIO LLAMAZARES

El lector del Oeste

IGNACIO MARTÍNEZ DE PISÓN

Libros y ventanales

MANUEL VICENT

La celda de los libros

ELVIRA LINDO

La perrita Lola y el libro de Caravaggio

LUIS GOYTISOLO

El viejo Conrad y el silencio carcelario

FÉLIX DE AZÚA

El paraíso de la cronología

ÁNGELES CASO

Todo ordenado

ANTONIO COLINAS

Encuentro con Ezra Pound

DAVID TRUEBA

La foto de Ava Gardner

JAVIER GOMÁ

El misterio de no saber leer

LUIS ANTONIO DE VILLENA

Gabinete de prodigios

MARTA SANZ

«Querida Kate»

MANUEL LONGARES

Inventario de libros, luz y sombra

VICENTE MOLINA FOIX

La casa de los libros

LORENZO SILVA

Kipling y el libro del abuelo

J. J. ARMAS MARCELO

Hemingway, el vigía

LUIS GARCÍA MONTERO

¿Qué libro quieres ver?

ROSA MONTERO

Libros y salamandras

MIGUEL DELIBES

El sello de correos

*A Emilia García, mi madre,*

*en todos los cielos te encuentro.*

*Los libros van siendo el único lugar de la casa donde todavía se puede estar tranquilo.*

JULIO CORTÁZAR

# Vivir los libros

A finales de 2007 empecé a publicar en el suplemento cultural del diario ABC el que, con el tiempo, ha sido uno de mis proyectos más exitosos y con el que, de una manera persistente, se me asocia. Se titulaba «Bibliotecas de autor» y, durante algo más de año y medio, me permitió visitar las bibliotecas de algunos de los escritores a los que más admiro, y recorrer con ellos ese universo suyo, tan singular siempre, de obsesiones y secretas manías con los libros, autores y lecturas. El inspector de bibliotecas me bautizó con poético acierto, no exento de una ironía sutil, Antonio Gamoneda.

Es cierto que cada biblioteca se rige por una serie de códigos, la mayor parte de las veces inconscientes, sin duda caprichosos, que trazan un retrato de sus dueños. Siempre cito a Marguerite Yourcenar, quien sostenía que la mejor manera de conocer a alguien es ver sus libros. Y creo que es verdad: los lectores se reconocen y se muestran en la manera en la que viven, conviven, con sus libros, y escribir sobre sus bibliotecas es, de algún modo certero, definirlos.

De la serie «Bibliotecas de autor» se publicaron quince entregas, a las que sumé otras cinco que completaban Donde se guardan los libros, el libro que publicó Siruela en 2011 y que tuvo una generosa acogida por parte de los lectores. Meses más tarde la Fundación Mapfre me invitó a preparar un ciclo en el que participaron cinco escritores quienes, ante un público que llenó el auditorio en cada una de las sesiones, hablaron de sus bibliotecas y sus libros.

Así, cuando a mediados de 2013, desde la Fundación Miguel Delibes, me propusieron colaborar con ellos, les planteé recuperar el proyecto. Durante algo más de dos años visitamos las bibliotecas personales de otra veintena de autores con quienes después conversé en diversas bibliotecas públicas de Castilla y León ante un auditorio siempre acogedor y entusiasta. De cada una de ellas se publicaba un texto en el suplemento cultural de El Norte de Castilla, y aquellos artículos, con apenas alguna ligera corrección, son los que ahora se han convertido en este libro.

Es curioso cómo estas bibliotecas, a pesar de su disparidad, parecen tener una continuidad, encajan misteriosamente unas en otras y construyen entre todas una

más amplia, extensa y colorista, inmensa, de títulos y autores. Cada escritor recomienda, además, tres lecturas: una propia, otra de la literatura universal que por algún motivo le resultó en su momento decisiva, y otra de Miguel Delibes, con lo que se añade otra biblioteca más de propuestas y sugerencias lectoras.

Quiero agradecer a todos los protagonistas su generosidad a la hora de franquearnos las puertas de sus casas, y de mostrar esa intimidad inconfesada que cada uno tiene con sus libros.

Gracias a Gustavo Martín Garzo por su precioso prólogo y su inmejorable amistad de años, gracias a mi generoso amigo Damián Flores por su viñeta, que sirve de colofón a este libro, y gracias, infinitas, a Vicente Molina Foix por su título. Es sabida mi inutilidad manifiesta para titular, y siempre es un asombro gozoso ver con qué certeza y naturalidad acierta la consolidada «agencia Molina» cuando se trata de buscar uno.

Y gracias a la Fundación Miguel Delibes por su confianza. Conocí a Miguel Delibes hace dieciséis años, cuando me otorgaron el premio de periodismo de lleva su nombre, y fue desde entonces un amigo entrañable y generoso. Vincularme con su fundación me pareció desde el principio una inesperada fortuna, como lo fue visitar su biblioteca, poder ver sus libros y conocer su mundo de lecturas.

Gracias, muy especiales, a todos los que nos acompañaron y apoyaron a lo largo de este tiempo con su presencia y aliento, y gracias a los lectores que, al final, son lo que importa.

Gracias.

Madrid, julio de 2016

# La biblioteca de Sherezade

¿Cómo era la biblioteca de Sherezade? Porque Sherezade, tal como se cuenta al comienzo de Las mil y una noches, era una lectora insaciable y no tomó sus historias de labios de mercaderes o narradores de cuentos, sino de las páginas de los libros que guardaba en su palabra. Y una lectora no se conforma con leer sino que quiere tener a su alcance todos los libros que existen, ya que nunca está satisfecha con los que ya guarda y siempre anda buscando otros nuevos, como si en nuestro corazón hubiera lugares que todavía no conocemos y para que pudiéramos entrar en ellos surgiera en nosotros la necesidad de leer.

Y era como si Sherezade, gracias a la lectura de esos libros, ya hubiera estado en sus sueños en una alcoba como la del sultán y por eso supiera qué había que hacer si alguna vez entraba de verdad en una parecida. Que eso es leer, visitar esos lugares malditos y asomarte al misterio de lo que allí ocurre, pero también, y sobre todo, encontrar la manera de regresar de ellos. Y lo que hizo Sherezade con ese contar interminable fue conseguir que la alcoba del decapitador y su biblioteca se confundieran, y así transformar ese reino mudo que es el reino de los ogros en un reino de palabras.

Y bien podemos decir por eso que una biblioteca, todas las bibliotecas de los escritores que aparecen en este libro, son como la biblioteca de Sherezade, pues siempre se lee para burlar a la muerte. Y esta es también la razón de que en las bibliotecas no estén solo los libros que se escribieron alguna vez, sino también los que nunca fueron escritos o tal vez se olvidaron o fueron quemados, y que sean estos precisamente los que los escritores no dejan de buscar, como si la escritura no fuera sino la restitución de esos libros que a lo largo del tiempo fueron perdiendo los hombres. Y era eso lo que hacía Sherezade en la alcoba del sultán, que aunque llevaba en su memoria las historias que había leído lo que quería era encontrar una nueva que a todas contuviera, y que era la historia de lo que le pasaba en la alcoba con el ogro: la historia de su propia sexualidad, ya que nadie sabe más de sexo que los ogros.

Pero Sherezade no fue sola a aquella alcoba, y esto no se debe olvidar. Se llevó con ella a su hermana pequeña y le pidió en secreto que cuando ella y el sultán hubieran terminado con sus juegos amorosos, y mientras esperaban aburridos el

amanecer, le pidiera que les contara una historia. Así fue una noche tras otra, que Sherezade no contaba sus historias porque el sultán se lo pidiera, que los ogros no saben pedir, sino que era esa hermanilla suya quien lo hacía. Y algo así les pasa a los escritores, que también ellos escuchan una voz que recuerda la de esa hermanilla, una voz que no saben de dónde viene y que les hace ver lo raro que es que ciertas historias nadie las haya contado todavía y que les anima a que se pongan ellos a hacerlo. Pues ¿acaso la razón última por la que alguien escribe no es para añadir a los libros que guarda en su biblioteca ese libro perdido donde se cuenta la verdadera historia de su vida?

Y también se cuenta que en tiempos de Sherezade existía una costumbre que aún se mantiene viva en las bodas de ciertos pueblos de Oriente. Antes de llevar a la novia a la que iba a ser su casa durante el resto de su vida, donde la esperaba su marido, todas las mujeres del pueblo se reunían a su alrededor en el patio y cantaban durante toda la noche. Eran canciones llenas de tristeza, en las que hablaban de ese largo tiempo que habían compartido y que ahora tenía que concluir. Al amanecer, y momentos antes de la partida, ofrecían a la novia un espejo para que se despidiera de su ser no desposado, que se quedaría allí, junto a los que fueron los suyos, mientras ella se iba alejando.

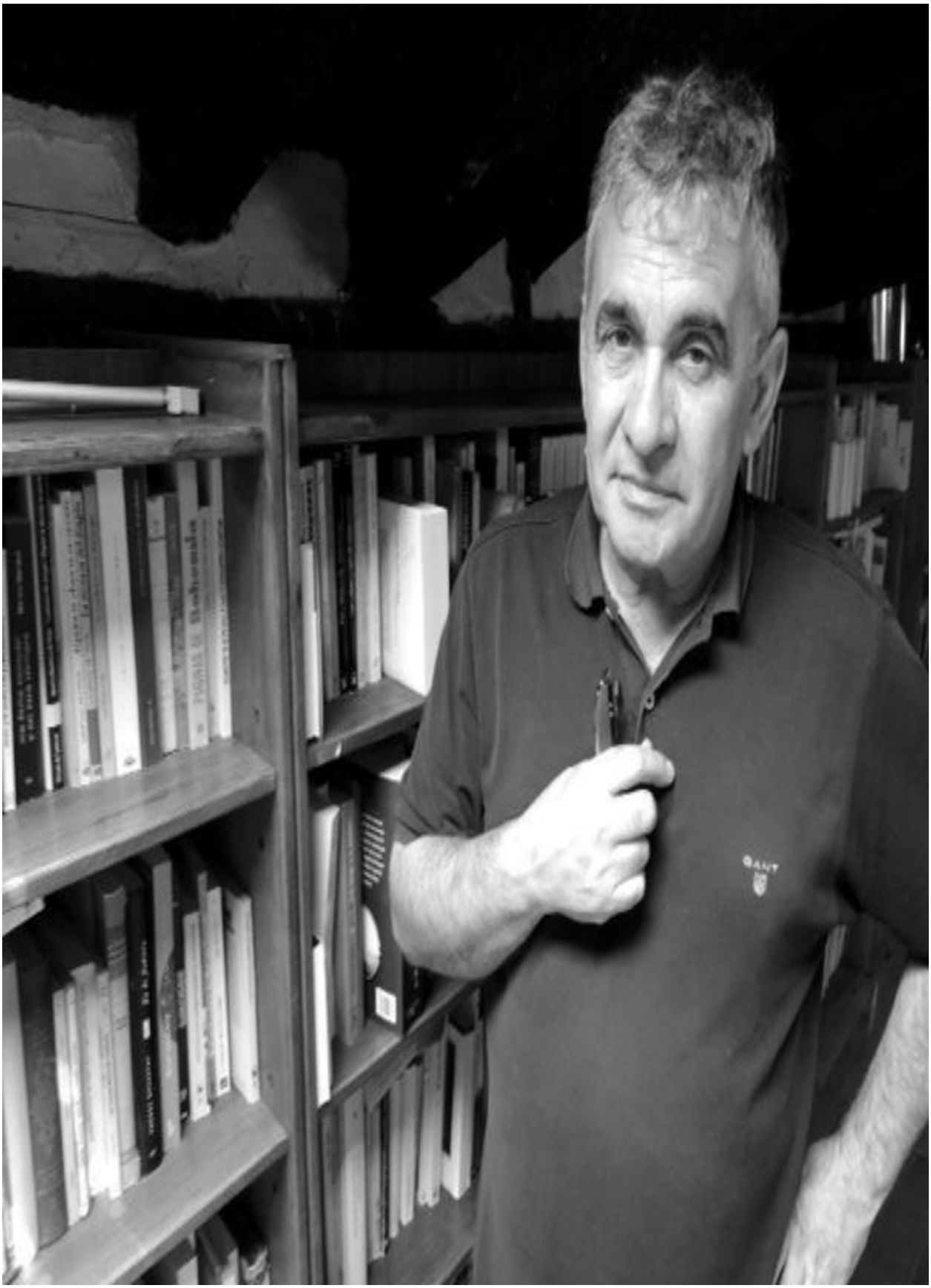
Esa hermanilla que Sherezade pidió llevarse con ella no era sino ese ser no desposado, esa parte de sí misma que tenía que ver con aquello que fue antes de acudir a la alcoba del sultán, pero también con esos otros deseos que esa relación excluyente que mantendrá a partir de ese instante con lo real le impedirán expresar. Y entonces lo que Sherezade nos dice es que narrar es recibir a ese ser no desposado, a esa otra que la novia ve en el espejo en el ritual de los campesinos antes de dejar su casa y encontrar para ella un lugar en el mundo. Lo que es lo mismo que decir que la literatura es el reino de la gloriosa inmadurez. Vivir con cabezas que hablan sobre una bandeja, con dulces muchachas que cuentan historias terribles, con libros que envenenan a quien los lee y con cosas así.

Y Jesús Marchamalo es como esa hermanilla de Sherezade. Entra en la casa de los escritores y les pregunta por esos libros que guardan como el mayor de los tesoros. Y quiere saber cuándo los compraron, cuáles son sus preferidos, por qué los tienen colocados así en las estanterías de sus casas. Y los escritores no tardan en descubrir que la historia de esa biblioteca por la que Marchamalo les pregunta se confunde con la de su propia vida.

GUSTAVO MARTÍN GARZO

Comillas, verano de 2016

# LOS REINOS DE PAPEL



## BERNARDO ATXAGA

# Los libros del capitán

Subimos por una escalera de madera de esas, no me fijé, que podría crujir con cada paso, un lamento, un chasquido, como crujen las escalas de los barcos. Un pasamanos oscuro, suave al tacto, que conduce hasta arriba, a lo que probablemente fuera hace tiempo el desván y que ahora semeja ser la bodega de un viejo bergantín, de una goleta —el suelo, el techo, las vigas de madera—, y un par de tragaluces que parecen llegar de la cubierta y que iluminan, con una luz lechosa, tamizada como una mosquitera, los estantes de libros. Miles de ellos, diríase estibados por manos cuidadosas, forrando las paredes casi como un tapiz. Un catálogo de lomos de distintos colores que se extiende hasta el fondo, a lo lejos; un camino salpicado de lámparas, encendidas como un collar de perlas.

Hay una mesa y cajas, allí en medio. Una zona de obras, de trajín y montones, y un silencio que es casi acogedor. Y ahí, como un viejo capitán curtido en mil batallas, mil viajes y lecturas, Bernardo Atxaga (Asteasu, Guipúzcoa, 1951), con sus gafas de cerca, y ese paso iba a decir airoso, austero, de los lobos de mar, que cuenta cómo en las noches de tormenta —los rayos y los truenos— todo aquello parece que se mueve como si fuera azotado por las olas.

Pero hoy hay calma aquí en la biblioteca, no hay mar de fondo, ni nubes de tormenta en lontananza. Solo esa luz que entra desde la calle, timorata, e ilumina los montones de libros cruzados en los estantes. Todo provisional porque se ha decidido a clarear, a limpiar y a ordenar, como quien coloca, hacendoso, los cajones. «De algún modo, al tiempo que ordenas la biblioteca te ordenas también tú», confiesa. «Deshacerse de un libro que no quieres es desprenderse de una pesada carga, y hay una cierta sensación liberadora cuando prescindes de él».

Así, en esta biblioteca hay una parte asentada, consolidada, como aquellas viejas empresas decimonónicas, y otra que anda por ahí en un escrupuloso escrutinio de tenedor o de contable. Porque expresa el capitán Atxaga la tentadora voluntad de hacer de su biblioteca una colección y convertirse él mismo en un coleccionista. No de libros caros, primeras ediciones, obras únicas, raros y curiosos, sino de aquellos libros que le gustan. «Con sesenta y tres años tienes la sensación de salir a una zona tranquila, ideal para hacer escrutinio de uno mismo, un recuento de ideas, de formas de pensar, también de libros».

## *Fronteras invisibles*

En la biblioteca rige un código de fronteras sutiles, como las de los mapas, líneas discontinuas, pespunteadas, que cruzan los estantes como viejos países, y que separan la poesía, en uno de los rincones —Juan Ramón, Cernuda, Sylvia Plath, Borges—, de la ficción —Longares, Leguineche, Pierre Loti— y del ensayo, al fondo, casi otro continente.

Todo en un orden iba a decir tenso y equilibrado, que pivota entre el alfabético riguroso que impone su suegro Andoni (viene de vez en cuando a encargarse de los extraviados) y el desorden que provoca el propio Atxaga: libros puestos de pie, con las cubiertas visibles como si fueran faros: Leopoldo María Panero, Erri de Luca, Novalis... Y encima de los estantes, uno de esos lugares de paso, provisionales: un par de montones donde se mezclan, en ese capricho tumultuoso de lecturas, Céline, Voyage au bout de la nuit, y Ana María Matute, Paraíso inhabitado; Paul Theroux, Mi otra vida, y Agustín Fernández Mallo, el Proyecto Nocilla.

Por allí, Onetti, casi una balda entera para él —Cuentos Completos, El astillero, La vida breve—, Vila-Matas, Luis Mateo Díez, mucho Sándor Márai, también, y algún malentendido: media docena, o más, de libros de Donna Leon que sus amigos han insistido en regalarle, y que no ha leído todavía o no le gustan. O tal vez ambas cosas.

También, algunas de sus lecturas de adolescencia: Heinrich Böll, Hermann Hesse, Günter Grass, y clásicos rusos: Tolstói, Chéjov, Dostoievski —hubo un momento, de adolescente en el instituto, en que sus compañeros le llamaban así, Dostoievski—, y aquel libro que le cambió la vida: cubierta de color fucsia, título en blanco, y en naranja, el autor: Bertolt Brecht, Poemas y canciones.

Vivía una temporada de parón, de aburrimiento, de impasse, cuenta, mientras hacía su primera carrera, Económicas, en Bilbao, que terminaría como quien se ajusta un corsé, y compró en la librería Herriak un libro de Alianza, de la colección El Libro de Bolsillo, con aquellas míticas cubiertas de Daniel Gil. «Fue un libro que en aquel momento me dejó muy marcado. Un libro muy importante para mí, y donde me encontré uno de los mejores poemas que he leído nunca, se titula Malos tiempos para la lírica».

*Ya sé que solo agrada*

*quien es feliz. Su voz*

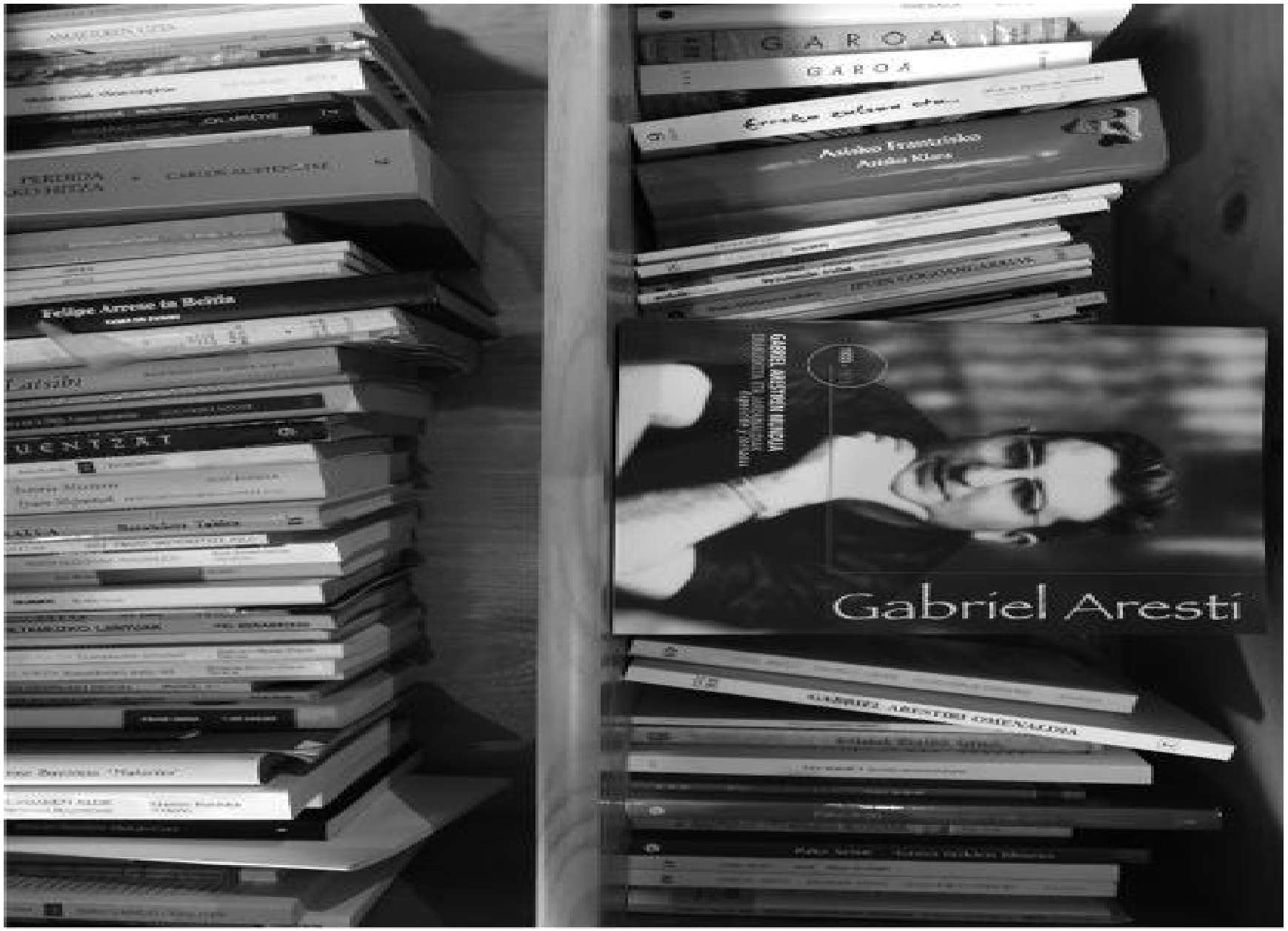
*se escucha con gusto. Es hermoso su rostro...*

Aquel libro le llevó a Barcelona, a estudiar Filosofía. «Me fui para leer a los clásicos», recuerda.

## *Viajar con libros*

Y ahí están, sí, Rousseau —Emilio, Discursos, El contrato social—, en la parte de ensayo y pensamiento; al lado, Julián Marías, la correspondencia de Cernuda, un ejemplar del Corán, y la biografía, en inglés, de Carson McCullers. También libros de historia, muchos, junto a un pequeño ventanuco, casi a ras de suelo, protegido por una malla metálica, a través del que se ve un romántico nido de paloma con dos pollos.

Hay también una parte euskaldun, previsible y cuantiosa. Un par de cuerpos de estanterías, cerca del tragaluz y, presidiéndola, el retrato de un sonriente Gabriel Aresti, la mano en la barbilla, en la cubierta de uno de sus libros. «El primer texto que escribí en euskera se lo dejé a su nombre en la librería Verdes, para que se lo dieran. No conocía a nadie entonces, ni sabía a quién dirigirme, y se me ocurrió que tal vez Aresti pudiera orientarme. No solo me atendió, sino que me animó a publicar y a seguir escribiendo; empecé a publicar por él, de modo que le tengo un especial aprecio».


GAROA
GAROA
Gabriel Aresti

Falta esa parte, de viajes, para acabar. Vivir en diferentes sitios, moverse, pasar temporadas fuera y guardar guías y planos, como quien hace álbumes de fotos: Marruecos y Medina, Sicilia y Marco Polo, Florencia, Andalucía, anoto según paso la mano por los lomos, Siria y Jordania, Darwin, mientras Atxaga, con sus gafas de cerca, sobre la tablazón claveteada, mira de reojo el tragaluz. Y me cuenta cómo elige en su estudio libros que le protegen, de autores que le caen bien —Pisón, Marsé, Graves—, y aquel encuentro hace años con Delibes, con quien se cruzó en Santa María del Campo. «Adiós, buenas tardes», se dijeron. «Adiós».

Ha empezado a llover y, dice —las gotas resonando en el cristal, quedamente— que no siempre es verano en el barco. Y suena un trueno.

*Poemas y canciones*

BERTOLT BRECHT

Alianza

«Es uno de los libros que más me inspiró en su momento. El que más he llevado conmigo, y que más he tenido. Es fácil que haya comprado veinte ejemplares o más, porque siempre acabo regalándolo a la gente que aprecio».

*Días de nevada*

BERNARDO ATXAGA

Alfaguara

«Es mi libro más reciente, el más fresco probablemente. Un libro en el que hablo

del mundo más allá de la muerte, del pasado, de las personas que han muerto, que ya no están, pero que siguen con nosotros».

*Viejas historias de Castilla la Vieja*

MIGUEL DELIBES

Alianza

«Recuerdo perfectamente el libro, en Alianza, de color negro y azul, y que esos cuentos fueron la continuación de los cuentos vascos de Baroja, y recuerdo la naturalidad con la que pasé del paisaje vasco al de Castilla que, desde luego, es uno de mis paisajes».

**JULIO LLAMAZARES**

# El lector del Oeste

Lo primero es el recuerdo de un quiosco donde cambiaba novelas del Oeste. Aquellos libritos impresos en octavo, de papel basto, áspero y amarronado, quebradizo; las tapas con frecuencia deslucidas, dobladas las esquinas, faltantes y dobleces que cruzaban la ilustración de la cubierta: sheriffs y forajidos, revólveres, croupiers, apaches y caballos ante las formaciones rocosas, desnudas y arenosas, de un ajeno naranja del desierto. Las firmaban Silver Kane, seudónimo del novelista Francisco González Ledesma; Edward Goodman, nombre bajo el que se ocultaba el periodista Eduardo de Guzmán, que había sido miembro del Comité Nacional de la CNT y que fue inhabilitado tras la Guerra Civil, o Marcial Lafuente Estefanía, ingeniero, exgeneral de artillería del Ejército republicano quien, represaliado por el régimen franquista, vivió un voluntario exilio en Arenas de San Pedro, en Ávila, donde escribiría miles de novelitas —un centenar de páginas que se publicaban con periodicidad semanal—, ayudado por un viejo atlas de Norteamérica —Oregón, Kansas, Misuri— y una guía de teléfonos de San Francisco de donde sacaba los nombres de los protagonistas —Joe Andrews, por ejemplo, o Frank Malloy— de aquellas historias que el joven Julio Llamazares (Vegamián, León, 1955) devoraba y que iba, cuando podía, a cambiar al quiosco; las nuevas costaban un duro pero podían después cambiarse por otras por la mitad.

IMPRESSION
Diego VELÁZQUEZ
PAUL CEZANNE
VU'
PARIS MON AMOUR
BONNARD
MORDZI
Gauguin
GOYA

Eso y un pequeño armario con libros, en casa, no demasiado grande, en el que había clásicos escolares, el Quijote y las Nuevas canciones, de Machado, novelas de la colección Reno, y números sueltos de la revista Selecciones del Reader Digest que su padre, maestro nacional, compraba por correo y que ahora tiene en la casa del pueblo, uno de los tres lugares (esquiva con habilidad la palabra biblioteca) donde guarda los libros: un piso en León, en el que están, fundamentalmente, los que tienen que ver con la provincia —antropología, historia, escritores leoneses—; la casa del pueblo con sus lecturas de infancia, alguna de su padre, que conviven con números de El Viejo Topo, Ozono y Ajoblanco, y esta de Madrid donde, por resumir, está la narrativa y poesía, el ensayo y esa gavilla de singularidades, libros inesperados y tratados de insólitas materias que hay en todas las casas, infiltrados como espías enemigos. «No he tenido, ni tengo, vocación bibliófila ni de acumulación de libros», reconoce. «Y tampoco soy nada organizado ni ordenado, de modo que los voy colocando cuando llegan, un poco aprovechando huecos, salvo una estantería oculta, en el pasillo, donde sí están por orden alfabético».

## *El niño que no sabía cantar*

Así, hay dos librerías en el salón, grandes, de un blanco inmaculado, con diccionarios, enciclopedias y libros escogidos, catálogos de arquitectura y de fotografía o de arte, Brücke, Bonnard, Picasso, y también manuales de ajedrez, libros de viajes, literatura infantil, ensayos sobre la Guerra Civil y novelas de maquis, y libros antiguos de escuela que, desde hace años, colecciona, todos ellos mezclados con postales y recortes, una vieja grapadora de apaisados, figuras y recuerdos —piedras, cajas y barcos— y fotos familiares. «Me gusta que los libros compartan sitio con esos objetos de los que te vas rodeando, no esos colocados casi en exposición, como si fuera una farmacia».

Abajo, una repisa, doble fila, para los recién llegados que ocupan un lugar provisional y sobre los que pesa, permanente, la amenaza de purga: una caja que hace, de vez en cuando, con libros que ya no va a leer, que no le caben, y que deja a veces en una parada de autobús, cerca de casa, o lleva a El Galeón, una librería de viejo en el centro de Madrid propiedad de un librero que podría perfectamente haber escapado de una novela de Luis Mateo Díez, uno de esos caminantes de infinitos abrigos y cautelas que transitan el Reino de Celama.

LAURENCE STERNE
Literatura actual en Castilla y León
HISTORIA DE ESPAÑA
Film y Libro
LOS CLIOS DE NATALIE WOOD
JUAN CRUZ RUIZ Un gallo al rojo vivo
96
Juan Cruz Ruiz

Y recuerda cómo con doce años llegó a Madrid, a un colegio en El Pardo, de padres capuchinos, donde estuvo interno cuatro años, y que en aquellas tardes inacabables, despaciosas de invierno y lacias como relojes de Dalí, acababa siempre en la biblioteca, mientras sus compañeros daban clase de canto. «Había entonces una muy buena escolanía en el colegio con la que viajabas y salías en televisión, en Navidades, cantando villancicos con Raphael, pero yo no tenía buena voz, y no me cogieron para el coro, lo que significaba tardes desocupadas, durante horas y horas, así que acabé haciéndome usuario entusiasta de la biblioteca».

El pirata y la princesa

Una biblioteca cuidada, bien surtida, donde había libros de Galdós, Pardo Bazán, Unamuno, clásicos de la literatura griega, Virgilio, Ovidio, Homero, y poesía: Las mil mejores poesías de la lengua castellana, de la editorial Bergua, que se utilizaba en la clase de declamación —Zorrilla y Espronceda, sobre todo—, recitando en voz alta, a voz en grito a veces, los poemas, vestidos de impostada y ripiosa oratoria:

*Me agradan las queridas*

*tendidas en los lechos,*

*sin chales en los pechos...*

*¡Qué gozo!, ¡qué ilusión!*

«Leí muchísimo en aquellos años, y pasé de las lecturas escolares y novelas del Oeste a la literatura clásica y latina y, después, a las novelas de la editorial Reno —Somerset Maugham, Lajos Zilahy, Stefan Zweig—, la primera colección de bolsillo que hubo en España, barata y asequible, y mucha poesía, leída de manera muy desordenada y sin mucho criterio».

Y hubo un libro, entonces, que lo dejó deslumbrado, Descripción de la mentira, de Antonio Gamoneda, que editó la colección Provincia.

## *Zilahy y Gamoneda*

Muchos de aquellos libros, que han conseguido sobrevivir a expurgos y mudanzas y pequeñas tragedias domésticas, están ahora guardados en una biblioteca disfrazada de armario, en el pasillo: dos cuerpos con estantes que se ocultan con puertas, casi del suelo al techo, como si fuera el guardarropa de un

gigante. Allí, en doble fila, Cioran, Clarín y Chatwin, en la C, por ejemplo —«aquí ya solo tengo libros que he leído, o que quiero leer o releer»—, Marta Sanz, Saramago, por la S, al lado o cerca de Vázquez Montalbán, Verne y Villon; Piglia, Pombo y Pessoa.

En su estudio, una estantería con sus propios libros, primeras ediciones de sus novelas y traducciones, guiones y películas, que firma en la primera página, junto a la fecha en la que llegan, no por vanidad, aclara, sino para que no se le extravíen. Y por allí, un universo algo caótico de cajas y archivadores —grapadoras, clips, sellos y tinteros antiguos—, periódicos, carpetas con recortes, y dos o tres montones sobre la mesa; en uno, Philip Larkin, Martínez de Pisón, Muñoz Molina... En otro, Tonino Guerra y Martín de Riquer, Para leer a Cervantes, que me muestra, lleno de subrayados, o John Berger, Una vez en Europa.

Hay en el salón, también, una librería vertical, que llama la atención de las visitas, en la que los libros parecerían estar levitando: Sebald y Günter Grass; Salinger y Márai, Chirbes y Nabokov, ingrávidos, sin sujeción alguna, flotando mágicos, livianos, en el aire, al lado de un velador sobre el que tiene un revólver pavonado, negro como un presagio, cachas marrón oscuro, de juguete, lejanamente intimidatorio.

Lo sopesa en la mano y estoy seguro de que si llevara la cartuchera al cinto, lo metería en la funda, tras soplar el cañón, haciendo un molinillo de tres vueltas, como si fuera un viejo pistolero; el lector de novelas del Oeste.

*Bucólicas*

VIRGILIO

«Lo leí en el internado, de joven, y me deslumbró la poesía con la que cuenta cosas poco trascendentes. Me gustan los escritores —Rulfo, Machado, Homero — para quienes la transparencia es una virtud que prevalece ante el artificio».

*Distintas formas de mirar el agua*

JULIO LLAMAZARES

Alfaguara

«No creo que sea mejor ni peor que otros de mis libros, pero es el que más cerca me queda y es una historia que estaba condenado a escribir, tanto que me costó poquísimo, nunca he escrito tan rápido y tan seguido».

*Diario de un cazador*

MIGUEL DELIBES

Destino

«Me gustan mucho El camino, o Las ratas, me gusta lo más clásico, pero me gustó mucho también, y no he cazado nunca, Diario de un cazador, por el rigor de las descripciones, los términos botánicos, cinegéticos y la riqueza lingüística».

KINANGA

IGNACIO MARTÍNEZ DE PISÓN

# Libros y ventanales

Recuerda, no sin cierta añoranza, que durante años imperó en su biblioteca un cierto caos apacible y desorganizado en el que los libros campaban a sus anchas y encajaban al azar en los estantes, sin más orden que ese imprevisible, caprichoso y accidental dictado por la sucesión de las lecturas.

Cada libro quedaba así al lado del que se había leído antes, mezclados el ensayo y la novela, la poesía y la historia, en una suerte de escaparate, de biografía lectora expuesta al escrutinio —curioso, indagador— de las visitas.

Pero un día, su mujer, María José, hizo un curso de biblioteconomía y decidió someter a aquellos libros, un poco cimarrones, al rigor del orden alfabético. Y fue cuando sobrevino la catástrofe, cuenta.

Porque los libros, es sabido, se resisten empecinadamente a ser clasificados con esa laxitud desesperante, y a cada uno que llega hay que buscarle un hueco que no existe, en su sitio preciso, moviendo los demás como se mueven, infructuosamente, las seis caras de los cubos de Rubik.

Así, hay ahora en su biblioteca una zona ordenada, impoluta, intachable. Y otra que anda un poco todavía sin hacer, diríase que en construcción, deconstruida, esperando un turno que no llega.

Junto a la pared, unas cajas. Porque en una obra reciente se recuperaron dos amplios ventanales, luminosos como una revelación, justo en el mismo sitio que ocupaban sendas estanterías: los libros de la o, la pe y la ese —Shakespeare y Saramago, por ejemplo, Orwell y Saint-Exupéry, los pobres—, que andan hoy expatriados y están ahí en las cajas, pacientes, a la espera.

Consuelo de
Saint-Exupéry
Memorias de la
PROSA

Comenta, y es verdad, la artística belleza, casi decorativa, de las casas con libros. Un telón de lomos coloristas alineados con esa estética apacible de los estancos.

Y allí, a la vista, dibujada con rastros de papel y de pintura, la frontera precisa entre ambos mundos: las estanterías nuevas, modelo Billy, de Ikea, regulables, de un blanco nuclear casi arrogante, justo al lado de los viejos estantes de pino, que han ido oscureciendo con el tiempo y en los que ha encontrado refugio, siquiera provisional, ese ejército sutil de cachivaches —fundas de gafas, mecheros, cables de ordenador, inhaladores— que van posándose, al acaso, delante de los libros.

## *Demorar aquello que se tira*

Cuenta Martínez de Pisón (Zaragoza, 1960), y es cierto, que las estanterías, al menos esas Billy, regulables, tienen mucho más fondo del que precisa el lomo de los libros y se acaban llenando de una quincallería emocional indefinible: piedras, fotos, postales y pequeños objetos que llegan de los viajes, o regalos, y que andan por allí como en suspenso. Porque prevalece en la casa, confiesa, la voluntad tal vez inexpresada de preservar las cosas, mantenerlas, dejarlas que encuentren su acomodo. «El problema, cuando decides deshacerte de algo, es que es irremediable», comenta. «De modo que muchas veces dilatar la decisión, aplazarla, te permite quedarte con cosas que, de otro modo, ya no estarían en casa».

Así, quedan en esta biblioteca rastros de eso que denomina, muy gráfico, «el testimonio de la época analógica»: viejas enciclopedias —la Británica, la del cine, heredada de casa de sus padres— y los coleccionables de los Beatles, el de la Transición, o los atlas que regalaban en fascículos los periódicos, y que guarda desde hace años sin encuadernar siquiera, esperando el momento de tirarlos.

Algún número desparejado de Cuadernos Americanos comprado en el mercado de Sant Antoni, donde los fue encontrando semana tras semana, y que le hicieron concebir la idea insólita de recuperarlos todos y conseguir recomponer la colección; y ahí, también, algunos de la revista Poesía, un libro de Botero, otro sobre los sitios de Zaragoza y un catálogo de Eugeni Forcano, el fotógrafo, del que ha ido sacando las imágenes de cubierta de sus últimos libros: un chaval, traje, corbata y calcetines blancos, con un limpiabotas junto a una boca de metro, para El día de mañana; o esa joven con algo de belleza recatada, devota y luminosa, observada por un rostro perturbador, para El tiempo de las mujeres. España, dice, dejó de ser fotogénica con el desarrollo, y se pregunta mirando la foto: ¿qué habrá sido de esta mujer?, que es la pregunta de la que surge, siempre, la literatura.

Y recuerda lo que llama «el comunismo cristiano» que imperaba en casa de sus padres; segundo de cinco hermanos, allí solo estrenaban el mayor y la pequeña, Natalia, que al ser la única chica disfrutaba también del privilegio. El resto heredaba los libros que, como la ropa, pasaban de un hermano al siguiente: Verne, Tintín, los Cinco, y también Pulgarcito y DDT y Tiovivo. Y ese salto, de repente, sin red, a la literatura de mayores que le arrojó, prácticamente, en brazos de Martín Vigil. «De adolescente piensas mucho en si lo que estás leyendo es o no de mayores y es curioso, La isla del tesoro te parece lectura para niños, y Martín Vigil, por ejemplo, piensas que forma parte de ese vasto mundo de la literatura de adultos. Así que lo leí mucho y me parecía un buen escritor. Luego leí a Valle-Inclán, un libro que me llevé de casa de mi abuelo con el que empecé a vivir la convicción, con catorce o quince años, de que en la literatura de adultos había libros que eran mejores y peores».

ÉMILE AJAR La vida ante sí
Pedro Alfonso
Historia del Reinado de ALFONSO XIII
Woody Allen
ALEGRÍA
Porque éramos jóvenes

## *Dos veces Barral*

Y llegamos a la parte ordenada. Así, en la A, Amis —Martin y Kingsley— y Ajar, Émile, el seudónimo que ideó Romain Gary, por supuesto en la G, y con el que ganó dos veces el Goncourt. En la C, Chandler y Cortázar; en la D, Dos Passos, Doctorow, Durruti, y en la B, Baroja, en esas ediciones, exquisitas, de Caro Raggio, al lado de Barral; dos ejemplares de Figuración y fuga de la misma edición, pero que por esos caprichos editoriales tienen dos camisas distintas. Me cuenta que estaba estudiando y por la radio leyeron un poema de ese libro. Ese que comienza:

*Porque conocía el nombre de los peces,*

*aun de los más raros,*

*y el de los caladeros, y las señas*

*de las lejanas rocas submarinas...*

Lo aprendió de memoria y tuvo ese deslumbramiento, la impresión prodigiosa de descubrir en las palabras de siempre nuevos significados, nuevas maneras de nombrar, de decir.

CARLOS BARRAL
FIGURACIÓN Y FUGA
POESIA
CARLOS BARRAL
FIGURACIÓN Y FUGA
POESIA

En la A, también, su amigo Atxaga, tapado por una vieja foto que salió en El Periódico en la que Pisón posa junto a su hijo Diego y que a lo largo del tiempo se ha ido poniendo reiterada y fatalmente azul.

Y también Vila-Matas y Mendoza y Melville, y la pila de libros de lecturas urgentes, inmediatas, escondida detrás de la puerta, donde están, no se puede decir desde cuándo, James Salter, Némirovsky, Harpo Marx y Mi infancia y juventud, de Ramón y Cajal, en Austral, y dos tomos, en inglés, arriba, tal vez recién llegados, de Alice Munro.

Faltan sus propios libros. Apenas media balda en una pequeña estantería en su cuarto. «Al final ocupas un huequecito así», afirma. «Tanto trabajo y tanto darle vueltas para escribir este puñadito de libros, no mucho más de una esquina», dice con esa lúcida, tal vez inevitable melancolía, mientras Charly, el perro con el que casi no se habla, y que es única y exclusivamente de su hijo (recalca), le mira a medias con indiferencia, a medias también un poco con desdén. Ese de los perros que han decidido que tampoco quieren hablar con uno.

Ali Smith

*Novela familiar*

JOHN LANCHESTER

Anagrama

«Es uno de los libros que más me ha impresionado, la historia de una mujer que cambia su biografía por la de una de sus hermanas; una familia cuya historia se sustenta en la mentira».

*Carreteras secundarias*

IGNACIO MARTÍNEZ DE PISÓN

Anagrama

«Carreteras secundarias es el libro con el que me hago mayor. Después de madurar como escritor en público con otros libros, esta es la primera novela en la que sabía qué escritor quería ser».

*Viejas historias y cuentos completos*

MIGUEL DELIBES

Menoscuarto

«Hay un cuento suyo que siempre me gustó y que recogí en la antología Partes de guerra. Se titula El refugio y aporta la mirada de unos niños que bajan a un refugio durante un bombardeo, y cómo ven la guerra desde su singular, infantil,

punto de vista».

**MANUEL VICENT**

# La celda de los libros

Hay grandes bibliotecas, inabarcables, ingentes, ante las que uno se siente secretamente intimidado. Las hay conquistadoras, que crecen sin control, atolondradas. Y hay bibliotecas como esta, acogedoras, dóciles, de las que abrigan en invierno, como abriga una chaqueta de punto.

Llama la atención, es cierto, esa luz encendida, y esa cama minúscula, encajada como si fuera, casi, una península. Porque hay algo aquí de mar en esos libros. Una cartografía difusa y poco previsible donde está, por ejemplo, Billy Wilder, Nadie es perfecto, al lado de Marguerite Yourcenar, Con los ojos abiertos, y compartiendo balda, Julio Camba, ahora tan de moda, La rana viajera, publicado por Calpe en 1920.

Cuenta que tuvo una larga temporada, hace años, en que coleccionaba primeras ediciones. Libros entonces todavía asequibles, que se encontraban en las librerías de viejo o en las mesas de los rastrillos y mercados de lance, allí, grises, saldados, en esa intemperie de los libros expósitos, las escombreras de la literatura, y que ahora, ordenados sobre el cabecero de la cama —los lomos como arquitecturas infantiles—, vigilan amenazantes, plácidos, sus sueños.

Ahí están Valle-Inclán y Pío Baroja, algunos firmados o con dedicatorias, otros sin desbarbar, el papel quebradizo, amarronado, Miró y Gerardo Diego, La colmena, de Cela, y mucho veintisiete: ediciones de tiradas cortas, escasas en comercio y que se han convertido con el tiempo en pequeñas rarezas bibliográficas. La primera del Romancero gitano, Revista de Occidente, 1924; Bodas de sangre, Cruz y Raya, 1936; Doña Rosita la soltera... Alberti y Luis Cernuda, Moreno Villa y también Gómez de la Serna: El circo, Gollerías, Libro nuevo y una primera edición de Pombo, aquel librazo de papel endeble, fino, que Ramón llevaba al café del mismo nombre los sábados por la tarde, en cajas, y que regalaba dedicado con tinta roja a cualquiera que se acercara por allí; letra siempre gigante e inmoderados adjetivos.

## *Blasco Ibáñez, cinco pesetas*

Están también las obras completas de Blasco Ibáñez. Libros, no sabríamos decir cuántos, de la editorial Prometeo, con el precio en el lomo —cinco pesetas, ocho —, de un color casi blanco originario que ahora, tantos años después, amarillea.

Todo encajado por las paredes, en estantes que parecen hechos a medida, en una habitación que podría perfectamente ser la celda de un cartujo: una lámpara, una pequeña mesa con un mando, unas gafas de cerca, un bolígrafo y un viejo transistor al lado de la cama, ya hemos hablado de ella, que es como la de un viejo submarino.

Por ahí, si uno se va adentrando por las baldas, la primera edición de Paradiso, de Lezama, con sus 798 erratas contadas y que hay que transitar con oxígeno y piolet, como quien sube al Everest. Casi al lado, también otro ochomil: la edición del Ulises, de Joyce, publicada por Random House en 1934 en Estados Unidos, encuadernada en tela gris con el título en rojo, Ulysses, y que es la misma con la que posó, absorta en apariencia en la lectura, subyugada, los labios entreabiertos, Marilyn Monroe. Esa mítica foto que le hizo Eve Arnold en Long Island, en bañador, sentada en un columpio, con el libro apoyado en las rodillas.

Todo en unas baldas donde impera un desorden antiguo, concienzudo, que se ha ido cronificando con el tiempo y que le obliga a buscar cada libro casi al tacto —confiesa—, recorriendo los lomos con los dedos, como si estuviera leyéndolos en braille.

Sí sabe, cuenta, dónde están los libros de poesía, más o menos —Hölderlin, Gil de Biedma, Dante Gabriel Rossetti— y sí sabe, también, dónde está Pla, su obra completa: cuarenta y cinco tomos que publicó Destino, encuadernados en una llamativa piel roja que ocupan dos estantes completos y que es un galimatías de lomos desparejados que saltan ese orden de lo consecutivo y van del siete al uno, por ejemplo, para volver al dos, al cinco, saltar al treinta y seis, y después el nueve, el quince... Por allí, en la balda de arriba, el lomo en tela oscura, conserva el primer libro que tuvo, Lo que puede más que el hombre, de Emilio Gómez de Miguel, Biblioteca para Niños, de Sopena, uno de sus regalos de comunión en el que descubrió una imagen aterradora, obsesiva, con la que soñó durante meses: un hombre peleando con un lobo al que aferra del cuello estrangulándolo.

Hay una foto suya, en blanco y negro, de jovencito, tumbado en una hamaca, adormilado; pantalón largo, camisa blanca, un libro, y los ojos cerrados. «Las primeras lecturas las asocio indisolublemente a los veranos, aquellas vacaciones tan largas, tan aburridas, de adolescente, donde todo giraba alrededor del mar, la bicicleta y los libros».

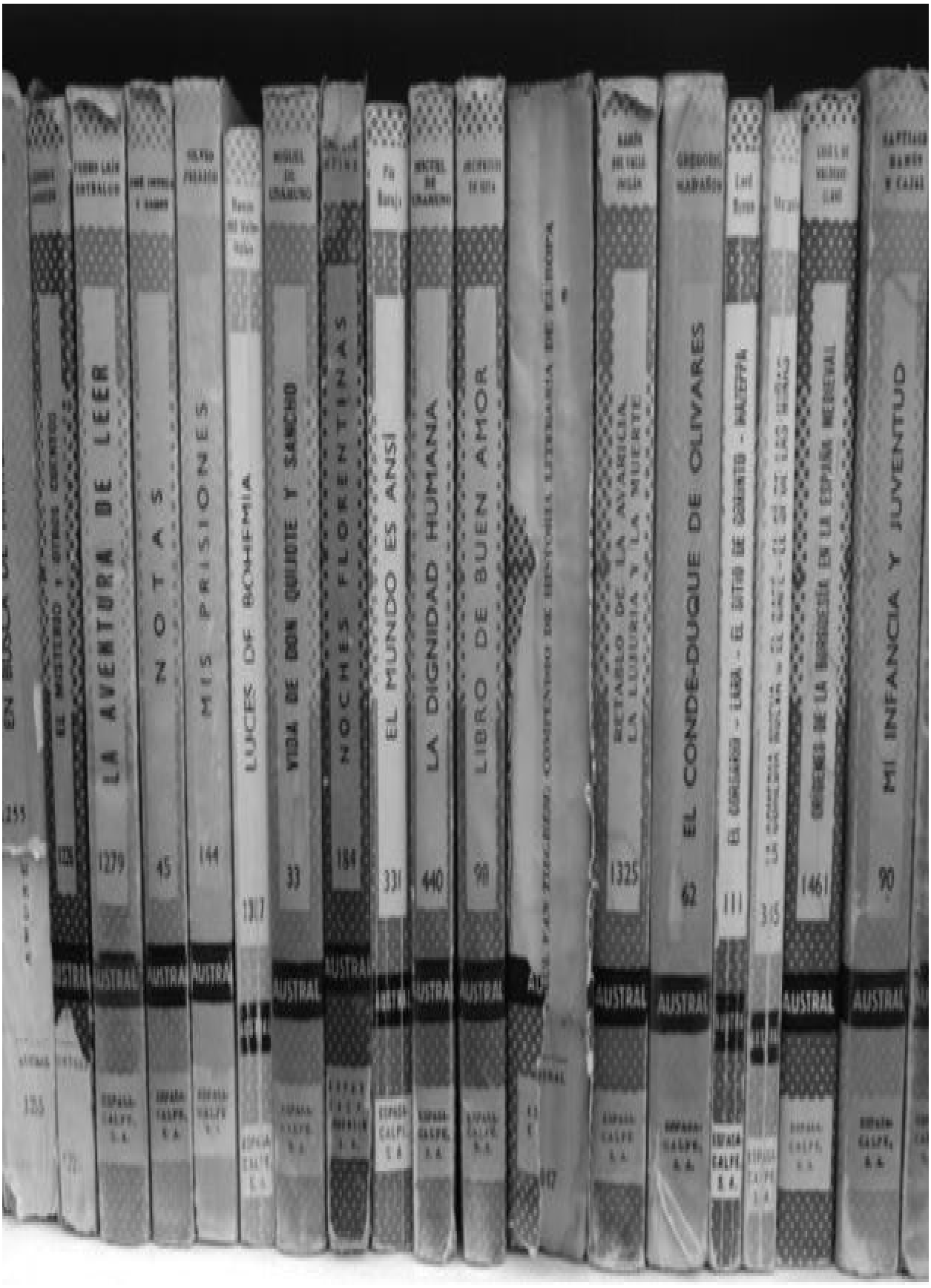
Y recuerda, en aquella biblioteca de infancia —Salgari, Scott, Dumas—, a su padre, hombre muy religioso, que leía la Biblia en una mecedora y que consultaba con el farmacéutico y el cura cada título que el joven Vicent llevaba a casa. «Quien empezó a leer fui yo: me acuerdo de que mandaba cartas a las editoriales, y me enviaban los libros a casa. Luego, empecé a ir a una librería de Valencia».

## *Goethe, Camus y Moix*

Allí compró, por ejemplo, Las desventuras del joven Werther, de Goethe, que pasó la criba del comité asesor de su padre, a Voltaire y Azorín, y mucho Ortega, mucho, en las ediciones de Austral que todavía conserva, con ese singular código de colores según fuera teatro, poesía, ensayo: André Maurois, En busca de Marcel Proust, en naranja; Laín Entralgo, La aventura de leer, en verde; Valle-Inclán y Luces de bohemia, en rosa, y Lord Byron, en azul, El corsario. Allí están, también descolocados, Unamuno y Carlyle, Machado y Moratín y Menéndez Pidal. Y allí debería estar, y no aparece, aquel libro tanto tiempo después inolvidable, de Camus, Verano se titula, de color rojo, con el que no acaba de dar en las estanterías; el dedo índice recorriendo los títulos. «En ese libro leí un artículo que se titulaba “Nupcias en Tipasa”, con el que descubrí el Mediterráneo, lo que yo sentía, y que nunca había sido capaz de expresar, este hombre lo había transformado en literatura».

Joan Fuster
Obres Completes
Joan Fuster
Obres Completes
Joan Fuster
Obres Completes
CRÒNICA GENERAL
JUAN GIL-ALBERT
Juan Gil Albert
OBRA POÉTICA COMPLETA
1
Juan Gil Albert
OBRA POÉTICA COMPLETA
2
Juan Gil Albert
OBRA POÉTICA COMPLETA
3
OBRA COMPLETA 2
VICENT ANDRÉS ESTELLÉS
OBRA COMPLETA 1
VICENT ANDRÉS ESTELLÉS
OBRA COMPLETA 2
VICENT ANDRÉS ESTELLÉS

Y en busca de ese libro topamos con Barral, Memorias, al lado de Ruano, Diario íntimo, y la Automoribundia, de Gómez de la Serna, junto al Quijote, que no es un mal vecino. También está Martí, Poesía completa; la biografía de Picasso de Gertrude Stein; Aldecoa, Mujeres de negro, y Terenci Moix, El sexo de los ángeles, todo salpicado, aquí y allá, por sus propios libros, sin orden ni concierto, casi emboscados.


LA AVENTURA DE LEER
1279
AUSTRAL
NOTAS
45
AUSTRAL
MIS PRISIONES
144
AUSTRAL
LUCES DE BOHEMIA
1317
VIDA DE DON QUIJOTE Y SANCHO
33
AUSTRAL
NOCHES FLORENTINAS
184
AUSTRAL
EL MUNDO ES ASÍ
331
AUSTRAL
LA DIGNIDAD HUMANA
440
AUSTRAL
LIBRO DE BUEN AMOR
98
AUSTRAL
RETABLO DE LA AVARICIA
LA LUJURIA Y LA MUERTE
1325
AUSTRAL
EL CONDE-DUQUE DE OLIVARES
62
AUSTRAL
111
AUSTRAL
1461
AUSTRAL
MI INFANCIA Y JUVENTUD
90
AUSTRAL

Para un momento y me cuenta aquella vez que entrevistó a Dámaso Alonso en su casa, toda llena de libros —vestíbulo, salón, pasillos—, cada silla y cada mesa ocupadas por pilas. Le preguntó a qué se dedicaba un día normal. Y el viejo Dámaso le contestó: «Pues nada, hijo, me levanto, desayuno, me visto y me pongo ahí, en la puerta, con los brazos abiertos, para que no entre un solo libro más en esta casa...».

Allí seguimos, buscando entre las baldas aquel libro, Verano se titula, de color rojo que, desengáñense, no apareció.

*Pedro Páramo*

JUAN RULFO

Fondo de Cultura Económica

«Para mí es el origen del realismo mágico del que después se han ido impregnando todos los novelistas del boom».

*Contra Paraíso*

MANUEL VICENT

Destino

«Es un libro escrito en estado de pureza literaria, sin adherencias, en el que hablo de mi infancia, del contacto del alma de un niño con la naturaleza».

*Las ratas*

MIGUEL DELIBES

Destino

«Las ratas es el libro de Delibes que, a mi juicio, está más pegado a la tierra. Desde luego, una de sus obras imprescindibles».

**ELVIRA LINDO**

# La perrita Lola y el libro de Caravaggio

Es cierto que se respira, en primera instancia, un cierto aire engañoso de biblioteca pública: los estantes, airosos y marciales, con algo de arquitectura infantil, blancos y grises, altos, con cantos de madera, forman perpendiculares a la pared, casi como si la sostuvieran, con libros —los lomos alineados— a ambos lados.

Al fondo hay un espejo, un trampantojo que lo amplifica todo y todo lo duplica y lo trastoca como quien se asomara, ingenuo, al infinito.

Todo, al lado del comedor, de la cocina, con los olores siempre presentes, o casi siempre, a guiso y a café, a merienda, a fruta y a galletas que se van extendiendo, invisibles, entre los libros y se cuelan, ingrávidos, en los estudios, vecinos y fronteros: el suyo, pequeño, íntimo, casi minimalista, con un disputado diván, bajo la ventana, azul y rojo, en el que todo el mundo quiere dormir la siesta; y el de su marido, Antonio Muñoz Molina, abarrotado, al lado, con las puertas siempre abiertas, lo que provocó, hace años, cuando los hijos eran pequeños, alguna que otra catástrofe informática: un archivo borrado, un disco extraviado, un programa irremisiblemente bloqueado en el ordenador.

Esta es la biblioteca de dos escritores hecha desde cero. Antonio acababa de separarse —cuenta— y dejó los libros, todos, en su antigua casa; y ella, entonces, tenía todavía pocos, autores mayoritariamente españoles contemporáneos, a muchos de los cuales había ido entrevistando en Radio 3: Landero, García Sánchez, Ferrero... Algunos clásicos, también, no muchos, Galdós y Baudelaire, y algo probablemente de Baroja, en aquellas ediciones escolares, colegiales, de lectura obligatoria.

Y Mercedes Llimona. El muñeco de papel, un viejo álbum que parece haber sobrevivido a alguna tragedia inimaginada: las esquinas, de cartón, golpeadas; el lomo deshilachado, las páginas descosidas, dobladas, y las ilustraciones, algunas, recortadas con infantil torpeza, y una nota en la primera página, casi como un exlibris escrito con aquella caligrafía de los cuadernos de dos rayas, que dice: «almario, 4: al 1 ma 2 ri 3 o 4».

## *Vivir en doce casas*

Es casi el único libro infantil que conserva. Porque fue la de Elvira Lindo (Cádiz, 1962) una infancia repleta de mudanzas —recuerda doce casas, doce cocinas y doce habitaciones— siguiendo a su padre, auditor de grandes obras públicas que cambiaba de ciudad a menudo, casi una vez al año, como se cambia de calendario. Lo que acabó provocando un cierto desapego por los libros que después le han criticado mucho: no guardar, no acopiar. Regalar al primero que llega, por qué no, un libro que le gusta.

Aquella niña que iba a la Biblioteca de Moratalaz todas las tardes, y a quien compraban un libro por Navidad (a veces los Reyes eran tan austeros que, apurada por su regia cicatería, añadía algún juguete más, algún libro de la temporada anterior, a los regalos), y a quien su hermana Inma empezó a dar lecturas de mayores. «Lo normal entonces era querer crecer, imitar a la gente mayor. Así que con diez años, en Palma de Mallorca, empecé a leer a Pearl S. Buck, y otros libros de la colección Reno. Me leía todo lo que le gustaba a mi madre: García Márquez, Cien años de soledad, o Vargas Llosa, en un esfuerzo por crecer. También recuerdo Sinuhé el egipcio, y las primeras escenas de sexo, y los libros de mi padre».

KAFKA
BRIAN BOYD
VLADIMIR
NABOKOV
THE
AMERICAN
YEARS
PRINCETON
THE WORLD IS WHAT IT IS
THE AUTHORIZED BIOGRAPHY OF V. S. NAIPAUL
PATRICK
FRENCH
VINTAGE

Porque aquel padre extravagante, Manuel Lindo, que durante años le regalaba por su cumpleaños unas placas de plata que llevaba a grabar a Julito, el joyero —«A Elvira Lindo», se lee en una de ellas, «Premio Nacional de Literatura infantil y juvenil, 1998, Papá»—, le gustaban los libros de fenómenos ocultos, de avistamientos OVNI, de parapsicología. Aquellos tomos de Von Däniken encuadernados en tela, muy del gusto de la época, donde se hablaba de invasiones extraterrestres: El oro de los dioses, Recuerdos del futuro, El retorno de los dioses...

Lisbon
BILL BRYSON
City of Quartz
MIKE DAVIS
NEW YORK
STORIES
MOLE PEOPLE
NEW YORK JEW
THE METROPOLITAN MUSEUM OF ART GUIDE
Uffizi
BILL BRYSON

Sobre los estantes, al lado de otra de esas placas de su padre —«Elvira Lindo», pone en esta, «Medalla de Andalucía, febrero de 2008. Felicidades, Papá»—, una gorra de piloto: viajaba en avión, el comandante la reconoció y la dejó entrar en la cabina; también hay unas gafas, un bote de bolígrafos y una foto enmarcada de su marido.

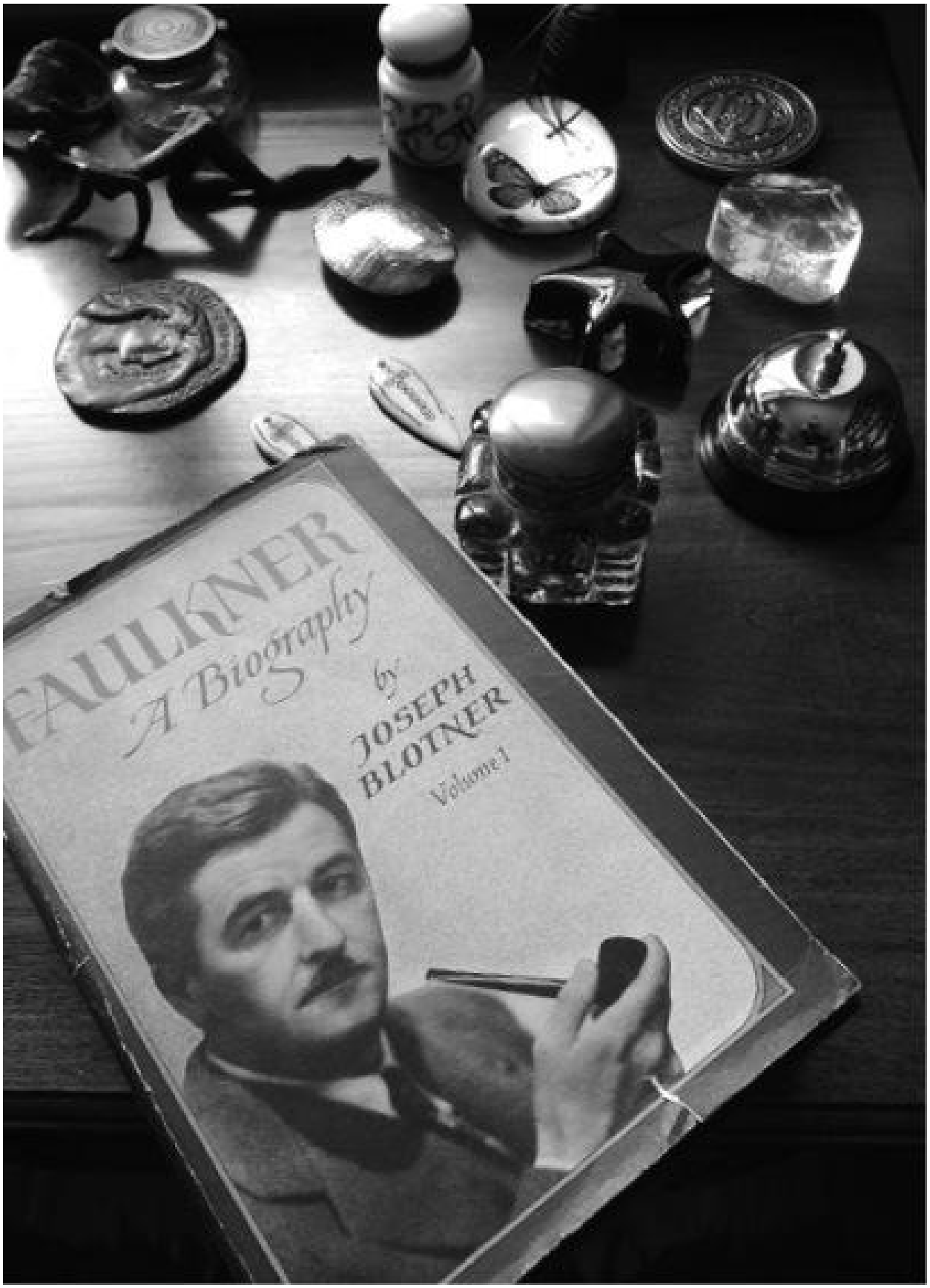
A WRITER AT WAR
VASSILY GROSSMAN
ANTONY BEEVOR
UN ESCRITOR EN GUERRA
ANTONY BEEVOR
D-DAY
BERLIN
THE DOWNFALL 1945
ANTONY BEEVOR
Lidiya Ginzburg
WARTIME
Y siguió la fiesta
KUNST
342

Me cuenta esa historia de cuando le nombraron académico de la Lengua. Se olvidaba de enviar un ejemplar de cada uno de sus libros a la Academia, y se los requerían con tal persistencia, y urgencia creciente, que un día Elvira decidió mandar sus propios libros, los que le había regalado a lo largo de los años, de los que fue arrancando, una a una, las dedicatorias que Antonio le había ido firmando.

Así, a los libros que hay de Muñoz Molina en la RAE les falta, a todos, una página, y ella tiene las dedicatorias, todas, guardadas en una caja de madera.

## *La biblioteca inglesa*

Por las estanterías, Perec al lado de Pérez Galdós —esos accidentes fatales del orden alfabético—, Singer junto a Simenon, y Sharpe al lado, casualidades, de Shakespeare. En las baldas, también, Pla, Umbral, Nabokov, Cernuda, Onetti... Hay además una biblioteca neoyorquina, en su casa de Manhattan. Ahí están Carver, y Chéjov en inglés, y Highsmith y John Cheever y Alice Munro. «Allí todavía encuentras en los mercadillos ediciones clásicas y bonitas de los años sesenta, con cubiertas tipográficas, que puedes comprar por poco dinero, y un poco más caros, libros firmados. A Antonio, hace tiempo, le regalé una edición firmada por Capote».


FAULKNER
A Biography
by
JOSEPH
BLOTNER
Volume 1

Me gustó esa historia de los Tintines que regalaba a su hijo Miguel, con unos largos mensajes para cuando supiera leer: «Cuando sepas leer, Miguel, Miguelón», le escribió en Tintín en América, «sabrás que a mamá le hacía ilusión hacerte la colección de Tintín “para la posteridad”»; y esa del vendedor de enciclopedias que el primer día de trabajo llegó a su casa, y a quien le compró la Británica completa.

«Va en serio», le insistía a aquel comercial incrédulo. «Que queremos la Enciclopedia Británica, nos ha venido fenomenal que vinieras».

O esa de Onetti, que le prestó a Antonio Muñoz Molina el primer tomo de la biografía de Joseph Blotner Faulkner, a biography, que ahora me enseña, y que prometió regalarle el segundo si volvía otro día, con otra botella de whisky. Y ahí lo dejamos, ante la mirada zalamera, expectante, servicial de Lola, su perrita Yorkshire, que duerme también en la biblioteca, con sus juguetes, y que una vez adoptó un álbum de Caravaggio.

Todavía gruñe cuando alguien se acerca a tocarlo. Grrrr.

*Tristana*

BENITO PÉREZ GALDÓS

Ediciones del Cabildo de Gran Canaria

Prólogo de Elvira Lindo

«Es la novela menos galdosiana en cuanto a su extensión, pero es la novela más apasionadamente galdosiana dado que el novelista no separa ni un momento la mirada de su personaje femenino. Hay que leer mil veces Tristana para observar que, en contra de lo que muchas veces se ha creído, es el ser más libre que ha dado la literatura».

*Lo que me queda por vivir*

ELVIRA LINDO

Seix Barral

«Si es cierto que un buen libro es aquel que le provoca pudor al autor, este sería el mejor de los míos, por lo que tiene de material personal. Es una novela, pero se nutre de una época y de un ambiente que viví en primera persona».

*Cinco horas con Mario*

MIGUEL DELIBES

Destino

«Es una obra maestra. El personaje hace invisible a su autor y eso es un milagro que a un escritor le sucede muy pocas veces. Lo he leído dos veces. La primera, de estudiante, supuso la maravilla de un gran descubrimiento. La segunda, hace poco, y saboreé la maestría del autor, su buen oído, su perspicacia psicológica».

## LUIS GOYTISOLO

# El viejo Conrad y el silencio carcelario

Miro por la ventana, a través de una tupida tela mosquitera —luz blanca, afuera, neblinosa—, del que durante años fue su estudio, y veo abajo, en el jardín, una glicinia que se enreda, como una boa constrictor, en el portón de entrada de la casa. Lo abraza displicente, y parece allí mismo retorcerlo con un vigor extrañamente vegetal, que amenaza con doblar los barrotes y agrietar los pilares de ladrillo en los que unas bisagras oxidadas sostienen, férreas en apariencia, la cancela. Al lado, dos cipreses gemelos de un verde opaco, mate, que se abren paso, altivos, hacia el cielo.

Una vez, hace tiempo, un vecino de El Poblet que fue a la casa, viéndolos ahí, enhiestos como los del poema, larguiruchos, reflexionó en voz alta: «¿Dónde estarán los huesos de quienes los plantaron?».

A lo que Luis Goytisolo (Barcelona, 1935), sonriendo, tal vez secretamente complacido, le respondió que los tenía delante —los huesos, me refiero—, dentro de sí, indicó para alejar las dudas, mientras se golpeaba con la mano, suavemente, en el pecho —el esternón y las costillas—, porque había sido él quien en su día los plantó.

Anda enredado ahora en la zozobra de una mudanza inminente, entre dos casas y sus dos bibliotecas, y una tercera, en cajas, a menudo añorada, que está en un guardamuebles. En la primera, me habla de una librería antigua, de madera tallada, donde su tatarabuela, María de Mendoza, escritora también, tenía sus libros, y que ha ido pasando, generación tras generación, siempre a escritores.

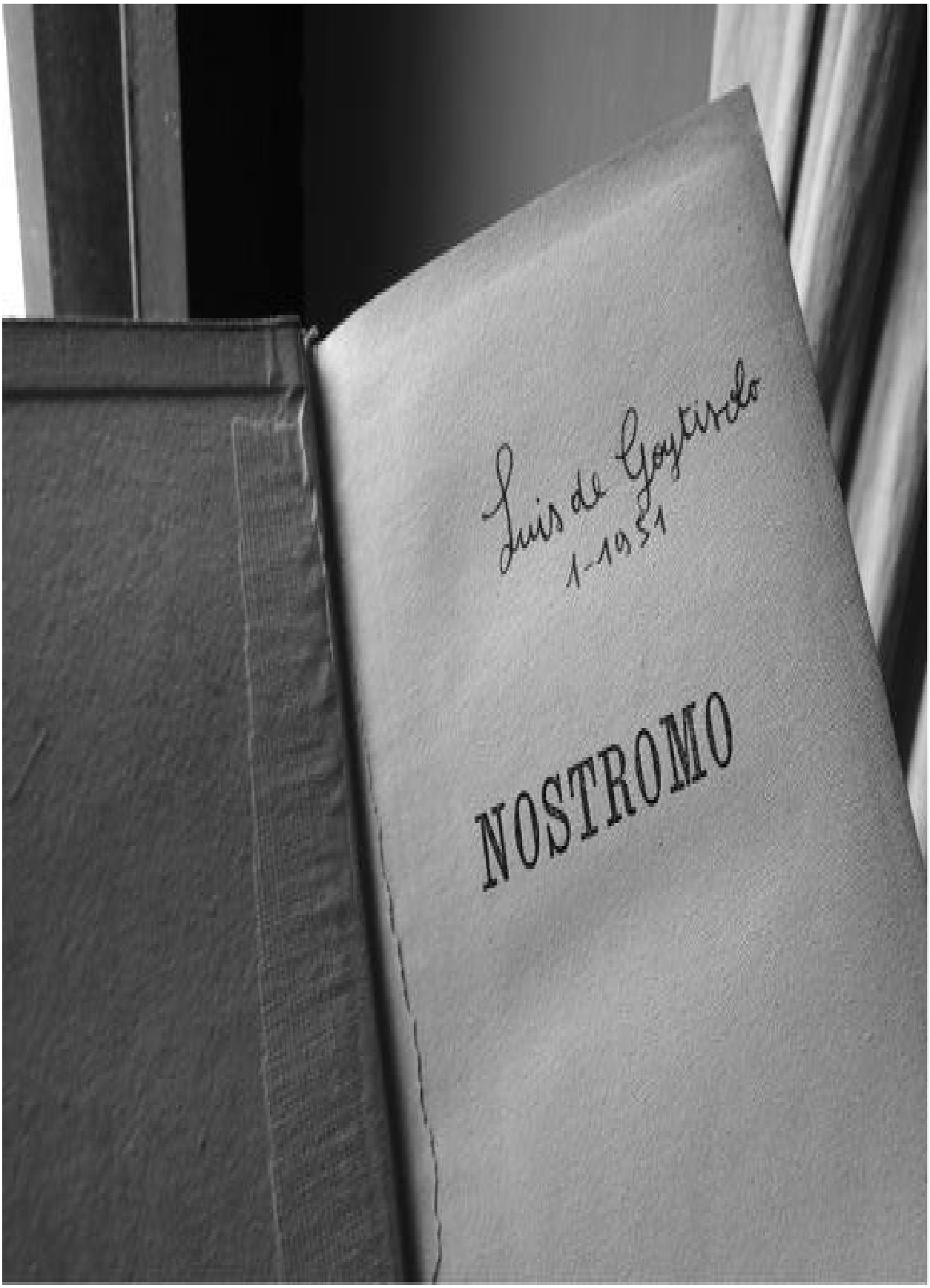
Porque de esa rama materna de la familia, que de madres a hijos va cambiando siempre de apellido —Mendoza, Vives, Gay—, les llegó, a él y a sus hermanos, la veta literaria. De su madre, Julia Gay, de quien no guarda más que un recuerdo trágico —murió en un bombardeo, en Barcelona, en marzo de 1938, el mismo día en que él cumplía tres años—, y después de su tío Luis, su padrino, quien en su santo, o en las fiestas de Reyes y cumpleaños, le regalaba libros de Salgari,

Karl May o Sabatini y que, según crecía, iban siendo sustituidos por Stevenson, Melville, Walter Scott o Conrad.

LAS PORTADAS DEL ABC 1995

## *Vuelva cuando tenga trece años*

El viejo Conrad de perilla afilada, cuello duro y corbata, elegante como un enterrador, del que aparece en los estantes un sobado ejemplar de Nostromo en el que escribió su nombre —Luis de Goytisolo, se lee, letra todavía escolar, ele airosa mayúscula, casi de caligrafía—, en enero de 1951. Tenía entonces quince años, y ya era escritor.


Luis de Goytisolo
1-1951
NOSTROMO

Porque todavía niño, en aquella casa en la que no se vivía ningún ambiente literario, más allá de sus hermanos que habían empezado también a escribir, el pequeño Luis se puso a dibujar cómics de aventuras, cuentos, algún poema también, y ya con once años, recuerda, un par de novelitas: una del Oeste y otra de Flash Gordon. «Me enteré, no sé cómo, de que la editorial Molino pagaba quinientas pesetas por libro, así que un día me acerqué allí con los manuscritos, y se los ofrecí», recuerda. «Me recibieron, muy amables, y muy juiciosamente me recomendaron que volviera un par de años más tarde. Dos años que me parecieron entonces una eternidad, era una quinta parte de mi vida».

Ahora, todos sus libros están en la biblioteca, detrás de la mesa donde escribe —no sabría decir si es de roble, hecha a medida, sólida como un casco de gabarra —, muchos de ellos en cajas, y otros repartidos por los estantes, diríase al acaso, y que uno va encontrando por sorpresa entre autores alemanes —Bernhard, Musil, Grass—, literatura rusa —Chéjov, Tolstói, Dostoievski—, y una edición encuadernada del Oblomov, de Goncharov, con sus doradas iniciales, minúsculas, «L. G.» o norteamericana —Faulkner, Melville, Hardy— que leyó en francés en unas hoy viejas, amarronadas ediciones de Gallimard, que en el lomo, alguno fatigado, deslucido, astillado, llevan impreso el precio: trescientos veinte francos Trece historias, de Faulkner; trescientos cincuenta Billy Budd, de Melville, y doscientos ochenta el Dedalus, de Joyce, en lo que parecería un caprichoso reparto de valores literarios.

Quink
69
ACCESORIO
El cardito
Luisito

En la pared, dos pequeños y algo endebles estantes, con pipas y atacadores —fumó hasta los años de la Transición—, figuras, muñequitos, y una escopeta arriba de dos cañones que parecería que fuera de juguete, inofensiva en apariencia, nada intimidatoria; el negro pavonado del metal, y el color miel de culata y guardamanos. «Siempre he tenido buena puntería, recuerdo que a veces, de niño, tiraba al aire latas o botes de Nescafé, y los acertaba con una escopeta de aire comprimido. También me ha gustado la caza y, aunque hace años lo dejé, es algo que sigo mirando con respeto. Recuerdo una cacería con mi hermano José Agustín y Ferlosio, que fue una auténtica matanza de conejos, desde entonces no he vuelto a cazar. Cuando le dieron el Cervantes a Ferlosio lo recordamos».

Dr Jekyll y Mr Hyde ROBERT L. STEVENSON
CONTRAPUNTO
ALDOUS HUXLEY
RETRATO DEL ARTISTA ADOLESCENTE
JAMES JOYCE
LEWIS CARROL EL JUEGO DE LA LOGICA
James Joyce Finnegans Wake
FABER
ULISES
René Guénon
La esperiencia mistica de la India Raimon Panikkar

## *Antagonía en una celda de castigo*

Hay en la biblioteca una zona que podría perfectamente ser el epicentro, el foco del que irradiaran, como ondas en un estanque, sus lecturas. Obras de su admirado Francisco Ayala, Bioy, Borges, Benet, con su altivez de gafas y flequillo, guardián siempre de las distancias precisas, Saúl ante Samuel, Volverás a Región... Cabrera Infante y Rulfo, y también Nabokov, Lampedusa, Pavese, y un antiguo ejemplar de Joyce, Gente de Dublín, de editorial Tartessos, de cubierta marrón, tela editorial estampada, del que cae una vieja receta, doblada, que le extendió el doctor Soler Sabarís en agosto de 1964. Acababa de salir de la cárcel, y le prescribía tónicos y vitaminas.

Había asistido, en febrero de ese año, a un congreso clandestino del PCE en Praga, tras viajar con pasaporte falso a nombre de José Cuento Antúnez. Fue a Fráncfort, primero, y a Berlín, en donde pasó a la zona oriental en metro. En Praga se encontró con Pasionaria, con Alberto, el escultor, y con Carrillo, quien, violando las más elementales normas de la clandestinidad, le llamaba siempre a gritos por su nombre: «¡Goytisolo!», le decía.

Habría dado igual, porque la policía les seguía desde antes de salir de España, y cuando volvieron todos fueron detenidos, e ingresaron en Carabanchel, en aquella rutina penitenciaria de recuentos y paseos por el patio, el comedor, la celda. «Allí —recuerda ahora—, se gestó Antagonía, en los treinta y cinco días que estuve confinado en una celda de aislamiento, y que fueron tremendamente provechosos; allí cuajó todo gracias a la soledad. También de allí salí, por cierto, con un gravísimo sembrado tuberculoso que me afectaba ambos pulmones».

SOBRE FICCIONS PONCIANES

Fue durante una vacunación masiva contra el tifus, en la propia galería, formados los reclusos en fila mientras un par de enfermeros les inyectaban la vacuna en el hombro sin más precaución que una torunda de algodón empapada en alcohol, con la que limpiaban la aguja y la jeringa.

Son las sorpresas, inesperadas, me cuenta, que acechan entre las páginas de los libros. Betacomba, dos comprimidos diarios, Becosyne, en ayunas, y Redoxon a media tarde, lee, cerca de la ventana, la receta del doctor Sabarís, con las gafas en el extremo de la nariz, a punto de caer, mientras en el jardín la glicinia tensa un milímetro más, triunfadora, la puerta.

*El Quijote*

MIGUEL DE CERVANTES

«Me lo empezó a leer mi abuela en voz alta, y recuerdo que la muerte de Don Quijote, de niño, me hizo llorar de forma inconsolable. Desde entonces es un libro al que vuelvo constantemente».

*Antagonía*

LUIS GOYTISOLO

Anagrama

«Sin duda es la mayor empresa literaria de las que he emprendido, mi libro más importante. Otros tienen fragmentos, cosas que me gustan más, pero de Antagonía resaltaría la magnitud».

*La sombra del ciprés es alargada*

MIGUEL DELIBES

Destino

«A Delibes tendría que releerlo, y hay una de sus novelas que me ha quedado pendiente desde el principio, y que me propongo leer cuanto antes, La sombra del ciprés es alargada. El resto de su obra, La hoja roja, Diario de un cazador, Cinco horas con Mario, y tantos otros títulos, debería, ya digo, releerlo para poder elegir uno solo».

GUILLEN-CANTICO
GUILLEN-HOMENAJE
GUILLEN-OTROS POEMAS
GUILLEN-POESIA

FÉLIX DE AZÚA

# El paraíso de la cronología

Hubo una temporada, hace años, en que Javier Marías y Félix de Azúa fueron vecinos en la calle República Argentina, en Barcelona.

Traducían los dos, entonces, para la colección Clásicos de Alfaguara que dirigía Claudio Guillén: Marías, en el ático, Tristram Shandy de Sterne —le otorgaron el Premio Nacional de Traducción de ese año—, y Azúa, en el sexto, justo debajo, Novelas, de Diderot.

Y cuentan que cuando se cruzaban en el portal, con la compra o bajando la basura o lo que fuera, comentaban a veces sobre sus respectivas traducciones igual que en su momento, también contemporáneos, Sterne y Diderot se encontraban y hablaban de sus cosas.

De aquella temporada en que fueron vecinos conservan ambos la manía de colocar los libros por orden cronológico de autores: Shakespeare antes de Faulkner, por ejemplo, y, por ejemplo, Zola antes de Perec. Así, la biblioteca de Félix de Azúa (Barcelona, 1944) adquiere categoría de manual, de mapa literario: los libros, en las baldas, dejan de ocupar ese lugar regido por el capricho del alfabeto, para acomodarse, escrupulosamente, en el sitio preciso que les corresponde en la historia de la literatura: codo con codo, Ferlosio y Juan Benet, Bécquer y Rosalía, Salinas y Girondo.

Pero hay veces que uno se pierde, inevitablemente, en los pecios de la cronología y hay que buscar trucos que garanticen la exactitud del orden. Así, llama la atención, arriba, en algunos lomos, una cifra escrita con bolígrafo: indica el año de nacimiento de cada autor, sin coqueterías, y por tanto el sitio que su obra debe ocupar en los estantes: Ezra Pound, 1885; Alberti, 1902; Onetti, 1909...

Me insiste, eso sí, en que solo tiene literatura en casa porque el ensayo, todo, lo donó hace años a la biblioteca del Museo del Prado donde, de vez en cuando, acude a consultar algunos de sus libros.

Y me habla, mirando los estantes casi con paternal condescendencia, de esta biblioteca suya víctima de mudanzas, idas, venidas, expurgos, algunos voluntarios y otros accidentales, y calamidades domésticas diversas, la última por cierto, una fuga en la zona donde está Valle-Inclán, 1866, y que acabó con algunas cubiertas fatalmente manchadas de pintura; unas gotitas blancas, como constelaciones en los lomos, que salpicaron cuando los operarios arreglaron la mancha de humedad en la pared.

## *Kierkegaard y Guillermo el travieso*

Por lo demás, sus libros están repartidos por geografías: literatura alemana y francesa, en el salón; anglosajona, ese imperio en sutil decadencia, en el cuarto de la plancha; y españoles e hispanoamericanos y rusos e italianos, en su estudio.

Todo impecable, pulcro, ordenado como para un registro: los libros alineados con el borde de las baldas, como en las librerías de postín, y apenas algún adorno, alguna concesión, delante: una postal de Humboldt, el geógrafo, uno de sus personajes admirados, tapando las poesías de Kavafis, y casi al lado la imagen de un pájaro dodo de isla Mauricio, extinguido hace siglos, y cuyo esqueleto, probablemente descarnado por la voracidad de los marineros, se conserva en el Museo de Historia Natural de Londres. «Empecé a acumular libros con quince años. Recuerdo que mi madre me regalaba historias de

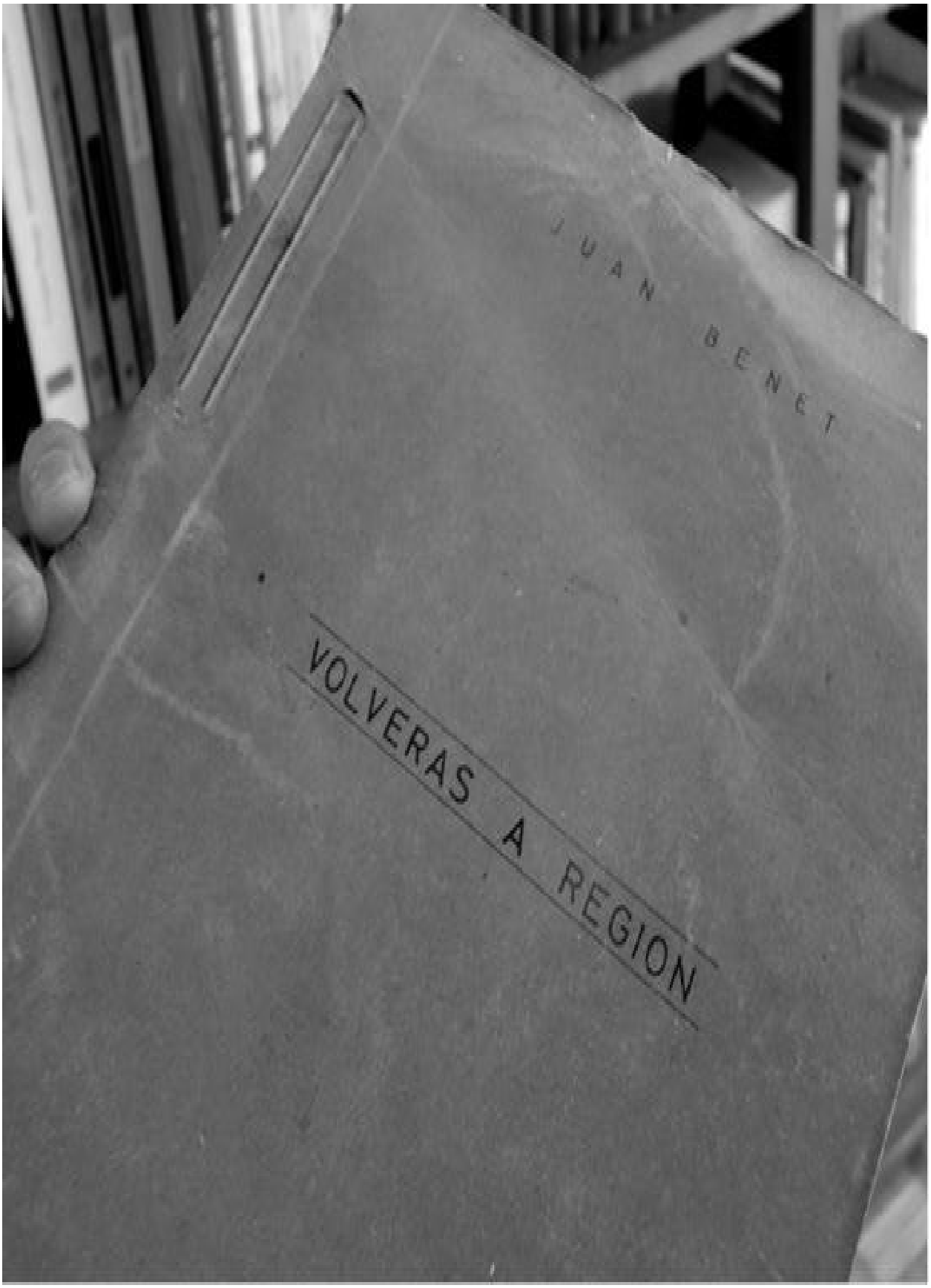
Guillermo el travieso, del que salté muy pronto, con dieciséis o diecisiete años, a Kierkegaard, Temor y temblor, porque desde muy pequeño no distinguía entre literatura frívola o seria, así que debía parecer un joven bastante singular».

VALLE INCLAN
III
VALLE-INCLAN

Porque tuvo una adolescencia turbulenta y de pasiones navajeras de la que hoy todavía guarda un rastro de habilidades inconfesables: en su mesa, una colección de estilográficas, una radio, un tintero, papel celo y objetos de escritorio y, ocultas pero a mano, un número apreciable de navajas y navajitas, también en su acepción más cheli —cheiras, bardeos o cholis— que maneja con inesperada destreza.

DOLORAS,
DE
DON RAMON DE CAMPOAMOR.
MADRID

Y ahí, junto a una pequeña caja de caudales, una lupa, un reloj digital, busca entre las baldas, en su sitio, dos o tres joyas bibliográficas: un libro, Lope en silueta, que le dedicó, la letra temblorosa, Azorín, cordialmente, apenas un mes antes de morir; la primera edición de La guerra, el último libro publicado en vida por Antonio Machado, en 1937, ilustrado por su hermano José, y una rara edición de las Doloras, de Campoamor, regalo de Antolín Palomino, el encuadernador, como se lee, anotado, en la página de cortesía. También libros de amigos, Marías, Ferrer Lerín, Mendoza, Trapiello, Patricio Pron, cada uno en su año y mes de nacimiento, y un poco antes, arriba, Gil de Biedma y Benet, de quien saca, de una balda cerca del techo, horizontal, el manuscrito de Volverás a Región —carpeta azul, folios que amarillean numerados entre guiones, mínimas correcciones— que le regaló en uno de sus cumpleaños. «Con Benet me unió mucha amistad, sí, y creo recordar que el manuscrito fue un regalo de cumpleaños; es el original aunque sé que hay otro con pasajes eliminados para la censura. No es fácil que haya más, porque no se hacía entonces más que una copia con papel carbón».


JUAN BENET
VOLVERAS A REGION

## *Robar el Tristram Shandy*

Una vez, en casa de Juan Benet, en Pisuerga 7, pidió que le prestara una edición en inglés de Tristram Shandy y Benet se negó. Así que aprovechó un despiste y sin que se diera cuenta cogió el libro, y se lo llevó a casa con idea de leerlo y devolvérselo antes de que se percatara. Pero dos días más tarde llamó Benet, irritado como pocas veces lo había visto, porque había advertido su falta y sabía que solo podía haber sido él. Azúa le explicó que su idea era leerlo y devolverlo. Y Benet, que había ido a buscarlo para regalárselo. Ambos se disculparon por su mutua falta de confianza, y el libro ahora está aquí, y me lo enseña —con su cubierta de un azul que debió ser airoso, hoy desvaído—, todavía en cierto modo avergonzado.

HUMAN
BIOLOGY &
EVOLUTION
Ilíada
HOMERO
ANTÍGONA
EDIPO
POESIES DE CAVAFIS
Cavafis

En el cuarto de la plancha, Shakespeare, que leyó muy pronto; James, a quien se acercó ya mayor, y Faulkner, todo Faulkner, al que descubrió con poco más de veinte años, deslumbrado, y también Nabokov y Ezra Pound. Todos los libros limpios, sin marcas ni exlibris y únicamente algunos, pocos, con su apellido, rotundo, escrito en la primera página: Azúa. «No he tenido ni tengo espíritu de propiedad con los libros, pero es cierto que nunca los presto, y si alguna vez, excepcionalmente, lo hago, con un amigo, llamo cada dos días para ver si ya lo ha terminado y me lo va a traer, o si puedo pasar yo mismo a recogerlo».

En la zona francesa, títulos de Flaubert y Mallarmé, muchos de ellos en francés original, y en la alemana, cruzando la frontera que señala, sutil, la estantería, Rilke, Novalis, Thomas Mann o Hölderlin, su poeta favorito. «La literatura contemporánea me coge muy mayor ya, y también me ocurre cada vez más que me va dejando de interesar la novela a favor del ensayo. Y estoy esperando, eso sí, la vejez, para volver a la poesía».

Ezra Pound

Me muestra, antes de irme, su colección de Biblias —gran lector— y reparo al salir en una cómoda antigua, oscura, de madera, en el recibidor, llena de libros —cinco, seis torres alineadas con cuidado exquisito de quince o veinte libros cada una—, que esperan, allí en tierra de nadie, abandonar la casa. Miro de reojo, con aprensión, por si hay alguno mío, y me pide discreción sobre el resto de los que ahí, bajo el retrato de uno de sus antepasados, un militar glorioso y craquelado, esperan para salir, más o menos airosos, del paraíso de la cronología.

La Biblia

«Uno no puede escapar a sus mitologías y la nuestra es un compuesto de Ilíada y Antiguo Testamento».

*Autobiografía (Autobiografía de papel, Autobiografía sin vida, Génesis)*

FÉLIX DE AZÚA

Literatura Mondadori

«Llevo ya tres volúmenes de esta autobiografía, y voy a por el cuarto. Espero que me llegue la visita de la Anciana Dama mientras escribo el quinto. Hombre, si puede ser el sexto...».

*El hereje*

MIGUEL DELIBES

*Destino*

«Es un libro del que tengo una preciosa edición cuidada por la fundación que lleva su nombre (el de Delibes, no el del hereje) y es una de las obras maestras de la recreación del barroco español».

## ÁNGELES CASO

# Todo ordenado

Habíamos hablado por teléfono un par de meses antes, y me contó que acababa de cambiarse de casa. Una de esas mudanzas que todavía era un recuerdo palpitante: su biblioteca metida en cajas —¡ay!— y sus libros, los pobres, buscando un acomodo en los estantes: arriba, arte e historia, por riguroso orden cronológico; y abajo, literatura —novela y poesía—, por orden alfabético de autores. Y también riguroso.

Porque se reconoce Ángeles Caso (Gijón, 1959) desordenada para todo en la vida, o para casi todo, a excepción de los libros. De modo que en esta biblioteca rige de siempre un orden predecible, una cartografía rigurosa, como una ley orgánica, y el hábito, curioso, de las dos limpiezas anuales en las que se quita el polvo de los lomos, se recolocan las baldas con cuidado, y se sacan de casa esos libros —dos o tres cajas, a veces alguna más— que ya no se necesitan y de los que durante años se encargaron su hija y sus amigos, que los llevaban a alguna librería de viejo a cambio del dinero que les daban por ellos: «No se puede acumular tanto libro», reconoce.

Pero en medio de ese mundo ordenado, impecable, irrumpió la mudanza, así que aún pervive algo de aquel bullicio cuando la visitamos: dos bibliotecas que han ido encajando, como piezas de un puzle.

Una que se despliega en los estantes, compartiendo las baldas con carpetas y cajas, con fotos familiares, minúsculos recuerdos, velas y piedrecitas; y otra que anda en las cajas todavía, en una habitación convertida provisionalmente en almacén, trastero, o en armarios donde están apiladas y en las que un rótulo en cada una de ellas, el inventario, dice lo que contienen: Virginia Woolf y Homero, por ejemplo, y también un libro que le dedicó Juan Rulfo en Oviedo, cuando le otorgaron el Premio Príncipe de Asturias y fue, tímido y temeroso, apuesto, con unas enormes gafas de cristales oscuros, a recogerlo.

## *Brontës y esvásticas*

En las estanterías, ese orden escrupuloso del que hablábamos, y que al tiempo es mapa y territorio: prehistoria, el hombre de neandertal, culturas del mundo antiguo —reparo en Los egipcios y Los griegos, de Asimov, ambos en Alianza —; La vida cotidiana en Pompeya, de Robert Etienne, y después Roma, El Imperio Romano, de Roldán, Blázquez y Castillo, y el volumen dedicado a la Edad Media de la colección Historia General de las Civilizaciones, de Destino.

Villette
Charlotte Brontë
Jane Eyre
BRONTËS

Hay también diccionarios, manuales, libros de ortografía y gramática y una sección amplia, oscura y desasosegante, dedicada al nazismo. «El Tercer Reich es el mejor ejemplo de la imagen del mal, de la capacidad para el mal. Siempre me ha preocupado y desazonado mucho, y por eso he leído tanto de ese periodo». Son dos baldas que ocupan Hermann Göring y Goebbels, al lado de ese libro, Yo, comandante de Auschwitz, de Rudolf Höss, escrito en prisión poco antes de ser ahorcado, tras los juicios de Núremberg, en el mismo cadalso del campo en el que murieron miles de prisioneros, y también Primo Levi, Si esto es un hombre, y Grossman e Ilyá Ehrenburg, El libro negro, donde se habla de ese mundo de estandartes y esvásticas, trufado de uniformes de Hugo Boss, negros como el papel de calco, y calaveras.

En un rincón soleado, sobre la chimenea, ese panteón de dioses: Chopin, Voltaire y Goethe, Mozart y Austen. Y en el centro, los libros de mujeres —pintoras, escritoras, artistas—, cuyos lomos recoloca alineándolos, como en las librerías, con el borde de las estanterías; biografías de Camille Claudel, la escultora, alumna aventajada y amante de Rodin; de Suzanne Valadon, madre de Utrillo, el pintor, que fue modelo y artista de talento ella también; Woolf y Pardo Bazán y tantas otras, bajo la atenta mirada de las hermanas Brontë, ocupando una balda, como en un altar laico: Charlotte, Emily y Anne, en el retrato que les pintó, al óleo, algo infantil, su hermano.

Y al lado, apoyados en un sujetalibros —«siempre tan difíciles de encontrar», cuenta—, algunos de los libros que su padre, José Miguel Caso, catedrático de Literatura Española, gran lector, dedicó a Jovellanos. «Nací en una casa en la que había libros y mi padre fue quien nos transmitió el amor por ellos. Cuando volvía de clase, juntaba a los hermanos y nos leía en voz alta, y recuerdo que me sabía de memoria toda su biblioteca, la tenía entera en la cabeza». Y algo de aquella biblioteca paterna, reconoce, está ahora en esta: en el orden, la división por temas, filosofía y pensamiento, historia de las ideas... «He reproducido su manera de ordenarla, podría decirse que esta biblioteca es el espejo de la de mi padre».

## *Homero y Rafael*

De aquella biblioteca de infancia, dos libros que todavía conserva; en la nutrida sección de arte —por orden cronológico, ya saben: Manet, Rodin, Van Gogh—, un librazo de Rafael, The complete work, se titula, que le trajo, cuando tenía catorce años, su padre de un viaje, y que le pareció un prodigio, cuando ya en casa se sabía que estudiaría Historia del Arte.

SONATA DE INVIERNO
ALMA DE FARFEL

El otro, un álbum de Nestlé, la Odisea, ahora en las cajas; una colección de cromos que fueron una fascinación, y que años más tarde le sirvieron de guía para viajar, casi peregrinar, a Grecia.

De allí recogió hojas de árboles, flores, pequeñas ramitas que hoy guarda, prensadas, en su ejemplar de Aguilar leído y releído.

MARINA TSVIETAIEVA CONFESIONES
Las aventuras de Huckleberr
LOS DIARIOS DE ADÁN Y EVA
MARK TWAIN — FRANCISCO MELENDEZ
Valle-Inclán Tirano Banderas
RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN GERIFALTES DE ANTAÑO
CUENTO D ABRIL RAMÓN DEL VALLE-INCLAN
SONATAS
VALLE INCLAN
La Fiesta del Chivo Mario Vargas Llosa
BORIS VIAN L'herbe rouge

Porque suele Ángeles Caso guardar recuerdos en los libros —notas y traspapeles, flores—, como esos que atesora abajo, con la literatura, separados, y que llegaron no hace mucho de Ibiza, tras visitar la casa de su amiga Concha García Campoy al poco de fallecer. Trajo tres de sus libros —Bowles, Berger y Banville—, en los que guardó hojas de uno de los olivos del jardín.

En las baldas, esos vecindarios accidentales que provoca, el orden alfabético: Dos Passos y Dostoievski; Fitzgerald y Flaubert; Tsvietáieva y Twain, y también, por ejemplo, Use Lahoz y Kundera, Fernando Delgado y Dickens, Melville y Menéndez Salmón. «Me divierten esos azares en las baldas, de modo que cuando a algún amigo le toca junto a otro escritor que admiro, le llamo y se lo digo. Hace poco hablé con Ignacio Martínez de Pisón, que está al lado, en la M, de Carson McCullers, una de mis escritoras favoritas». Y veo, en los estantes, a Amos Oz, Nabokov, Valle-Inclán, Sackville West, Vargas Llosa, Stefan Zweig, libros de neurociencia y de divulgación científica, y también ese pequeño estante con libros dedicados: Jorge Amado, una vieja edición de Doña Flor y sus dos maridos, comprada en la librería Ojanguren de Oviedo, según se lee en el sello, y otro de Paul Bowles, a quien entrevistó en uno de sus viajes a España: «Para Ángeles Caso —dice con letra minúscula, temblorosa—. Gracias por su manera de conducir la interrogación».

Cuenta que cada vez le gusta más tener buenas ediciones de ciertos libros, o de ciertos autores, Proust, por ejemplo, a quien lee siempre que se engancha escribiendo, y de quien busca desde hace tiempo una edición cuidada, bonita y elegante de La Recherche.

SONATA DE INVIERNO
MEMORIAS DEL MARQVES
DE BRADOMIN
LAS PVBLICA
DON RAMON DEL VALLE-INCLAN
OPERA OMNIA
VOL VIII

Y ahí, en Proust, tenemos que dejarlo porque llega Bout —es francés, se lee Bu —, el pequeño y travieso Bout, Bu, también gran lector, como atestiguan las marcas de sus dientes en dos o tres de los álbumes de jardinería, sus favoritos, que devoró, y nunca mejor dicho, de cachorro, y que no para ahora hasta que sale —cara de bueno, el pelo tapándole los ojos— en la foto.

La Odisea

HOMERO

Aguilar

«Fue una lectura que me deslumbró de niña. Un libro que leí en su momento como una novela de aventuras, y que ahora me sigue deslumbrando con su profundidad».

*Las olvidadas. Una historia de mujeres creadoras*

ÁNGELES CASO

Planeta

«Es un libro que fue el resultado de muchos años de investigación, y nunca pensé que pudiera ser un éxito mientras lo escribía. Sin embargo, me ha dado muchísimas satisfacciones: se estudia en los institutos, en la universidad, y se ha convertido en una obra de referencia. Es un libro al que estoy muy agradecida».

*Cinco horas con Mario*

MIGUEL DELIBES

Destino

«En casa no hubo nunca problemas con lo que leíamos, cosas que mucha gente prohibía nosotros las leíamos con naturalidad. Recuerdo que con doce o trece

años leí a Cela, La familia de Pascual Duarte, y Cinco horas con Mario, y quedé deslumbrada por Delibes».

**ANTONIO COLINAS**

# Encuentro con Ezra Pound

Reparo en un rincón, al lado de los estantes abarrotados de libros —dobles y tripes filas—, colocados parecería al albur en un equilibrio minucioso, de acróbata o equilibrista. Alberti y René Char, Catulo y Aleixandre. Y en la pared, enmarcadas, media docena de fotos en blanco y negro: el catálogo de santos protectores. Están Machado y Neruda —una vieja fotografía de cuando le entrevistó, a principio de los setenta, en Milán, para Revista de Occidente—, están Rilke, Azorín, está Hesse y arriba, casi rozando el techo, en el Olimpo, Ezra Pound.

El viejo Pound de ojos afilados, la mirada de hielo, ceño fruncido, huraño, el pelo enmarañado, a quien fue a visitar en Venecia un año y medio antes de que muriera. Llegó a aquella casa minúscula, modesta, en la calle Querini, en Dorsoduro, con un poeta amigo. Un callejón sin salida, sin demasiada luz, estrecho, y llamaron a la puerta de madera cruzada por un buzón casi de parte a parte, desde la que les respondió un silencio que pretendía ser intimidatorio. Debieron insistir y dar explicaciones y al final, con desgana, paciente, una voz, la de Olga Rudge, la compañera de Pound, les pidió que escribieran una carta, la deslizaran por debajo de la puerta y que volvieran a las cinco.

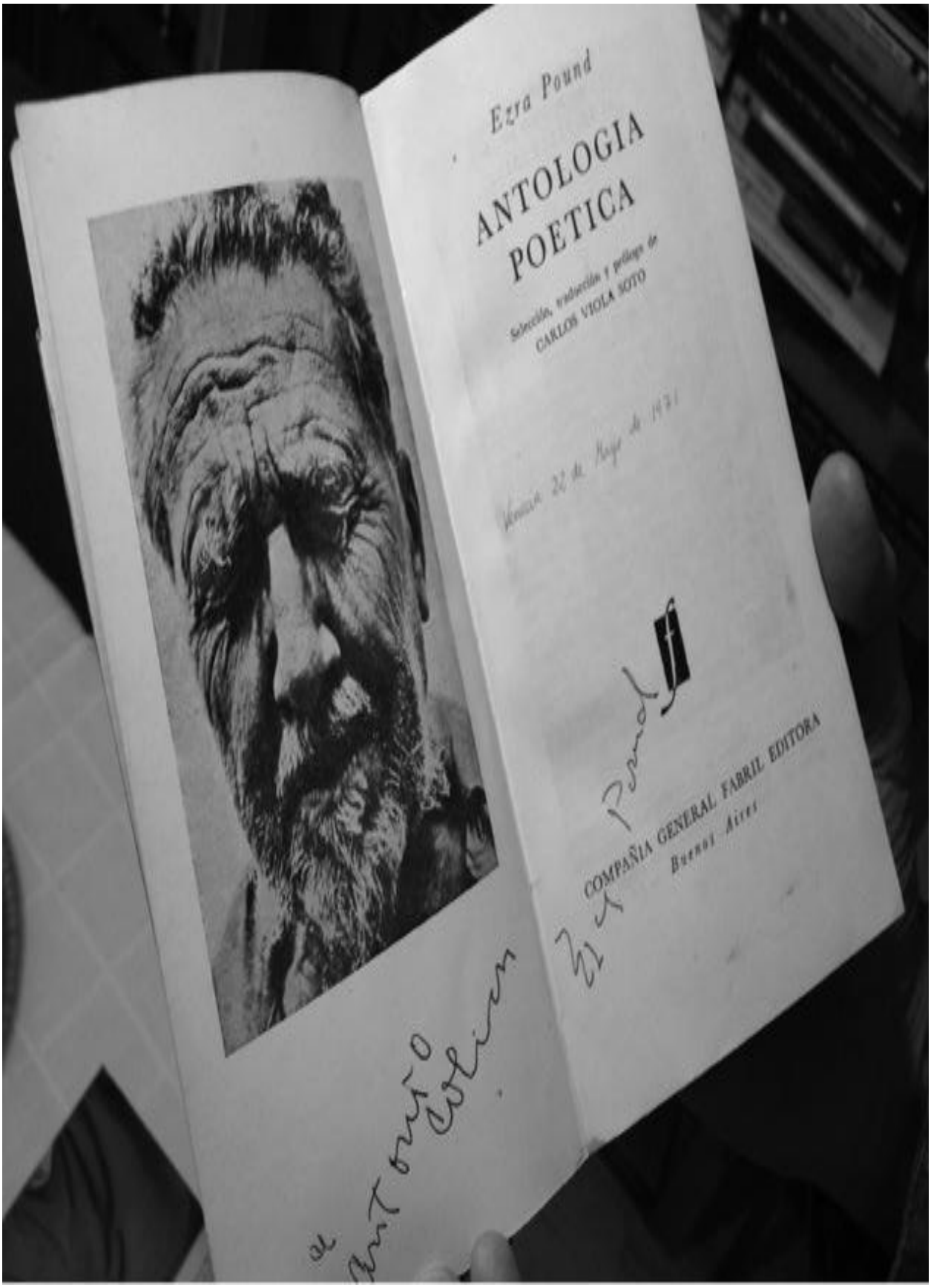
Pinocho
MODA
MUERTE
POTENCIA DEL COLOR

Tuvieron que buscar un estanco para comprar papel y un sobre. Y a las cinco, según sonaban las campanas, clamorosas y regias, de la cercana iglesia della Salute, llegaron otra vez ante la puerta, para enfrentarse, de nuevo, al silencio. Y ya cuando se iban vieron llegar a Pound, andando, lento, infinitamente delgado, a quien Colinas tendió un libro para que se lo firmara. Un ejemplar de su Antología poética, editado por la Compañía General Fabril de Buenos Aires, ilustrado con la conocida foto de Avedon —abierta la camisa, los ojos apretados, como quien se negara a ver—, en el que le firmó con letra temblorosa, casi infantil, la E mayúscula de su nombre como un extraño, caprichoso, firulete, un escueto: «A Antonio Colinas, Ezra Pound».

Y después, voluble, escurridizo, se negó a ponerle la fecha y lo vieron escabullirse tras la puerta.

## *El sancta sanctórum*

Ezra Pound murió la Noche de Difuntos de 1972, y fue conducido por los canales venecianos en una góndola funeraria hasta el cementerio de San Michele, la isla de los muertos, donde su tumba está señalada con una pequeña lápida de piedra en la que solo aparece su nombre. Colinas le dedicó un poema que se titula «Encuentro con Ezra Pound», y que empieza:


Ezra Pound
ANTOLOGIA POETICA
Selección, traducción y prólogo de
CARLOS VIOLA SOTO
COMPAÑIA GENERAL FABRIL EDITORA
Buenos Aires

*Debes ir una tarde de domingo,*

*cuando Venecia muere un poco menos.*

El libro lo guarda, ahora, en una vitrina en el salón, en el sancta sanctórum, dice, que abre con devoción: Machado, la primera edición de Campos de Castilla; Neruda, Las uvas y el viento, de editorial Nascimento, y una pequeña lucerna, antigua, que compró en Israel.

MIGUEL DE UNAMUNO y la fotografía
Aby Warburg
El renacimiento del paganismo
ANTONIO PAU RÖLDERLIN
ANTONIO PAU VIDA DE RAINER MARIA RILKE
El eco de la cascada 125 poemas del emperador Meiji
LAS RAICES
LUCIANO G. EGIDO
ÁRBOL
EZRA POUND IN ITALY

El problema, es sabido, es que nunca se es del todo consciente de estar haciendo una biblioteca. Se van comprando libros, aquí y allá a lo largo de los años, que ocupan los estantes y los acaban, más tarde o más temprano, desbordando; los libros se extienden por los sofás, ocupan las repisas de los muebles y terminan en torres por el suelo. Están en las mesillas y encima de la mesa del salón; Gerald Brenan, Poesía, al lado de Sabines, Recuento de poemas, y Rimbaud, Iluminaciones, con prólogo y traducción del propio Colinas.

ANTOLOGÍA POÉTICA (1941-2005)
Vicente Aleixandre AMBITO
AMBITO
POESIA
POESIA
POESIA
RENÉ CHAR
POESÍA ESENCIAL
Luis Cernuda

Habla Antonio Colinas (La Bañeza, León, 1946) de esos libros que acompañan siempre y que tienen dentro alguna página que el tiempo ha acabado arrancando; habla de la colección de Aguilar, ahí sobre la puerta, que le regaló completa Jaime Salinas, y de esa biblioteca suya dividida en dos casas. «En León tengo la poesía contemporánea, la mayoría de los libros dedicados, Paz, Neruda, Guillén, y también la novela, me gusta mucho releer a Cervantes, Tolstói, Stendhal, Pasternak... Y aquí, en Salamanca, tengo lo demás: ensayo, mística, budismo y filosofía».

Rubén Darío
OBRAS COMPLETAS
POESÍA
DANTE OPERA OMNIA
DANTE ALIGUIERI
OBRAS COMPLETAS
Dante
Opera
I
POESÍA
II
POESÍA
ANTO

También en León está su biblioteca juvenil, libros que quedaron en casa de su padre, y que recuperó a su muerte. «Había una caja con todos los libros de Unamuno, en Austral, libros que recuerdo haber comprado de estudiante y que casi te obligaban a dejar de comer para poder pagarlos. Luego me he dedicado a la crítica y me envían muchos libros, pero recuerdo aquella biblioteca en la que cada libro era pensado, deseado, anhelado antes de poder tenerlo». Y en esa biblioteca de iniciación, Góngora, Dante, Jung, Hölderlin, Rilke, Lorca, Zambrano... Y habla, también, de los libros, decenas de ellos, que leyó en la biblioteca municipal de La Bañeza y que después ha ido comprando por internet en las mismas ediciones de entonces; tomos de la colección El Mensaje, de Janés, el Diario íntimo, de Amiel, o los Cantos, de Leopardi. Y Leopardi también entre sus propios libros, los que ha escrito, traducido o prologado, y que guarda separados en una estantería —cuánto trabajo, digo—, su Obra Poética Completa, por ejemplo, en Siruela, llena de papelitos porque es la que usa para recitales, junto a ese universo siempre armónico, revelador, de objetos, cajas, velas y fotos, una con Vargas Llosa, en Colombia; otra con Claudio Rodríguez, en Alemania.

TEOLOGIA MÍSTICA
VIVIR EN LA NUEVA CONCIENCIA
LA MÚSICA CALLADA
MÍSTICA PARA UNA NUEVA ERA

## *La casa de la calle Velintonia*

Enfrente, cerca de Pound, la poesía: Dámaso Alonso, Juan Gelman, Antonio Gamoneda y Juan Ramón Jiménez, su Poesía reunida, en Aguilar, y también en Aguilar, dedicada, la de Aleixandre. «No soy nada de librerías de viejo. No voy al Rastro tampoco. No soy bibliófilo, aunque sí tengo alguna cosa curiosa, y libros dedicados».

Habla de aquella casa de la calle Velintonia, en Madrid, hoy abandonada, y llena de humedades y de olvidos, a la que llamó un día, por teléfono. «Soy un joven poeta», dijo. «Venga a verme mañana», le contestó, generoso, aquel Aleixandre de ojos eternamente azules, que recibía visitas de 12 a 2 y de 6 a 8 en su casa, donde escribía tumbado en un sofá. Su biblioteca fue saqueada durante la Guerra Civil. La zona, cerca de la Ciudad Universitaria, había sido frente de guerra y le ordenaron evacuarla. Y contaba que cuando pudo regresar, descubrió todo el suelo cubierto de páginas arrancadas de sus libros, todos se habían perdido. De aquella casa, recuerda Colinas cómo al salir uno podía cruzarse con Leopoldo María Panero o con Claudio Rodríguez, con Brines o José Luis Cano. En la dedicatoria que le firmó ese día, se lee en tinta azul, un poco desvaída por el tiempo: «Para Antonio Colinas, ante su presente y su porvenir de poeta, un abrazo. Vicente».

Hay otra estantería, también, dedicada al misticismo. Por allí están Platón y los presocráticos, y libros de hinduismo, budismo, zen, taoísmo, salpicadas las baldas de pequeños rótulos en los que se resume el contenido: «meditación, yoga, tao», leo en uno, «latinos —S. Agustín»—, en otro. Le pregunto por una fotografía, divertida, en la que posa sonriente, flanqueado por dos monjes budistas con sus malas de cuentas y sus túnicas rojas, serios y trascendentes. Me cuenta que está hecha en el Templo del Cielo, en Pekín. Iba con una guía y se cruzaron con ellos, les dijo que si podían hacerse una foto juntos, creyendo que le dirían que no, pero aceptaron. «Debieron pensar —explica— que al ir también de rojo, tal vez fuera budista como ellos». Nos reímos en medio del salón, mientras mira también, serio, desde arriba, desdeñoso, condescendiente, Pound.

Vaso Roto
DANTE
LUIS FERNANDO MORENO CLAROS
CARL GUSTAV JUNG

*Philosophes taoïstes. Philosophes Confucianistes (3 Vols.)*

La Pléiade

«En estos libros se encuentra la raíz del pensamiento, de la poesía, de la literatura universal. Son obras que han marcado mi propia obra y mi visión de la realidad, del mundo. Son los tres libros que salvaría de un incendio».

*Canciones para una música silente*

ANTONIO COLINAS

Siruela

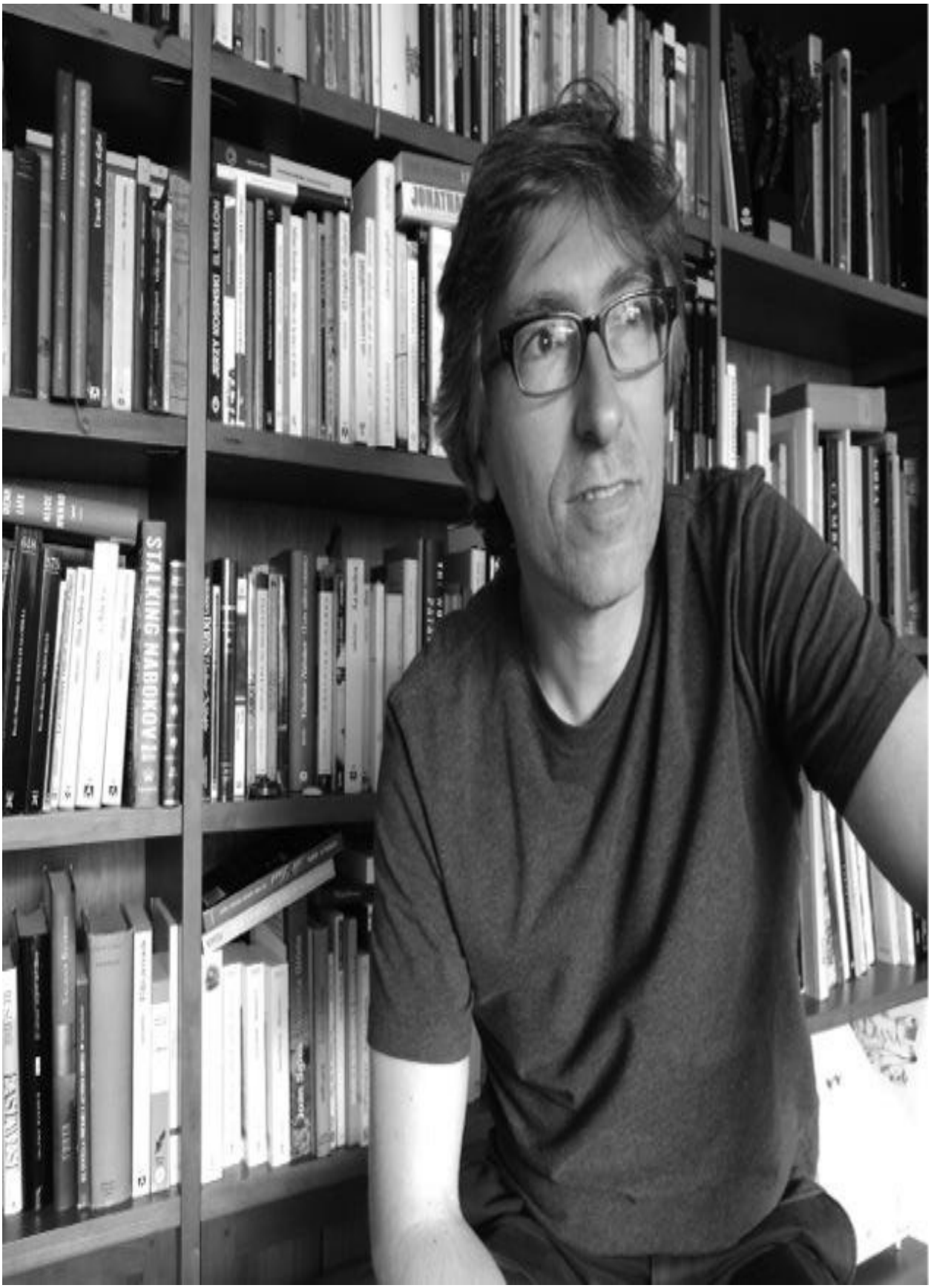
«Este libro contiene cuarenta años de poesía vivida y de vida ensoñada. Es toda una serie de voces que resumen mi propia voz poética que un día escuché y a la que he sido fiel todo este tiempo».

*Mis amigas las truchas*

MIGUEL DELIBES

Destino

«Es un libro inusual porque aun siendo un escritor de Castilla, hace referencia a los ríos de León donde iba a pescar, y también me gusta mucho Mi vida al aire libre, un libro que pone de relieve al Delibes preocupado por temas medioambientales».


STALKING NABOKOV II

# David Trueba

# La foto de Ava Gardner

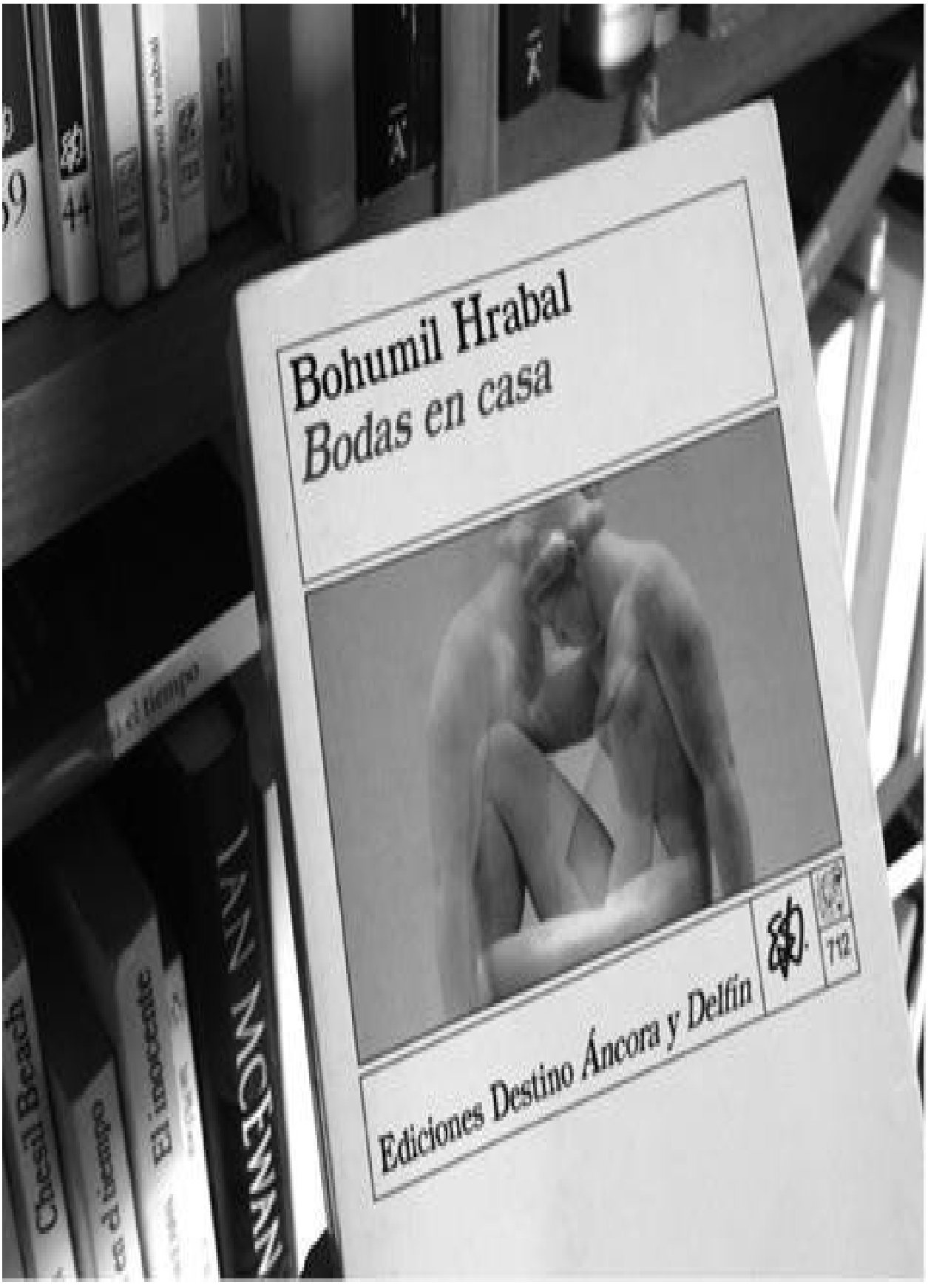
Arrastra el viejo trauma David Trueba (Madrid, 1969) de una casa tomada por los libros. Las bibliotecas, cuenta, son siempre un accidente y con frecuencia el resultado de una obsesión. Y la suya, insuperable, persistente en el tiempo, es la de aquella casa.

Fue allí a vivir de joven y se encontró con un viejo poeta prisionero de sus libros. Cientos, miles de ellos, que habían conquistado como un ejército invasor cada rincón y que, victoriosos, ocupaban las mesas y las sillas, y se extendían como una rara epidemia, incurable y fatal. Así que decidió que a él no le pasaría. Y en esta biblioteca impera la voluntad expresa de resistir el acoso de los libros, como Ulises el canto tentador de las sirenas. Cada uno que entra —como en aquellas fronteras impenetrables de la Guerra Fría— obliga a otro a salir. «Libros —comenta expeditivo— que no voy a volver a leer, que a mis hijos no van a interesarles y que, en todo caso, puedo volver a comprar».

Pero es esta una ley que se aplica con laxitud, con infinita, demorada pereza, dejación, negligencia. Así que hay libros aquí por todas partes, en montones, y ocupando la mesa de la cocina, cruzados en los estantes, en cajas... Es el virus, aquel del viejo poeta, que se extiende a sus anchas: los libros en el suelo, sobre las mesas, todas, y en el mueble de la entrada, junto a fotos familiares y agendas —Paul Valéry, Colm Tóibín, Julio Camba—, en el que los recién llegados protagonizan ese rito minucioso, casi ritual, de esperar su turno de lectura.

Por lo demás, impera en los estantes un decidido orden alfabético en el que prevalecen nombres como Irving y Vila-Matas, Cheever y Vargas Llosa, Nogales y McEwan... Un mural colorista de lomos alineados, casi un escaparate, que tropiezan entre ellos, se acodan y entrecruzan, y que ocultan una segunda fila ordenada, detrás, también por la inicial del apellido: A y B en la primera balda; C, D y E en la siguiente, aclara, al lado de uno de esos sueños de juventud: un Scalextric montado y funcionando con puentes y chicanes y contador de vueltas.

Y ahí, en la hache, Hrabal (se pronuncia, como el actor, Rabal), todos sus libros. Un escritor imprescindible —Bodas en casa, Una soledad demasiado ruidosa, Trenes rigurosamente vigilados—, que murió en Praga en febrero de 1997, el día, también es casualidad, en que nació su hija Violeta. «A veces se lo digo: naciste el mismo día en que se suicidó mi escritor favorito».


Bohumil Hrabal
Bodas en casa
Ediciones Destino Áncora y Delfín
712

## *Un nombre de imprentilla*

Pequeño de ocho hermanos, recuerda su casa de infancia, en la que sus padres nunca escatimaban en libros, y sus primeras lecturas en la colección Historia Selección de Bruguera, aquellos libros —Stevenson y Verne, Conan Doyle y Salgari— mitad texto y mitad historieta, que iban pasando de hermano a hermano con la naturalidad de una herencia legítima. Un trajín que acababa borrando, diluyendo, las huellas de propiedad y que provocaba a veces rivalidades —cuáles y de quién eran en realidad los libros— que le llevaron a hacerse un sello con su nombre, con una imprentilla de juguete, David Rodríguez Trueba, con el que durante tiempo estampilló todas sus lecturas. «Mis hermanos me regalaban muchos, sí, y siempre fui muy precoz en las lecturas. Recuerdo haber leído, por ejemplo, con dieciséis años, el Ulises de Joyce sin entender nada y fascinado. Luego lo he leído un par de veces más». De esa época, también, recuerda la primera lectura de Lolita, de Nabokov, y de Saul Bellow, en aquellas ediciones de RBA llenas de dorados y gofrados de polipiel, como viejos aparadores, y el encontronazo con Stendhal, Rojo y negro, que no le gustó nada hasta que ocho años más tarde volvió a intentarlo y se convirtió en el libro de su vida.

STALKING

Eso y la novela negra que ha ido con el tiempo abandonando: Chandler, Hammett, William Irish...

La poesía, arriba en el dormitorio. Libros que se van agolpando en la mesilla y que lee siempre antes de dormir, eligiendo uno u otro —románticos ingleses, Juan Ramón o Neruda, Dickinson o Allen Ginsberg, aquel viejo santón irreverente—, dependiendo del día.

También libros en la cocina. No solo de cocina —Saber comer, Cómo mojar una galleta, El libro de la cocina italiana—, sino aquellos que se leen o se han leído allí: Mafalda inédita, Secretos de los hombres primitivos, Para viajar con niños por España y media docena larga de tebeos de Tintín. Y en el cuarto de baño, al lado justo del cesto de la ropa, una pequeña selección de lecturas de cortesía, breves y necesariamente fragmentarias, para las visitas: Bar Sport, de Stefano Benni; This is water, de David Foster Wallace, o Relaciones y soledades, de Arthur Schnitzler, a elegir.

Las bibliotecas, todas, están llenas de recodos y remansos, trampantojos y enredos y cuesta saber, a veces, por dónde continúan. Aquí, en el piso de abajo, en el estudio, libros de cine, muchos, Philip Roth y Capote, ocultos por fotos de escritores y músicos —Baudelaire, Neil Young, el propio Roth— que recorta de periódicos y suplementos culturales y cuelga como banderas delante de las baldas, lacias y desventadas, sujetas con algún libro.

babelia
PHILIP ROTH
BUDD
WISE GUY

## *Librerías pequeñas*

Aquí, también, historia y un puñado de libros de Austral, con sus lomos de color apagado, como si los hubiera lavado una y otra vez, gris, verde o amarillo: Ortega, Marañón, Azorín... Y Pla. Mucho Pla al lado de Rafael Azcona, de quien fue amigo fraternal, y que siempre le recomendaba, insistente, que leyera al catalán de la boina y el cigarro colgando de los labios.

2
A. Cresposo
4
A. Cresposo
5
A. Cresposo
6
A. Cresposo
7
A. Cresposo
8
A. Cresposo
9
A. Cresposo
10
A. Cresposo
11
A. Cresposo
12
A. Cresposo
13
A. Cresposo
14
A. Cresposo
15
A. Cresposo

En las paredes, ese mundo de exvotos que domina una foto de Hrabal, otra de Azcona, y otra que le regaló Luis Cuenca, el actor, dedicada, en la que posa junto a Dalí. Y señala ese lugar donde estaba la conocida imagen de Nabokov —las gafas en la punta de la nariz, escribiendo en un coche—, que un día se cayó por detrás de los estantes y que no ha podido recuperar.

I am Ozzy
OZZY
New ways to Kill your Mother
COLM TOIBIN

Me habla de los papeles que guarda en los libros; entrevistas, y críticas que deja entre las páginas; de las notas sutiles, casi invisibles —un punto, una discreta cruz apenas insinuada con lápiz— que escribe, con infinito cuidado, solo de vez en cuando en una página, y de cómo los libros guardan el recuerdo de donde los compramos o leímos, o de quien nos los regaló. «Me gusta mucho comprar en librerías pequeñas, creo que hay que seleccionar con cuidado dónde haces el gasto, y ser consciente del paisaje que construyes con tus compras. Últimamente mi radio de librerías se ha ido limitando porque mi hermano Jesús abrió una, bien surtida y bonita, y en la que además hace descuento a los hermanos».

Y me enseña, sobre su mesa de trabajo, entre libros, discos, postales y botes de bolígrafos, un recorte con la foto de una jovencísima, bellísima, Ava Gardner. Me cuenta que tenía dieciocho años y que fue a visitar a su hermana, en Nueva York. Su cuñado, fotógrafo profesional, la retrató y puso su fotografía en el escaparate. Allí, la vio días más tarde un productor de la Metro, que se quedó deslumbrado. Y ese fue el principio de su carrera imparable al estrellato.

Me dice que va a enmarcarla. No me extraña.

ers sound motion picture for $1,500
per week. From the first day of her
Ava Gardner in the photograph that her brother-in-law,
a photographer, put in his display window in New York in 1941,
which was spotted by a clerk from MGM and led to her screen te
to Hollywood

*A este lado del paraíso*

FRANCIS SCOTT FITZGERALD

Alianza

«Lo leí en la universidad y con un sentimiento de identificación total con lo que se cuenta, la historia de un joven estudiante en Princeton, y con el momento y el autor que lo ha escrito».

*Abierto toda la noche*

DAVID TRUEBA

Anagrama

«Un libro que escribí cuando pensaba que ser novelista era algo inalcanzable para mí, y en el que el humor era una manera de refugiarse. Es mi primer libro y la sensación de verlo editado es algo de lo que no te separas nunca».

*Los santos inocentes*

MIGUEL DELIBES

Destino

«Fui a ver el estreno de la película, con quince años, al cine Coliseum, y viví esa sensación rara de que el cine español también puede ser una obra maestra. Luego leí el libro casi por pundonor, y a partir de ahí he leído muchos otros libros de

Delibes. Pero ese fue el primero».

**JAVIER GOMÁ**

# El misterio de no saber leer

Empieza confesando que ha mantenido siempre una relación conflictiva con los libros, e imagino que elige el adjetivo con la intención con la que un relojero selecciona una rueda dentada.

Me habla de aquellas almonedas que organizaba en casa, siendo todavía niño, en las que se desprendía de todos los libros que, imaginaba, ya no iban a servirle y de la advertencia cómplice de sus hermanos —«Te vas a terminar arrepintiendo, ya verás»—, mientras se los llevaban bajo el brazo.

Y me cuenta de su padre, José Enrique Gomá, notario, lector apasionado y entusiasta (se había leído ya entonces todo Simenon, cuatro veces a Proust y Dickens al completo), y de la frase que a menudo dedicaba a aquel joven espigado y altiricón, del Athletic, ojos despiertos y un flequillo un poco levantisco: «Tu problema, Javier, es que eres un mal lector».

Porque empieza, ya digo, confesando que sus incontables horas de lectura no han estado motivadas por el placer o la evasión —la visita a esas islas misteriosas, lejanas y esenciales donde llevan los libros—, sino que fue raptado de adolescente por una visión a la que ha dedicado gran parte de su vida, una vocación literaria extrema y pertinaz a la que ha entregado sus mejores horas del día, explica, y sus mejores días.

En el último de sus libros, Necesario pero imposible, hay un texto en el que Javier Gomá Lanzón (Bilbao, 1965) habla de todo esto; de cómo con quince o dieciséis años tuvo una intuición que acabó convirtiéndose en su «Teorema de la experiencia y la esperanza», un proyecto que le ha llevado casi treinta años de trabajo culminar y cuatro libros.

Así, anda ahora viviendo un lento impasse, como un expresidiario a quien acabaran de soltar tras una larga condena —entiéndanme, por favor, la metáfora — y al que delatara la sospechosa holgura de la ropa y esa blancura artificiosa, un poco diluida, de quien ha pasado mucho tiempo a la sombra.

De todo esto, le queda una relación casi instrumental con la lectura y el recuerdo de aquellas tardes de viernes, en El Escorial, cuando su padre le llevaba con sus hermanos a la librería de Quiqui, a comprar libros.

Luego fue la visión, la misión, la obsesión, por ese orden, y el salto que le llevó desde Los Cinco, de Enid Blyton, directamente a Locke, sin paradas en Verne, ni en Salgari, ni en London, que ahora mira disimuladamente, de reojo, tal vez secretamente complacido, cuando los leen sus hijos.

## *Leer diez horas al día*

Y cuenta que un día, hace tiempo, por la calle, se acercaron para hacerle una encuesta. Le preguntaron cuántas horas leía a la semana, entre otras preguntas inocentes. Y cuando les dijo que unas setenta, o más incluso, doce o trece diarias —la verdad notarial, estricta y rigurosa, sin exageración alguna—, a los encuestadores les surgió un problema irresoluble porque no había en el impreso una casilla en la que poder registrar, ni siquiera aproximadamente, esa respuesta. Al organismo, la institución o la entidad que había planteado las variables nunca se le ocurrió pensar que alguien pudiera llegar a leer tanto tiempo seguido, sentado, inmóvil, casi en hibernación, en un sofá.

Sin embargo, jamás ha participado en esa «beatería del libro», como él dice, y

me divierte la expresión. «Hay un momento en el que tienes la certeza de que los libros son ventanas desde las que se ve el mundo», afirma. «Pero los libros no son el mundo, y he acabado asumiendo que no quiero hablar sobre los libros, sino sobre el mundo».

GIACOMO LEOPARDI
CANTOS PENSAMIENTOS
Antología poética
GIACOMO LEOPARDI
POESIA Y PROSA
BIOGRAFIA LITERARIA

En su cuarto, los libros de tener cerca, de consulta o deberes, esos que se tienen a mano con voluntad expresa de leerlos y que se van amontonando y mezclando con los que se han leído: Vasili Grossman, Vida y destino; los dos tomos de las memorias de Casanova; Gil de Biedma, Las personas del verbo, o Los mayas, de Eça de Queirós, por ejemplo.

Al lado, sobre una mesita baja, Keynes, de Robert Skidelsky; Una breve historia de casi todo, de Bill Bryson; y Vida y arte de Alberto Durero, de Erwin Panofsky, que acaba de comprar en una librería de viejo tras una larga búsqueda.

Todo en ese desorden, cómplice, de los lectores. Un cierto laberinto minucioso regido por caprichosas prioridades e impredecibles intereses. En la mesilla, Verdad y mentiras en la literatura, de Stephen Vizinczey, al lado de Séneca, de Pierre Grimal; Dublineses, de Joyce, y Stoner, la deslumbrante novela de John Williams. Todo razonablemente mezclado. Novela con ensayo o poesía, libros en tapa dura con otros de bolsillo y ediciones recientes, diríase que impolutas, al lado de otras antiguas, sobadas y tal vez releídas. Y en el baño —que tampoco es mal sitio—, la colección Clásica de Gredos, con sus cubiertas azules y doradas como casacas de un capitán de barco: Luciano, muy leído y marcado, Tito Livio y las Fábulas de Fedro, por cuyos cortes aparecen papeles y señales.

## *El chico que parecía un librero*

En el salón, estanterías airosas, elegantes, con esta rectitud de las arquitecturas, desbordadas por libros colocados en doble fila, equilibrio inestable, como un tetris resuelto con torpeza. Allí, un mueble de biografías, otro de filosofía, teología, un tercero de historia, poesía —Leopardi, Rilke, Coleridge—, y una enorme biblioteca, de esas de pared a pared, del suelo al techo, de literatura, ordenada por países, cronológicamente. Más o menos. Allí están Kafka, Le Carré, Scott Fitzgerald. Allí están Cheever y Philip Roth, el hombre que no se ha reído nunca, están Modiano y Camus, y los tomos completos de La Recherche en Alianza. Y allí están Boyd y Conrad, al lado de Sagarra y Pío Baroja, como debe ser. «Es difícil hablar de autores favoritos. Me ha interesado mucho el

mundo griego —hice Clásicas—, el romano, la teología, la alta teología, y me gustan muchísimo Tolstói y Dostoievski, Turgueniev, creo que lo he leído todo, y soy fan de Jane Austen, de Edith Wharton, y de Theodor Fontane, un escritor relativamente desconocido, del que recomendaría no solo Effi Briest, su obra más conocida, sino el resto de sus novelitas deliciosas que se están traduciendo en los últimos años».

Habla también de esos autores que deberían gustar a todos —esas devociones, a veces, meramente pedantes— pero que a él se le han caído de las manos. Dice Borges, dice Faulkner y sus personajes limítrofes, dice Günter Grass y El tambor de hojalata, lleno también de personajes patológicos, de una morbidez casi enfermiza.

Se pregunta por Montaigne, ¿cuántos libros tenía? ¿Cuántos leyó Platón? ¿Cien, unos pocos más? ¿Cuántos Homero, que era ciego?

Y me cuenta esa última historia, ya para terminar. Riéndose. La historia de ese joven del Athletic, de mirada despierta y flequillo un poco levantisco, que iba tanto a las librerías que, de vez en cuando, lo confundían con un dependiente. Y le preguntaban por un autor, un libro. ¿Y qué hacer?, me comenta, si en realidad sabía dónde estaba la mayoría...

Así que si un día lo ven, impecable en una librería, pregúntenle sin miedo. Déjense aconsejar y, eso sí, no le pidan a Borges.

*Tonio Kröger*

THOMAS MANN

«Es uno de esos libros que tengo leído y releído. Un ensayo que se convirtió en relato y del que Marcel Reich-Ranicki afirmó que era el más importante del siglo XX. Cuenta la historia de un chico que responde al paradigma del romanticismo, pero que descubre los primores de la vulgaridad».

*Aquiles en el gineceo*

JAVIER GOMÁ

«Elijo este libro porque a pesar de hablar de una experiencia personal, mantengo que determinadas experiencias son universales. Es una reflexión de mi paso de la adolescencia a la madurez, fijándome en esos aspectos que seguramente comparto con mucha gente».

*Mi idolatrado hijo Sisí*

MIGUEL DELIBES

«He leído de don Miguel ocho o nueve libros, y este es uno de los que más me gusta. Pero pienso que, como director de la Fundación Juan March, debería mencionar también La hoja roja, un libro que escribió con una beca de la fundación, y del que estamos orgullosos de haber, de algún modo, contribuido a su escritura».

LUIS ANTONIO DE VILLENA

# Gabinete de prodigios

Me contó, hace ya tiempo, un truco que utiliza para ampliar la capacidad de los estantes. Consiste en hacer tres filas en las librerías donde el fondo lo permite: una primera, en vertical, pegada a la pared sobre la que se pone, ocupando el hueco entre los libros y la balda de arriba, tumbada, una segunda fila. A estas añade Luis Antonio de Villena (Madrid, 1951) la tercera, delante, puesta en horizontal y cuidando de que no tape del todo los lomos y permita ver parte al menos del título o el nombre del autor.

Pero reconoce, resignado, que en esta biblioteca suya que crece año tras año desmesuradamente, y se extiende sobre las mesas y las sillas del comedor —«he perdido tres últimamente», se lamenta, «ocupadas por los libros de arte»—, ya ni el truco de las tres filas funciona: la de delante tapa las otras dos con lo que hay que retirarla completa, y a veces la de al lado, para buscar un libro que con irritante frecuencia no aparece.

Se cuenta que una vez vino a ver la biblioteca su amigo el malogrado Leopoldo Alas, a quien le preguntaban después de la visita: «¿Bueno, y qué?». A lo que Alas, escueto, respondía: «Muy bien, lo tiene todo».

Y hay algo, es verdad, de desmesura en esta biblioteca; un fulgor de gabinete de prodigios, de bazar de exotismos: primeras ediciones y libros dedicados, y otros encuadernados en plena piel, elegantes como para un baile de gala. Clásicos y modernos, juntos en los estantes, novedades en rústica y ediciones antiguas encajadas en un sobrio tapiz abigarrado que comparten solo con minerales, figuras de porcelana de biscuit y un muñeco de Wilde articulado —chaleco verde, bastón, levita oscura—, que le regaló, una vez, Javier Marías.

EPISTOLARIO
EPISTOLARIO
EPISTOLARIO

Los lomos, eso sí, meticulosamente alineados, marciales, en las estanterías porque tiene la manía, casi obsesiva, de que sus libros puedan verse rectos todos, en línea. Y me cuenta cómo de niño le gustaba comprobar que lo estaban y cómo se levantaba a veces, en pijama, solo para constatar, guiñando un ojo, como un maestro de obra, la perspectiva. «Soy muy metódico y cuidadoso con los libros», afirma. «Y nada me disgusta más que alguien coja uno y lo deje fuera de su sitio, o lo coloque mal, así que prefiero hacerlo yo. Siempre digo a quien viene: dime qué libro quieres y yo te lo doy».

Antología personal

## *La biblioteca giratoria*

Sirve el sofá, al menos el respaldo, de acomodo provisional —Leopardi, Conan Doyle, Eliot— de esos libros en tránsito que no sabe si conservará o no y que esperan la decisión, tres o cuatro montones, como en el purgatorio. Al lado, un pequeño librero giratorio —Darío, Cernuda, Piglia—, coronado también por tres torres de libros y un cuenco con media docena de lápices y clips, y que podría ser de malaquita.

Trésors plus ou scandales. La belle époque des Ballets russes ROLAND HUESCA

Ahí están Blasco Ibáñez, encuadernado en rojo, con tejuelos, y Gabriele D'Annunzio, junto a Conrad, Machado y Marquina, por ejemplo, de quien saca, casi al azar, un ejemplar de Almas anónimas, tapas verdes y cortes decorados, que devuelve a su sitio, no sin dificultad, como quien ensamblara la última pieza de un complejo engranaje.

En las estanterías, clásicos griegos, latinos —Horacio, Séneca, Propercio—, junto a Shakespeare, Quevedo, Lope o los Sonetos de Góngora.

Las entrañas periodísticas de José María Carretero
PERPETUUM MORTIS
Obra Poética
POESIAS Julian del Casal
RUBEN DARIO
CHRISTINA ROSSETTI
CONCEPCION DEL CORMO
PETRUS BOREL
Poesía y Pintura en MANUEL MACHADO
The Diaries of a Cosmopolitan 1918–1937
DARIO FO
DE CHIRICO
PAUL DELVAUX
PAISAJE Y FIG
GRECO
EL CONDE KOSTIA
MANUEL MACHADO

Hay un cuarto, al lado, solo para los libros. Una silla, una pequeña mesa circular en el centro, una alfombra y el resto, en todas las paredes, del suelo al techo, libros: poesía contemporánea y novela —Javier Marías, entero, mucho Trapiello —, sin un orden preciso —«nunca alfabético, por favor», dice—, sino regido por secretas afinidades, casualidad, a veces: Espronceda, Zorrilla, Keats, Nerval, los Episodios Nacionales de Galdós y una zona, cerca del balcón casi siempre cerrado, dedicada a Oscar Wilde. «Fui un niño solitario, sin muchos amigos, muy refugiado en la lectura, y cuando leí la biografía de Wilde de Sebastián Juan Arbó, todavía adolescente, me encontré con alguien muy parecido a mí, y a quien habría querido conocer, de modo que tengo, sí, muchos libros de Wilde y sobre Wilde; lo he leído, he escrito sobre él, y todo ha sido para pagarle lo que él hizo por mí».

SERGE
LIFAR

Cerca, al lado de un cartel que amenaza de excomunión, como el ángel de la espada flamígera, a quien ose enajenar algún volumen, literatura italiana —Baricco, Buzzati, Italo Svevo—; anglosajona —Melville, Byron, Poe— y francesa; mucho Proust, algo de Houellebecq y de Céline, del que me muestra un libro con un dibujo original, y una larga dedicatoria autógrafa.

Porque colecciona Villena, desde hace años, libros dedicados. Muchos de ellos a él —como ese en el que su amigo Guillermo Cabrera Infante, a finales de los años setenta, le escribió: «Casi de entre los muertos, para un poeta que está entre mis seres queridos. ¡Viva Villena!»—, y otros muchos que ha ido comprando por catálogo, en subastas o en librerías de viejo: Neruda, y su caligrafía altisonante, frecuentemente escrita en tinta verde; Josep Pla con su letra picuda y angulosa, oscura, como de sismógrafo, o una edición de bibliófilo, en inglés, de The Nightmare Notebook, numerada y firmada por su autor, Henry Miller.

## *Un sello con un gato*

Muchos de los libros, con su nombre en la página de cortesía, la ciudad y el día en que los compró o se los regalaron, porque conserva la costumbre, tal vez algo escolar, de firmarlos, como quien toma posesión de un territorio. «Tengo también un sello, un exlibris con un gato, pero soy muy perezoso, así que hay algunos libros que lo tienen, pero la mayoría no».

Me fijo en Martín Gaite, Aldecoa, Caballero Bonald —Copias del natural, La costumbre de vivir, o ese Dos días de septiembre que tiene dedicado: «A Luis Antonio, tan querido durante tantos años, con mis muchas gratitudes y mis muy especiales cariños»— y Jaime Gil de Biedma, todo lo nuevo, dice, porque lo antiguo está en la otra casa. «Leí sus Poemas póstumos en la universidad, y luego le conocí», recuerda. «Le traté mucho, y fuimos muy amigos, él viajaba a Madrid con frecuencia, porque era un alto ejecutivo de la empresa de tabaco de su familia, salía mucho de noche y nos veíamos».

CIRLOT DE LA CRÍTICA A LA FILOSOFÍA DEL ARTE
Erwin Panofsky
Renacimiento y renacimientos en el arte occidental
Alianza Editorial
ARTE y ARQUITECTURA EN ITALIA 1600 1750
RUDOLF WITTKOWER
HISTORIA DE LA PINTURA MODERNISTA EUROPEA
LOS PRERRAFAELISTAS
Musée Gustave Moreau
Strobl · GUSTAV KLIMT
Symbolists and Decadents
studio vista | dutton
S. T. Madsen: Art Nouveau
JOSÉ VICENTE SELMA
LOS PRERRAFAELITAS
Giorgio de Chirico
Memorie della mia vita
Bompiani
NESTOR
UN PINTOR ATLÁNTICO
EL ART DÉCO
ALASTAIR DUNCAN
LA HISTORIA DEL ARTE

«Villena, escribes demasiado», le dijo un día.

A lo que Villena contestó: «Yo vivo de escribir, así que tengo que escribir mucho. Pero luego, por la mañana, me iré a dormir, y tú tendrás que irte a trabajar».

Y caigo de repente en que ha hablado de otra casa, a la que, efectivamente, vamos, cerca, donde vivía su madre, y que también está completa, fatalmente tomada por los libros. Un escenario casi de almoneda, de almacén de museo, donde improvisa un inventario apresurado, necesariamente incompleto, de títulos y autores, cuadernos y papeles, fotografías —una de Aleixandre, en su casa de la calle Velintonia, otra de Gil Albert—, un dibujo de Alberti, enmarcado, al lado de una carta, enmarcada también, de Verlaine, y más libros: en montones, cruzados, en las baldas y sobre los aparadores; primeras ediciones, Cernuda, Valle-Inclán y Ramón, dedicado, con su inconfundible tinta roja y sus palabras inmoderadas: admiración, fervor, máximo afecto... Y ahí lo dejamos.

Nos mira desde un rincón, extravagante, medio oculta tras un montón de libros sobre un cubrerradiador, una lechuza que tuvo de joven y que mandó disecar cuando murió —plumas blancas, y alas color café, el cuello desproporcionadamente largo—, con sus ojos de cristal verde, curiosos y aparentemente vivaces. No me acuerdo de cómo se llamaba.

*El Satiricón*

PETRONIO

Biblioteca Clásica Gredos

«Lo leí de adolescente, y no solo me fascinó sino que pensé que era una novela muy moderna. Fue el inicio de mi afición al mundo clásico, una novela griega, escrita en latín, que leí muy jovencito».

*Proyecto para excavar una villa romana en el páramo*

LUIS ANTONIO DE VILLENA

Visor

«Es muy difícil para un autor elegir un libro suyo, me quedo con este que no sé si es el mejor, tampoco es algo que me corresponda decir a mí, pero sí es el que siento más cercano».

*El hereje*

MIGUEL DELIBES

Destino

«Creo que es una de las mejores novelas de Delibes, y es un libro que me envió dedicado él mismo, y que fue el inicio de un intercambio de cartas y notas entre los dos, con lo que para mí tiene ese encanto añadido».

## MARTA SANZ

# «Querida Kate»

Lo primero que llama la atención es esa estantería, en el salón, que ocupa prácticamente toda la pared, azul, salpicada de postales de artistas como estampas de santos; estrellas rutilantes del Hollywood dorado, blondas y lentejuelas, blanco y negro, que le envía su amigo Óscar Esquivias.

Un nutrido, estiloso catálogo de musas, divas y mujeres fatales —solo excepcionalmente algún galán— y también algún beso arrebatado: Ekberg y Mastroianni en La dolce vita, Hepburn y Grant en La fiera de mi niña, y Kelly y Stewart en La ventana indiscreta: él con una pierna escayolada, prismáticos, pijama, y ella con la melena al viento, inmensamente rubia —ondas marcadas con la laca de las celebridades—, con una gargantilla de perlas naturales.

Porque sostiene Esquivias que en realidad no somos del horóscopo tradicional, como siempre pensamos, piscis o sagitario, aries o capricornio, sino del horóscopo de Manuel Puig —«llamáme Puig», pedía, socarrón, cuando se presentaba, marcando esa ge al final, afilada como un estilete— que es, contaba, el de la actriz que gana el Oscar el año en el que naces.

De modo que Marta Sanz (Madrid, 1967), según esta singular astrología del celuloide, es de Katharine Hepburn, la delgaducha, encantadora Hepburn que lo ganó ese año por El león en invierno, la película de Anthony Harvey. Así que, hace tiempo, empezó a recibir postales que le manda Esquivias por correo, sobre y sello, encabezadas siempre por un cómplice y teatral: «Querida Kate».

Con ellas ha acabado construyendo ese particular planisferio de actrices inolvidables que oculta, en los estantes, la novela por orden alfabético: Dietrich, en El ángel azul, que tapa a Dahl y a Don DeLillo; al lado, la vaporosa, platino, Doris Day, delante de Coetzee, y un poco más abajo la inquietante, la bella, Leni Riefenstahl, cutis ario y labios perfilados, la mirada turbadora de quien miró a Hitler, el mal, tapando a William Faulkner, Santuario.

En medio, alguna fotografía familiar; una de la boda de sus abuelos y otra suya, de niña, pecosa y algo indómita, el pelo como Mowgli, de El libro de la selva, ojos oscuros, plácidos, que utilizó para la cubierta de su Daniela Astor y la caja negra.

## *El libro del abuelo Ramón*

En otra estantería, bajo un reloj de pared, más fotos y revistas, y sus libros: distintas ediciones y cubiertas, traducciones, y cuadernos de su abuelo paterno, Ramón Sanz, mecánico de profesión y que empezó a escribir sus recuerdos tras jubilarse; a mano, letra pulcra y solo alguna tachadura ocasional, en cuadernos de tapas de cartón, marca Blasón.

Textos en los que narra distintos episodios de su vida, como un legado, y que inspiraron parte de la novela de su nieta Susana y los viejos. «Las bibliotecas van fagocitando otras bibliotecas», dice. «Aquí tengo la colección RTVE que heredé cuando murieron mis abuelos, junto a alguna enciclopedia y novelas en ediciones antiguas, también hay mucho libro de bolsillo, y mucha editorial independiente».

Y me habla de la casa de sus padres, de niña, grandes lectores ambos: él más de poesía y ensayo, y su madre, de novela. Lectora original, iconoclasta, que defendió con ardor en su momento que Emma Bovary, la heroína trágica, era una auténtica cretina. «Yo empecé leyendo tebeos, unos que había entonces para chicas, que se titulaban Esther y su mundo y que marcaron a muchas niñas de mi generación, y también las historietas de Flash Gordon, que me prestaba un amigo de mi padre que tenía la colección completa; de ahí pasé ya a los libros: Stevenson, La isla del tesoro; El lazarillo de Tormes y Las ratas, de Delibes, que fue una lectura que me impresionó muchísimo cuando lo leí en octavo de EGB».

Después fue la poesía del 27, Aleixandre y Cernuda, sus palabras fragantes y, de algún modo secreto, nutritivas que le dieron la medida del lenguaje literario, y dos libros fundacionales, Henry James, Otra vuelta de tuerca, y el recuerdo morboso, todavía, de la lectura de Marguerite Duras, El amante, que leyó durante una gripe homicida, en casa de sus padres, en la cama, en ese estado de desasosiego, sopor ensimismado, que provoca la fiebre, que le subía unas décimas con la lectura, y que le llevó a pensar, allí con la aspirina, que también ella quería escribir así.

Tiene, eso sí, tres manías, como tenemos todos, aunque no siempre sean las mismas: acabar cada libro que empieza, le esté gustando o no, porque, sostiene, aunque no siempre acierta, que en cada libro hay una página, un párrafo, una frase que acaba justificando la lectura.

Fortunata y Jacinta
JAVIER PÉREZ
David Pérez Vega
DEBATE

También le cuesta deshacerse de libros, así que se resiste a que salgan de casa, y solo de vez en cuando prepara alguna caja que deja en el trastero, o que lleva, cerca de donde vive, a un sintecho lector que guarda una pequeña biblioteca en la mochila, y a quien de vez en cuando prepara una selección de obras de la literatura universal. «Tengo la manía, también, de escribir en la última página notas y comentarios de lo que leo, así que todos mis libros tienen marcas de lápiz y, con frecuencia, alguna crítica o reseña de periódicos y revistas que dejo en el libro. Y cuando acabo, lo sello con un exlibris que tengo, un gato, con tinta morada, un poco desvaída, que alguien, ya no recuerdo quién, me regaló».

## *El microscopio de mirar alas de mosca*

En otra habitación, una cinta de correr diría que acusadoramente impoluta, y, detrás, otra estantería que ocupa la pared del suelo al techo, y que dobla la esquina amenazando con extenderse como la hiedra, con ensayo político, histórico, literario, y unos viejos cuadernos, arriba, de espiral, con sus apuntes de la carrera: Lírica del Siglo de Oro, Teoría de la Literatura, Árabe, Teatro Medieval, y que todavía rescata de vez en cuando.

Hay también viejas enciclopedias, cómic —la colección del Príncipe Valiente—, los dos tomos del María Moliner, en un orden que viene de la última vez que pintó la casa; una composición de lomos ordenados y solo interrumpidos esta vez por una solitaria foto del Che que compró en Cuba, y un microscopio de su padre con el que jugaba de niña, durante horas, indagando ese mundo secreto, inesperado, cómico a veces, de pelos y saliva, y alas de mosca, grises y cuarteadas como vidrieras.

Tocarnos la cara
GOPEGUI
La conquista del aire
GOPEGUI
Lo real
GOPEGUI
El lado frío de la almohada
GOPEGUI
El padre de Blancanieves
GOPEGUI
Acceso no autorizado
467

Y también poesía: Aleixandre y Neruda, Clara Janés, Andreu y Juan Ramón por orden alfabético, muchos con marcas, anotados, leídos y releídos. «Leo casi siempre por la tarde, en el sillón del salón, a partir de las cinco y media, y hasta las ocho y media o nueve». Allí, muchos de sus amigos: Isaac Rosa, Fernando Royuela, Lourdes Ortiz, algunos dedicados, y Mishima, restos de aquella época en que su marido, Chema, le traía un libro suyo casi cada semana. También Sara Mesa, José Ovejero, Luisgé Martín y esa devoción por Camilleri y Agatha Christie: un mueble en el que ocupa las dos baldas de abajo; ediciones de quiosco, mal papel, cubiertas arañadas, que ha ido completando durante años, aquí y allá, buscando en ferias y libreros de viejo, con el mismo entusiasmo infantil, contagioso, con el que terminaba sus álbumes de cromos.

Hay dos estantes más, enfrente: Highsmith, Hoffman, Hrabal, y abajo su querido, su favorito, Henry James casi al completo, Washington Square, La edad ingrata, El eco, detrás de una postal en la que Clark Gable, rudo, viril, vestido de safari —un mechón del flequillo, negro como la tinta de calamar, sobre la frente —, abraza a una turgente y carnal Jean Harlow en Tierra de sangre, de Victor Fleming.

Miro por curiosidad al dorso. Y sí, pone «Querida Kate».

LAS RUINAS DE LA MURALLA
FORENSE
HENRY JAMES
Otra vuelta de tuerca
HENRY JAMES
LA LECCIÓN DEL MAESTRO
En la jaula
Los perdidísimos

*Crónica de una muerte anunciada*

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

«Me gustó muchísimo este libro en el que, como lector, estás esperando a que el autor haga alguna trampa, utilice algún truco; sabes que van a matar al protagonista, vives la esperanza de que no sea así, y lees cómo lo acaban matando, hay que ser un genio para construir una trama así».

*La lección de anatomía*

MARTA SANZ

Anagrama

«Es complicado elegir, pero tengo un cariño especial a La lección de anatomía, es un libro autobiográfico que escribí con mucho gusto. Pensé que me iba a producir dolor pero, al contrario, aprendí muchas cosas mientras lo escribía y es un libro que genera una empatía especial en los lectores».

*Las ratas*

Miguel Delibes

Destino

«Fue uno de mis libros fundacionales, lo leí en el colegio y me impresionó como pocos, sobre todo me sobrecogió esa manera escueta, desnuda, tan visual de narrar».

## MANUEL LONGARES

# Inventario de libros, luz y sombra

Voy a su biblioteca una tarde de primavera en la que Madrid se cubre de ese cielo norteño, gris, casi como un visillo, y un olor premonitorio de tormenta. Me preocupa la luz para las fotos, y hemos buscado la mejor hora por la tarde, temprano.

Antes, Manuel Longares (Madrid, 1943) me ha enviado un correo en el que traza un plano de sus libros y de la luz que vamos a encontrarnos. Así, empieza diciendo: «Aparte del cuarto de baño y la cocina, que no tienen ventanas ni libros, en mi casa hay un pasillo con dos cuerpos de biblioteca. No tiene luz natural y allí están los autores portugueses, nórdicos, alemanes y norteamericanos e ingleses». «El salón —continúa— es la pieza más grande de la casa y la mejor iluminada; de las nueve paredes que tiene, siete están tapizadas de estantes: historia y filología, autores franceses, italianos y españoles (parte), y obras sobre teatro y periodismo».

«Comunica —prosigue— con una terraza que se acristaló para ganar una habitación; es la mejor iluminada y tiene dos cuerpos de estanterías con autores españoles. Al lado, el dormitorio, más bien oscuro. Allí escribo y en sus paredes hay también libros».

«En resumen —acaba el inventario, preciso y minucioso, de libros, luz y sombra —, hay dos habitaciones luminosas y oscuridad en otras dos, una oscuridad que se puede suplir, comprenderás, con luz eléctrica».

Y en esa habitación más bien oscura, el dormitorio —apenas una cama, una mesa para el ordenador y una lámpara de luz blanca, casi de fluorescente—, con la luz encendida, empezamos: autores españoles en riguroso orden alfabético, desde Pilar Adón, por la A, arriba a la izquierda, hasta Eduardo Mendoza, por la M, a los pies de la cama donde todavía, por precaución, hay doblada una manta.

En medio están Marsé, Javier Marías y un viejo ejemplar de Martín Santos, Tiempo de silencio, leído y releído. Aquella novela deslumbrante, en su edición de Seix Barral, con la sobrecubierta ajada, deslucida que dicen los libreros —resobada, los bordes aserrados—, en la que se ve a unos ratones blancos que parecieran haberla roído, entusiastas, hambrientos, lentamente a lo largo del tiempo.

J. L. MARTÍN NOGALES
74
Samaniego ante la Inquisición
LUIS MARTÍN-SANTOS
TIEMPO DE SILENCIO
NOVELA

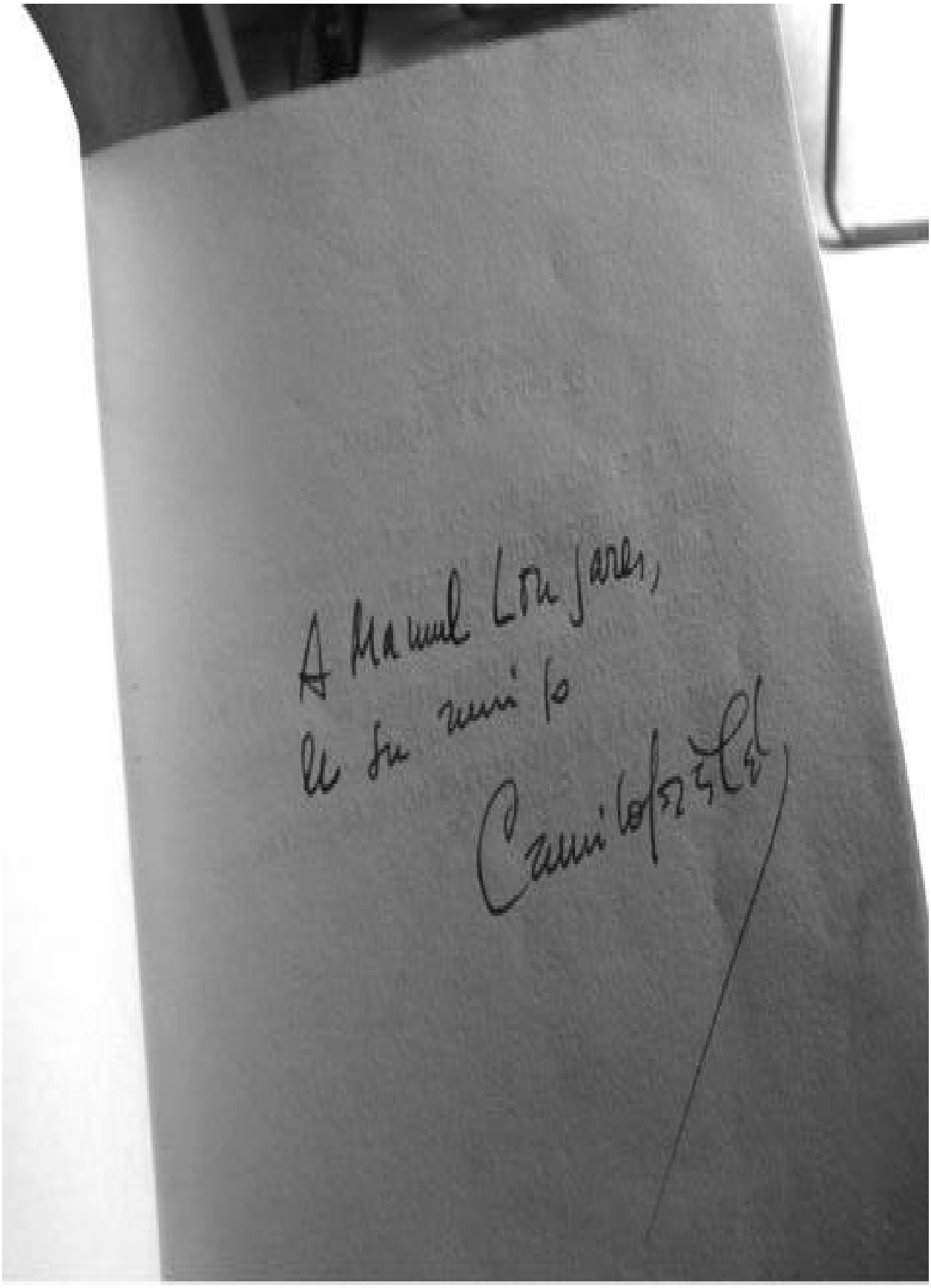
## *Talento, suerte y paciencia*

Y allí también, en la M, Martín Gaite, la encantadora Carmen, Carmina, Calila, y su frufrú de gorros y bufandas y cuadernos de todo que llevaba siempre encima y que en casa desparramaba por las mesas. Fueron amigos fraternos, me cuenta. Y de ella me muestra una vieja edición de Ritmo lento, dedicado con letra remotamente escolar, caligrafía redonda y armoniosa:

*Para Manolo esta reliquia de un tiempo en que todavía no nos conocíamos. Carmen.*

Busca también otra dedicatoria que Cela le firmó a mediados de los años sesenta en su casa de la calle Ríos Rosas. Allí se ven dos placas, hoy, una junto a la otra, como los viejos rombos de las películas de adultos, en las que se dice que en esa misma casa, casi puerta con puerta, vivieron Cela y González Ruano. «Me recibió muy amable, en pijama, con un batín y zapatillas, y me llamó enormemente la atención lo hinchados que tenía los tobillos». Fruto de aquel encuentro se lee ahora en su vieja edición de La familia de Pascual Duarte, en Destino, que saca del estante:

*A Manuel Longares con un abrazo y mis mejores deseos de talento, suerte y paciencia.*



A Manuel Longares,
de su amigo
Camilo José Cela

«Me aclaró que eran las tres cosas que iba a necesitar si quería dedicarme a la literatura, y razón no le faltaba, desde luego».

Casi en penumbra, iluminada por un foco sujeto a uno de los estantes, la mesa donde escribe, rodeado de diccionarios y libros de consulta, un calendario clavado con chinchetas y, por esos caprichos del orden alfabético, Blasco Ibáñez y Borges. Al lado, su amigo Luis Mateo, Cunqueiro y Gil Albert, uno de sus escritores favoritos, con los libros apilados en torres, uno encima de otro, horizontales; un truco que permite ampliar la capacidad de los estantes. Los libros impolutos, o casi, porque nunca los marca, ni los firma, ni dobla las esquinas y solo, cuando los ha leído, dibuja algunas veces en una esquina de la primera página una discreta, imperceptible, aspa: dos líneas que se cruzan como en las viejas historias de piratas señalando el tesoro enterrado en el mapa.

La biblioteca continúa en una pared del salón —Montero y Monterroso, Muñoz Molina y Moix— y recuerda cómo durante años guardó el dinero escondido en los libros. Pagaban entonces, cuenta, en efectivo: el cajero entregaba el salario, siempre magro, en un sobre; cinco, seis mil pesetas de la época en billetes de mil, que en casa repartía por los libros confiando en su memoria y en la fama (no se sabe si merecida o no) de los ladrones de ser poco lectores. Aventuro la posibilidad de encontrar todavía en un libro algún billete en su día traspapelado, pero me desengaña.

## *La biblioteca del padre*

La biblioteca se extiende por la terraza acristalada, luminosa como avanzaba en el mensaje, mucho Ortega —imprescindible, afirma— y mucho Onetti, a quien también un día visitó en su casa de avenida de América, en Madrid, donde lo encontró entre libros de cubiertas cuarteadas, en pijama, papel basto y páginas dobladas, que dejaba sueltos por la casa hasta que encontraban ellos mismos acomodo, con frecuencia debajo de la cama.

Me habla de Umbral también y de aquella vez que lo encontró en el Café Gijón,

en pleno invierno, y cómo a todos les llamó la atención el adjetivo que encontró para el frío: argentino. «Hoy hace un frío argentino», se le escuchó decir, mientras se frotaba las manos, friolento, y le recorría la espalda, tintineante, un escalofrío. Al lado, los libros de Galdós, ediciones antiguas, alguno de la biblioteca de su padre, aquellos libros, muchos encuadernados en piel, que se repartieron entre los hermanos, y que fue la biblioteca que frecuentó de joven: Azorín, Valle-Inclán, Baroja, Gabriel Miró. «Siempre, secretamente, haces una biblioteca para alguien, vas acumulando libros para dejárselos a alguien, pero acabas cobrando conciencia de que las bibliotecas mueren contigo. Todo lo que hay aquí está en Google ahora, y es ilusorio pensar que alguien pueda heredarla. No sé, el caso es que de momento aquí está».

En los estantes, Torrente, casi entero, Vargas Llosa, su maestro Juan Eduardo Zúñiga, apretados en los estantes porque antes de tirar una caja de libros ha preferido siempre encargar otro cuerpo de baldas.

De vuelta al salón, bajo la atenta mirada de un Baroja tallado en madera que alguien le regaló —la frente despejada, barba, gafas de aro—, literatura rusa —Dostoievski, Turgueniev, Chéjov—; italiana —Savinio, Calvino, Svevo—, junto a Kafka.

En el pasillo, autores portugueses, alemanes y norteamericanos e ingleses. «Aquí lo que hay es Faulkner», resume señalando casi dos baldas ocupadas por el viejo sureño del bigote, el flequillo esculpido, la pipa y su escritura prodigiosa. Y también Sartre, Camus, Maupassant, Anatole France, unos tomos en piel recuperados de la biblioteca paterna, y Stendhal. «Llevo tiempo buscando una frase que recuerdo haber leído en uno de sus libros —me cuenta— y no consigo dar con ella. Un oficial le dice a la joven con la que está bailando: “Creo que me estoy enamorando de usted”; todo está en ese creo, la literatura está ahí, en ese creo».

Veo casi al salir una balda vacía, en ese bosque atestado de libros, y pregunto por ella. Me dice que es la llave de la luz, y que ahí no pone libros para poder, y lo hace, encenderla. ¡La luz!

VARGAS LLOSA
Mario Vargas Llosa
LA GUERRA DEL FIN DEL MUN
Mario Vargas Llosa
Historia de Mayta
Mario Vargas Llosa
El hablador
Mario Vargas Llosa
La Chunga
Mario Vargas Llosa
¿Quién mató a Palomino Molero?
Mario Vargas Llosa
La señorita de Tac
MARIO VARGAS LLOS
LA TIA JULIA Y EL ESCRIBIDO
Mario Vargas Llosa
LA ORGIA PERPETUA
Flaubert y «Madame Bovary»
MARIO VARGAS LLO
PANTALEON Y LAS VISITADOR
Mario Vargas Llosa
Mi hermano el alcalde Fernando Vallejo
VIENA
LOS CACHORROS

*El guardián entre el centeno*

J. D. SALINGER

Alianza

«Ya desde el memorable comienzo, el relato del adolescente que es protagonista de esta historia me ha conmovido más que cualquier otro texto de ficción relativo a la adolescencia. Salinger tiene el mérito, que solo alcanzan los grandes, de haber fijado para la posteridad una condición y una edad fundamentalmente inestables».

*Las cuatro esquinas*

MANUEL LONGARES

Galaxia Gutenberg

«Este libro se compone de cuatro relatos. Cada uno comprende una época: la posguerra, los años sesenta, el principio de la Transición y los años ochenta. El espacio cronológico puede abarcar la vida de un hombre, pero se trata más bien de describir una filosofía de la vida. Este libro me ha dado la oportunidad de adiestrarme en el relato, un género que me seduce».

*Diario de un cazador*

MIGUEL DELIBES

Destino

«Fue en una tarde de invierno de 1962 en la Biblioteca Nacional. Tenía que estudiar un parcial de Derecho Civil y se me ocurrió pedir este libro. Lo leí apasionadamente, me olvidé por completo del examen pendiente y salí a la noche fría de Madrid deslumbrado: gracias al libro de Delibes supe que había otros mundos más allá del Derecho».

## VICENTE MOLINA FOIX

# La casa de los libros

Habíamos hablado semanas antes de su amor por los libros y su pasión lectora, antigua y persistente, y en un momento dado, como el croupier que sacara una carta, avezado, de la manga, me dijo: «Fíjate si me gustan, que les he puesto un piso». Y es verdad que Vicente Molina Foix (Elche, 1946) vive en una casa, cómoda, funcional, bonita, en ese inesperado Madrid de las alturas, vistas al infinito y fachadas airosas de ladrillo, y pisos más arriba, no sabría exactamente decir cuántos, amplia también y luminosa, tiene alquilada otra para sus libros.

Porque es la suya, dice, una biblioteca que ha crecido descomedida, disponiendo de huecos y rincones; que ha invadido el salón y la cocina y se extiende casi diríase orgánica, ocupando, como hacen las mascotas consentidas, los mejores espacios.

Llama, sí, la atención, al entrar, un alero volado que recorre el pasillo, vertiginoso, arriba, en apariencia frágil, algo intimidatorio, anclado a la pared y el techo —me tranquiliza—, pero que ya una vez se desplomó con ese estrépito de las grandes tragedias domésticas, y al que miro con un recelo inevitable, sobre todo tras descubrir una grieta zigzagueante que brota de una de las esquinas y se interna, como un reptil, hacia el salón. Allí, asomados al vacío, tapa dura, papel couché, al borde del abismo, libros de arte y catálogos de exposiciones, muchos.

Es esta una biblioteca, me cuenta, fundamentalmente literaria; libros de arte, también, teatro y poesía, y un amplio apartado veneciano, recuerdo de aquella temporada que pasó en Venecia, en soledad, escribiendo la mitad del día, y perdido por los canales, las plazas recoletas, los palazzi de fachadas desconchadas, la otra mitad, o visitando a Brodsky en San Michele, la isla amurallada de los muertos —su tumba siempre con flores, cubierta por la hiedra —, donde también está enterrado, discreto, apenas una lápida, Ezra Pound, el poeta de la melena flamígera y la mirada acuosa.

WILLIAM SHAKESPEARE POESIAS
WILLIAM SHAKESPEARE ROMANCES
SHAKESPEARE III
SHAKESPEARE II
SHAKESPEARE I
Shakespeare's EDWARD III
SHAKESPEARE
EIGHTEENTH CENTURY DRAMA
PRE-SHAKESPEAREAN

## *Venecia, l’acqua alta*

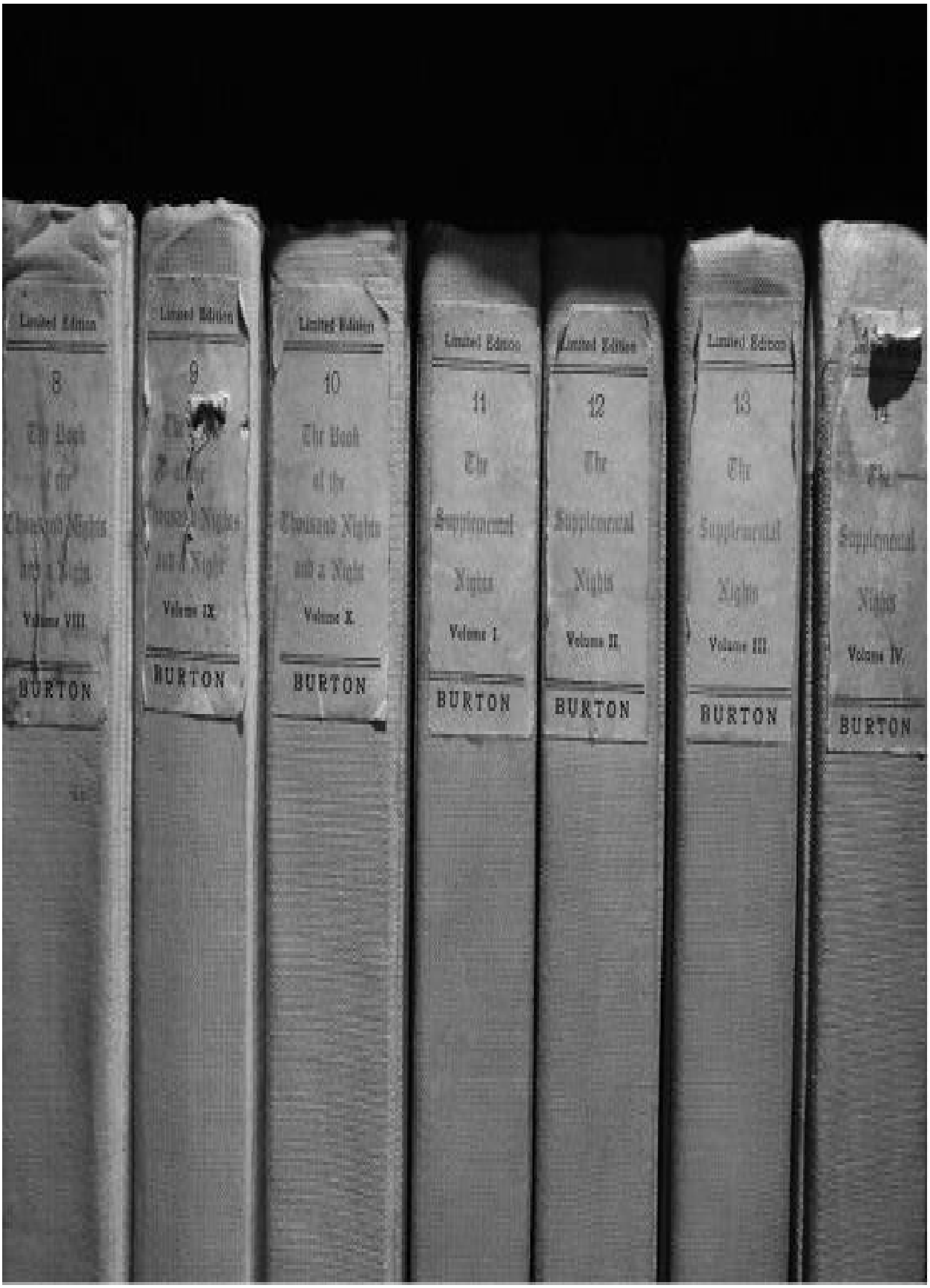
Allí, en Venecia, escribió la mitad de El vampiro de la calle Méjico y recuerda una tarde con Francisco Jarauta, cenando los dos con el alcalde de la ciudad entonces, Massimo Cacciari, a quien avisaron de una repentina subida del agua en la laguna, l’acqua alta que convierte la ciudad en un escenario casi imaginario, gris, de pasarelas y plazas anegadas, botas altas, de hule, y turistas que cargan sus maletas al hombro, como penados, intentando salvarlas del inesperado trance del diluvio. «¿Dónde os hospedáis?», les preguntó el alcalde, mientras calculaba el tiempo del que disponía cada uno de ellos antes de que el agua acabara, invasora, cerrándoles el paso.

POEMS AND FABLES
POEMS AND PLAYS OF T S ELIOT
ELIOT
FABER
Odysseus Elytis
THE POETRY OF ROBERT FROST
Kaddish
Louise Labé
KEATS POETICAL WORKS
DAVID JONES

En las baldas, Storia della civiltà veneziana, A history of Venice, o Venetian Painting, al lado de Tiziano, Degas y Fragonard, Lhote, Rodin, Balthus... En un rincón, en el distribuidor, clásicos grecolatinos —historia de Roma, Ovidio, Plutarco— y en una de las habitaciones, libros de cine, biografías —Cocteau, Colette, Faulkner—, teatro y dos cuerpos de estantes dedicados a Shakespeare, una de sus pasiones, en una librería que, para ganar espacio, parte la habitación por la mitad, dejando dos estrechos pasillos con libros a ambos lados como si fuera una biblioteca pública.

Porque hay una lucha aquí, iba a decir incruenta pero no estoy seguro de que lo sea, por encontrar huecos para estantes. «Ikea me ha cambiado la vida», reconoce. Y cuenta cómo hace siete u ocho años, su hermano Juan Antonio, escritor, también, traductor, editor e ingeniero de caminos, vino un día con una cinta métrica e hizo un cálculo aproximado de metros lineales de baldas y el número de ejemplares que acogían y que ascendió a más de 23.000 libros, tirando por lo bajo. «Regalo a veces, sí, y dono, y canjeo también de vez en cuando, pero la mayor parte de los libros que compro, muchos en librerías de viejo, o que me envían me los quedo. Siempre me ha fascinado Eduardo Mendoza, que tiene poquísimos libros en casa, según cuenta. Yo no sería capaz de vivir sin libros, no podría».

En otra habitación, también con una estantería que la divide en dos, poesía por orden alfabético: Alberti, Bousoño, Brines, Brossa... Y más abajo, Eliot y Frost, Elytis y los Cantos de Leopardi (cuento tres ejemplares en diferentes ediciones) cruzados al acaso, sobre Keats, Lamartine y Landolfi; lomos desenfilados, irregulares, como piezas mal encajadas de un mosaico. Al lado, más a mano, Panero y Aleixandre. «Tuve mucha amistad con Vicente, y la verdad es que no era nada difícil, al contrario», recuerda. «Iba a verle a su casa casi todas las semanas y siempre lo pasaba estupendamente, era muy agradable verle, charlar con él, siempre locuaz, y escucharle hablar de Federico o Neruda. Fuimos muy amigos, ya digo, y cuando murió fui uno de los que portó su féretro».


Limited Edition
8
Volume VIII
BURTON
Limited Edition
9
Volume IX
BURTON
Limited Edition
10
The Book of the Thousand Nights and a Night
Volume X
BURTON
Limited Edition
11
The Supplemental Nights
Volume I
BURTON
Limited Edition
12
The Supplemental Nights
Volume II
BURTON
Limited Edition
13
The Supplemental Nights
Volume III
BURTON
Volume IV
BURTON

Debajo, libros de historia y arte, y varias ediciones de Las mil y una noches entre las que llaman la atención los diecisiete volúmenes de la versión traducida por Richard Burton, publicados, en edición limitada, solo para suscriptores, en 1885, y que le regaló Javier Marías en su cincuenta y un cumpleaños, como se lee en una larga dedicatoria.

## *Dos libros de Marías*

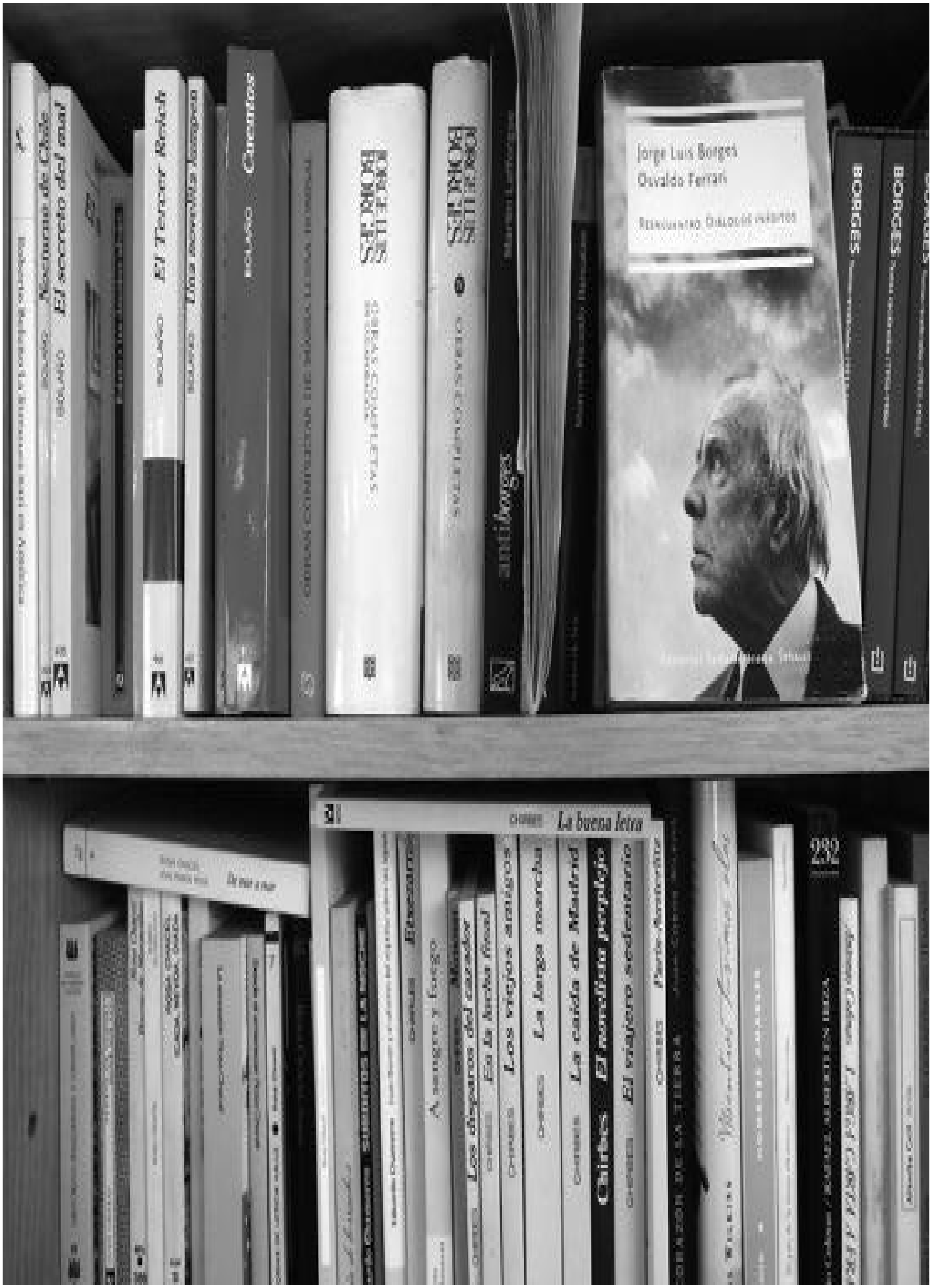
Hay una parte también de filosofía y ensayo, y otra desgobernada donde andan amontonados discos y revistas, sobres, carpetas y papeles, archivadores y ediciones, traspapeladas, de sus libros.

En el piso de abajo, donde vive, la ficción —tiene gracia, me dice, un piso dedicado a la novela—. En su despacho, que originariamente fue su dormitorio, y que sacrificó para sus libros, está ahora la novela extranjera de la A a la Z —Malraux, Nerval, Balzac, muchos en ediciones de La Pléiade—, y dos de sus pasiones, Virginia Woolf y la baronesa Blixen, cuya casa en Dinamarca visitó, recuerda, junto a Jaime Salinas y José Luis Sampedro.

En otra habitación, novela en español: Landero, Martínez de Pisón, Gopegui, Martín Gaite y una balda completa de Javier Marías con los dos ejemplares de su Todas las almas dedicados. El primero, abarquillado tras una fatal filtración de agua que lo empapó, y el segundo, impecable, en el que Marías le copió la dedicatoria original, palabra por palabra.

Enfrente, Savater, Sánchez Ostiz, Tizón, Tomeo, Vargas Llosa y, ¡sorpresa!, dos estantes vacíos, todavía, los últimos que quedan en la casa, al lado de dos de sus autores favoritos: Cabrera Infante, a quien conoció en Londres, y su amigo Juan Benet. «A Benet lo leí por primera vez en 1967, yo estaba haciendo la mili, en aviación, y en la Feria del Libro me fijé en un título, Volverás a Región, que hojeé pero que al final no acabé comprando, y esa noche hablé con Gimferrer por teléfono que me dijo, entusiasmado, que había descubierto un libro estupendo: no se entiende nada, me dijo, pero es fabuloso. Y era, precisamente,

Volverás a Región. Unos meses más tarde visitamos a Benet en su casa y, después, lo traté mucho, claro».


Jorge Luis Borges
Osvaldo Ferrari
El secreto del mal
El Tercer Reich
Cuentos
OBRAS COMPLETAS
antiborges
BORGES
BORGES
La buena letra
Los viejos amigos
La larga marcha
La caída de Madrid
El novelista perplejo
El viajero sedentario
Chirbes

La noche en que murió, estaba en su casa. Habían salido a cenar con Blanca Andreu y al volver, Benet había empeorado, sus hijos habían ya avisado al doctor Portera y poco tiempo después falleció. Ramón Benet bajó entonces a la bodega y abrió una botella de vino con la que brindaron, emocionados, por su padre. «Fue un escritor y una persona irrepetible», dice con un atisbo de nostalgia de esa generación: Hortelano, Barral, Gil de Biedma, Benet... Mientras detrás, en un estante, parecería mirarle con desdén, desde la tapa de un libro colocado en vertical, el viejo Borges. Esa conocida foto suya, airado, como una deidad atolondrada, que posa en blanco y negro, de perfil, ante un tapiz de nubes de tormenta.

*Obras completas*

WILLIAM SHAKESPEARE

«No es un libro sino una cuarentena de obras, a menudo reunidas en un volumen pero que yo leí por separado en las largas tardes desocupadas de Oxford. Leer el teatro y la poesía del Bardo entendiendo cada palabra del original y descifrando a veces sus enigmas me reveló tres cosas: la dimensión de su lengua, el valor de su osadía dramática, la riqueza incomparable de su galería humana».

*El hombre que vendió su propia cama*

VICENTE MOLINA FOIX

Anagrama

«Puede parecer hipócrita que no elija como libro mío favorito El abrecartas o El invitado amargo, escrito con Luis Cremades. Son sin duda los favoritos de los lectores, y los dos me han dado las mayores recompensas de mi carrera. Pero,

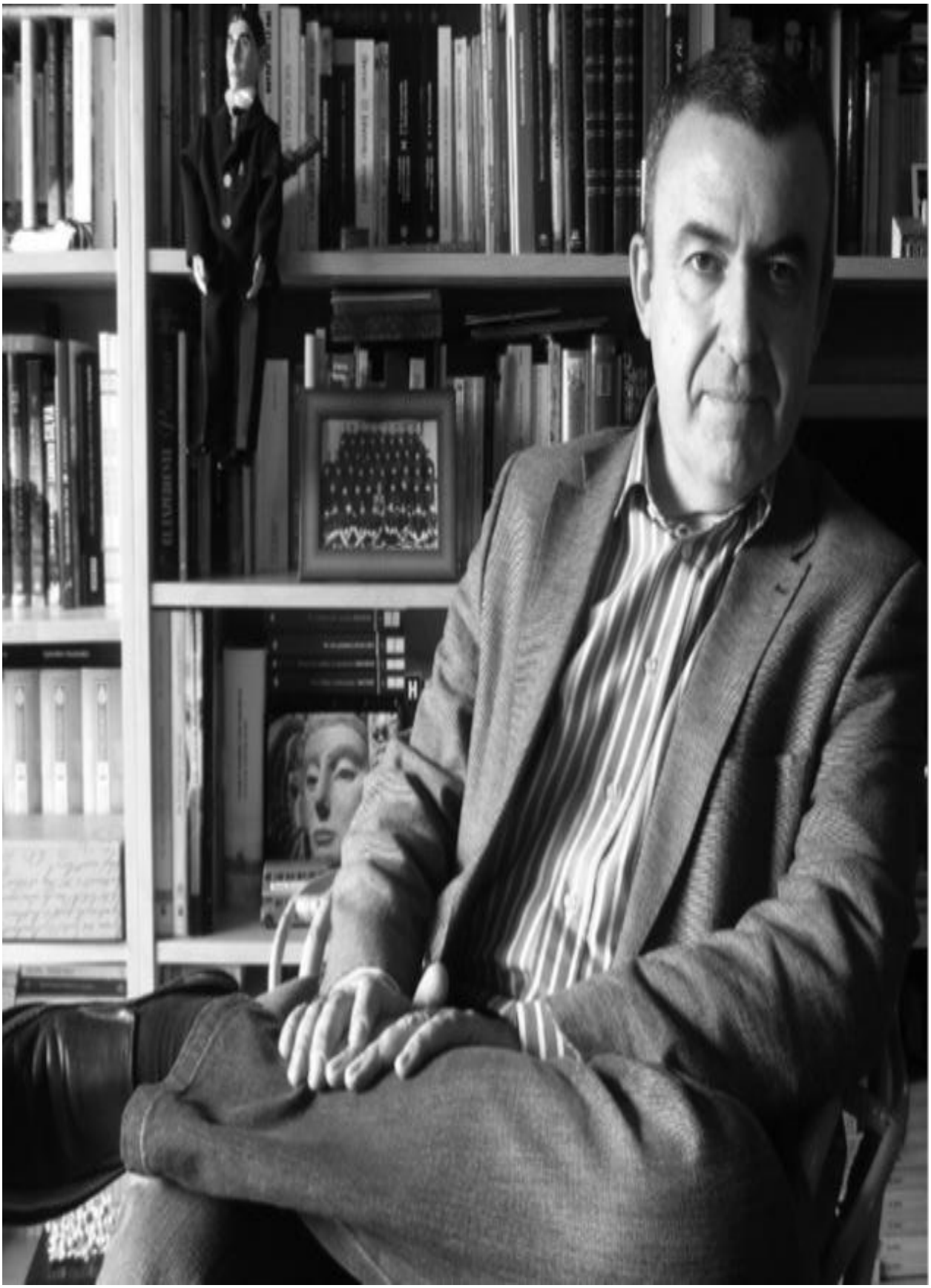
escrito entre ambos, está El hombre que vendió su propia cama, una colección de relatos que refleja el “estado de la cuestión literaria” en el que yo ando y por el que me gustaría ser reconocido».

*Diario de un cazador*

MIGUEL DELIBES

Destino

«Fue no solo mi primer Delibes sino uno de los primeros libros que leí con conocimiento de causa, tendría yo catorce años, en la biblioteca de mi colegio alicantino de los jesuitas. No soy cazador, ni siquiera campestre, pero aquella novela me sedujo, y recuerdo además que me enseñó a saber que los libros son —también— depósitos vivos de palabras; muchas de las que usaba Delibes tenía que buscarlas en el diccionario, y así las aprendía. Gran escuela».



**LORENZO SILVA**

# Kipling y el libro del abuelo

«Organizada solo tengo una parte, me he rendido», suelta así de repente nada más empezar, a modo de titular, de resumen urgente, de divisa, como quien confesara un pecadillo venial y persistente.

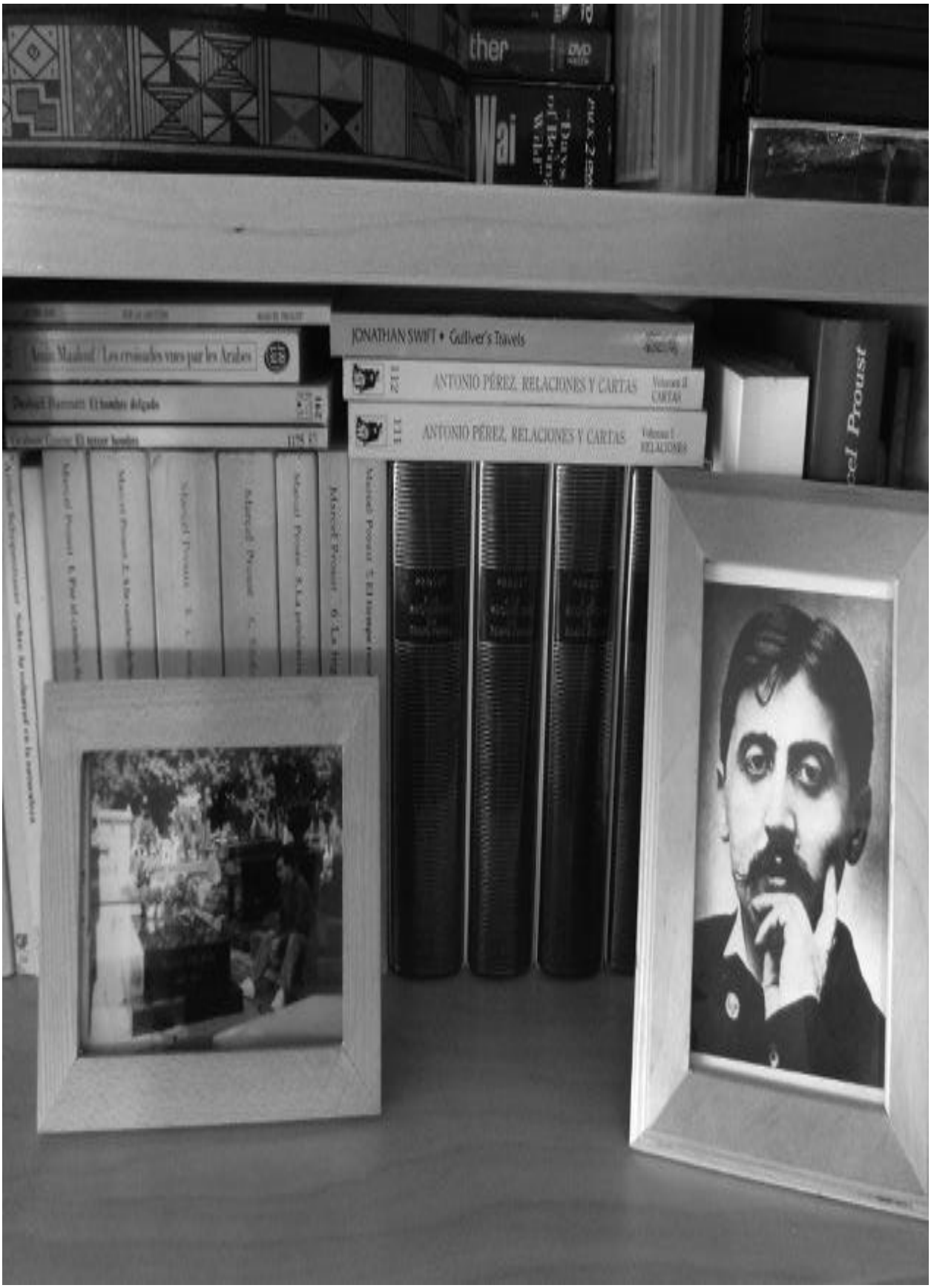
Habla Lorenzo Silva (Madrid, 1966) de esa biblioteca suya, asediada a lo largo del tiempo por el desorden, las mudanzas, un divorcio y una fragmentación forzosa dictada, estos últimos años, por su vida a caballo entre Barcelona y Madrid: allí, por resumir, novedades y novela negra, cuenta, y aquí —«organizada solo tengo una parte»—, el resto: literatura, ensayo, filosofía... Todo ello presidido por un altar laico en el que llaman la atención, entre otros dioses, la foto de un Lawrence otoñal, la de un joven Chandler con corbata, y la de un Conrad ensimismado en blanco y negro, con ese aspecto arrogante y huidizo de los lobos de mar y la mirada acuosa donde lleva nostalgia de la brisa, el salitre y las olas.

En medio, también una foto suya, de joven —cazadora y vaqueros, zapatillas—, en la que está sentado junto a la tumba de Proust en el cementerio de Père Lachaise, en París: un tótem turbador de mármol negro, siempre con flores frescas, pulido y centelleante, donde se lee escuetamente: «Marcel PROUST, 1871-1922», porque los grandes hombres no precisan de mayores adjetivos.

Hay en los estantes, es cierto, una reiteración de objetos —fotos, postales, piedras—, un rastro como el de Pulgarcito que recorre las baldas y las va sembrando de pequeños recuerdos, cada uno con su significado y con su historia: un viejo paquete de linimento Sloan, «Mata el dolor», asegura, muy gráfico, el eslogan; la silueta, recortada en metal, de un guardia civil; y un pequeño muñeco de Buzz Lightyear, el protagonista de Toy Story, justo al lado de los soldados de plástico verde de la película de los que recuerda aquella frase legendaria, al principio de la tercera entrega: «Cuando aparecen las bolsas de basura, los soldados somos los primeros en llenarlas».

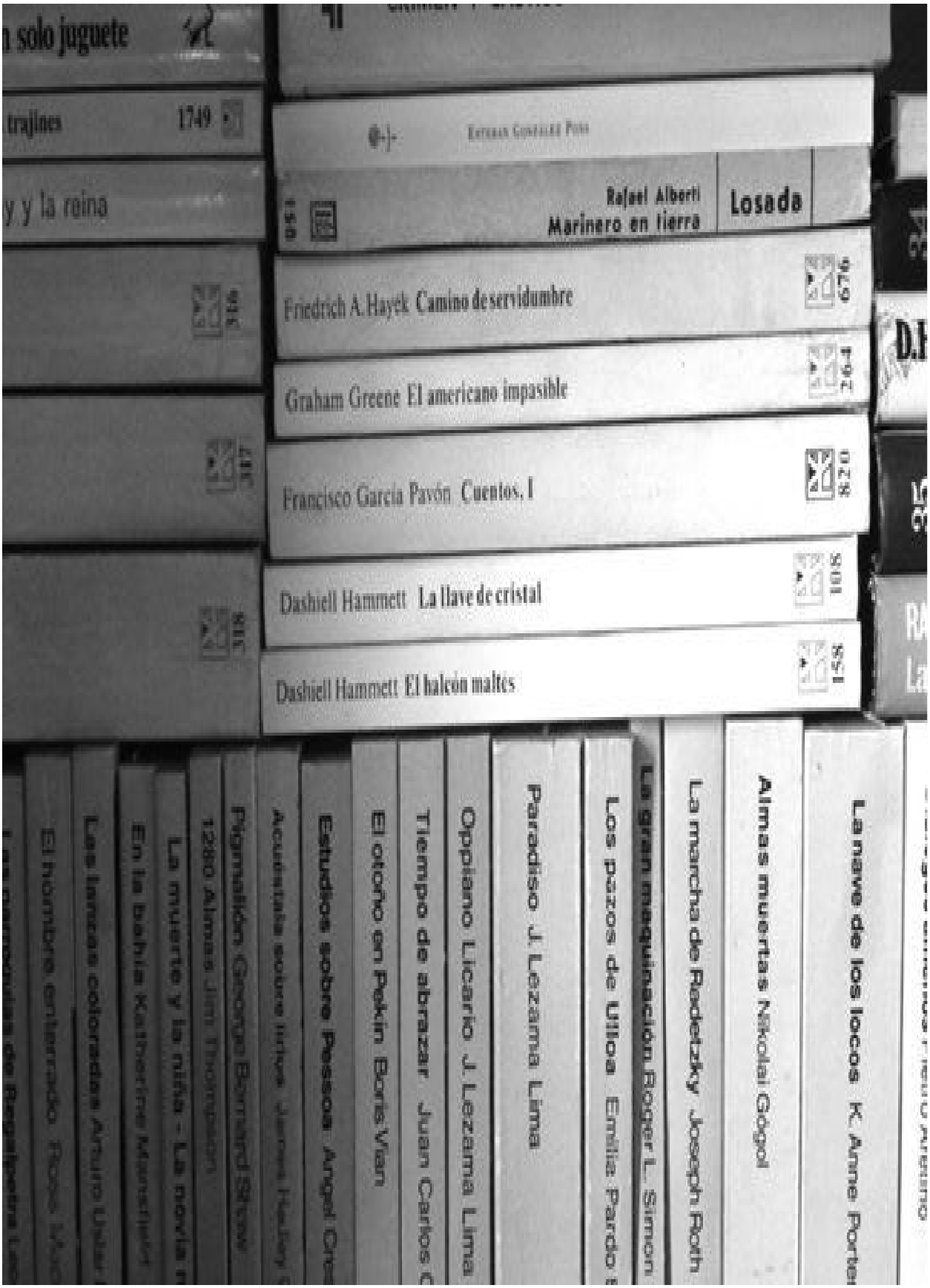
SLOAN'S
LINIMENT
KILLS PAIN
Lorenzo Silva La sustancia interior
Lorenzo Silva La sustancia interior
Lorenzo Silva La sustancia interior
Lorenzo Silva La flaqueza del bolchevique
Lorenzo Silva La flaqueza del bolchevique

Hay también un dibujo infantil, un termómetro, un bote de cola blanca, un pequeño autobús londinense de dos pisos...


JONATHAN SWIFT • Gulliver's Travels
ANTONIO PÉREZ. RELACIONES Y CARTAS
ANTONIO PÉREZ. RELACIONES Y CARTAS

## *Telas de araña*

Alguien escribió, y es cierto, que las bibliotecas son como telas de araña que se van tejiendo alrededor del lector, y que es únicamente él quien explica esos vecindarios imprevisibles, insólitos a veces, inesperados; Stendhal y Lezama, Gógol y Pietro Aretino, Philip Kerr y Platón, que comienzan aquí en sus propios libros: sus novelas en orden cronológico en distintas ediciones y lenguas —casi una balda completa de El alquimista impaciente, de la que se han publicado 22 ediciones diferentes—, libros colectivos, un poco más abajo, y prólogos que le han ido encargando para obras de algunos de sus autores imprescindibles: Chandler, Todos los cuentos; Imán, de Ramón J. Sender, y una adaptación infantil de La isla del tesoro, de Stevenson: el viejo Long John Silver —el loro y la pata de palo, sombrero pirata y la pistola— que lleva con él desde que tenía seis años y que le trae el recuerdo de aquellas Joyas Literarias Juveniles, con 300 ilustraciones a todo color según se lee en la cubierta, que fueron sus lecturas de infancia: Viaje al centro de la Tierra, Ben-Hur, Lawrence de Arabia, que todavía conserva, algunos sin las tapas, los lomos astillados, con esa fatiga antigua, irremediable, de los libros infantiles, sobados y resobados, doblados en las esquinas, leídos y releídos: poco Enid Blyton, cuenta, y mucho Guillermo Brown en Bibliotecas Populares.



n solo juguete
trajines 1749
y y la reina
316
317
318
Rafael Alberti
Marinero en tierra
Losada
Friedrich A. Hayek Camino de servidumbre
676
Graham Greene El americano impasible
264
Francisco García Pavón Cuentos, I
820
Dashiell Hammett La llave de cristal
108
Dashiell Hammett El halcón maltés
158
La nave de los locos K. Anne Porter
Almas muertas Nikolai Gógol
La marcha de Radetzky Joseph Roth
La gran maquinación Roger L. Simon
Los pazos de Ulloa Emilia Pardo
Paradiso J. Lezama Lima
Oppiano Licario J. Lezama Lima
Tiempo de abrazar Juan Carlos
El otoño en Pekín Boris Vian
Estudios sobre Pessoa Angel Cre
Acuéstala sobre lirios James Hadley
Pigmalión George Bernard Shaw
1280 Almas Jim Thompson
La muerte y la niña - La novia
En la bahía Katherine Mansfield
Las lanzas coloradas Arturo Uslar
El hombre enterrado Ross Mac

Porque hubo un momento en que todo —Hesse, Borges, Proust— se leía en Bibliotecas Populares, o en aquellas ediciones baratas, de bolsillo, impresas en papel áspero, marrón, y lomos encolados. «Es curioso cómo algunos de los mejores libros que hemos leído nunca, algunos de nuestros autores y títulos imprescindibles, han sido en esas ediciones pésimamente editadas: letra pequeña, mal papel y mal encuadernados». El astillero, de Onetti, en Bruguera Club; Orlando, de Virginia Woolf, en Edhasa bolsillo, ambos con unas discretas, tímidas iniciales —L. S., en la página de cortesía, L. Silva— y James Joyce, el Ulises, en Bruguera, cargado de notas, letra algo indescifrable, minúscula, en la última página: «¿Posible errata?», se lee en una de ellas; «Escena y final recuerda Molly», en otra.

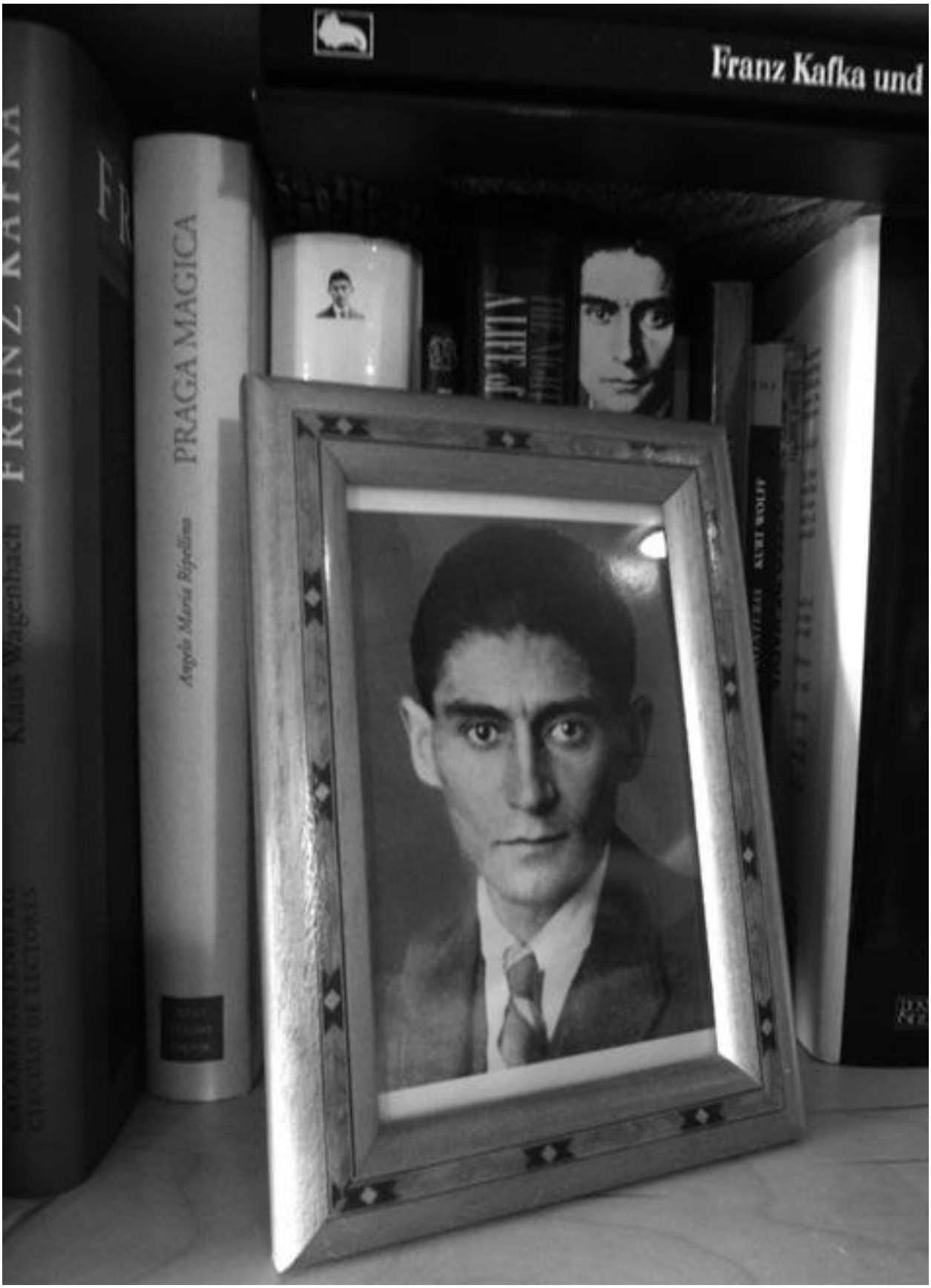
Hay baldas, abajo, llenas a rebosar; las viejas ediciones de Alianza, con las irrepetibles cubiertas de Daniel Gil: Dashiell Hammett, Graham Greene o Ramón J. Sender, encajadas, como un puzle, en vertical y horizontal, aprovechando cada hueco, sobre las de Bruguera, todas con lomo blanco, en las que se lee, por ejemplo, Katherine Mansfield, En la bahía; Dostoievski, Apuntes del subsuelo, o La marcha Radetzky, de Joseph Roth.

## *La zona marroquí*

«Libros valiosos solo tengo este», comenta sacando de uno de los estantes una vieja Guía de conversación español-árabe marroquí. «Un libro que fue de mi abuelo, aquí tiene su firma, y que se llevó con él a la guerra».

Porque hay en esta biblioteca una zona marroquí presidida por una gumía rifeña y una foto del sargento Lorenzo Silva, en campaña, de uniforme, uno de los pocos, señala, que aparece descubierto en la fotografía (es la que aparece en la cubierta de su libro El nombre de los nuestros) y el único que consiguió volver con vida de aquel grupo de jóvenes, una treintena, que posa de manera casi escolar con una marcialidad algo envarada, azarosa —fusiles y gorrillos cuarteleros, correajes—, sonrisa amortiguada, y la sombra secreta de la muerte.

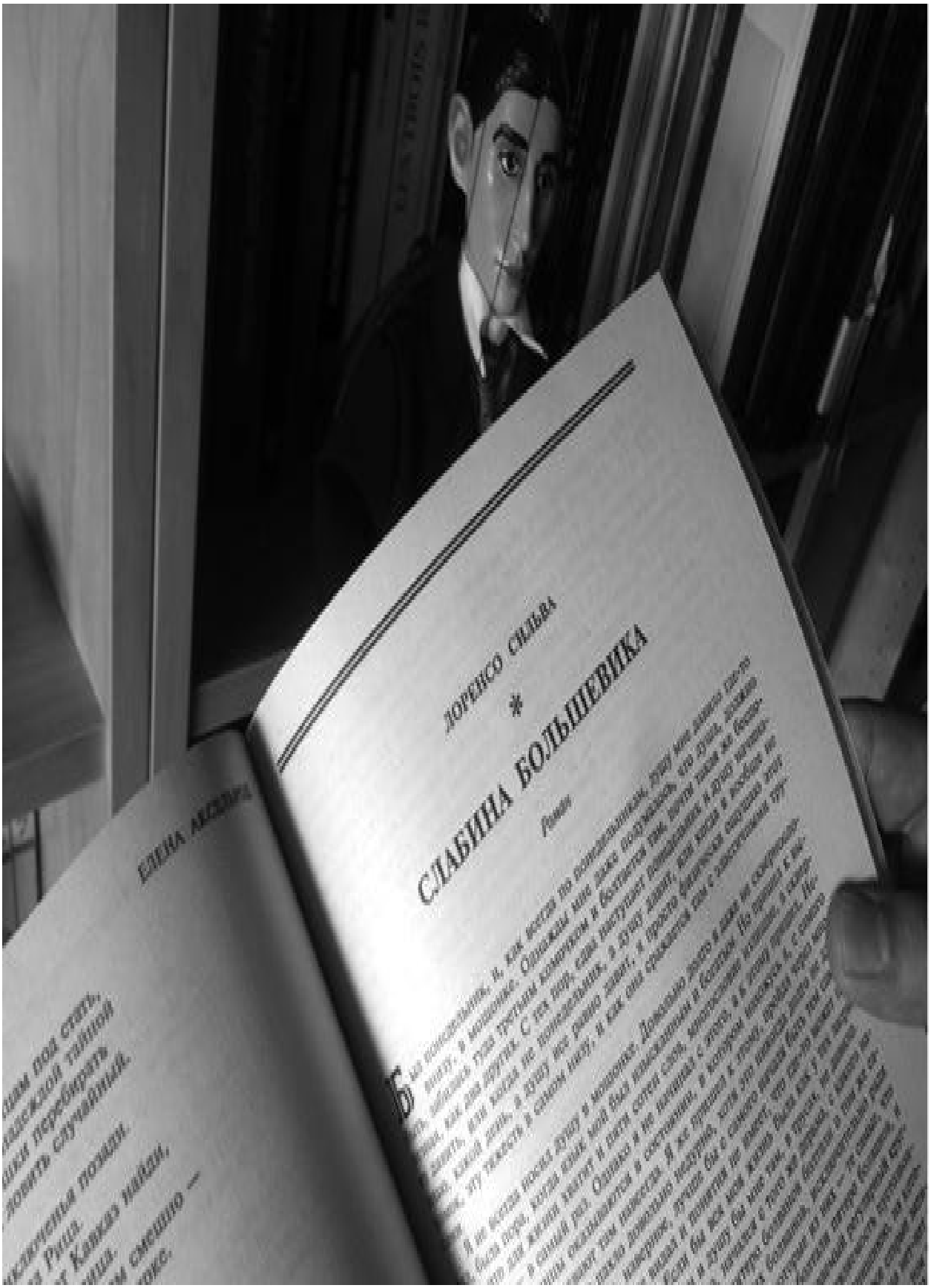
En la zona marroquí, están Fermín Galán, La barbarie organizada, sobre los primeros años de la Legión; Memorias del cautiverio, de Francisco Basallo, o el mapa del protectorado marroquí colorista como un tatuaje, escala 1:500.000, que utilizó para la cubierta de su libro Siete ciudades en África. «Marruecos es uno de los mundos de mi infancia, el mundo de las historias que me contaba mi abuelo; los niños tenían entonces a Kipling, y yo tenía a Kipling y a mi abuelo».


FRANZ KAFKA
Klaus Wagenbach
PRAGA MAGICA
Angela Maria Ripellino
Franz Kafka und

Y allí, al lado, fronteriza por esos caprichos de la cartografía, la Praga de Kafka: «Nadie ha dicho nunca tantas cosas tan importantes para el género humano como Kafka»; todo Kafka, aquí y en Barcelona, imprescindible, antes de ese desorden acogedor donde se mezclan Andersen y Anthony Burgess, La naranja mecánica; Clarín, La Regenta, y el Ramón de la cara de mazapán y su Automoribundia al lado de los clásicos: Píndaro, Epicteto, Tales de Mileto, antes del caos; libros que han ido cayendo aquí y allí al azar, en ese desorden caótico de las dobles filas: Philip Roth, Quevedo, Silverio Lanza, el raro de Getafe, Maalouf, Borges y los dos tomos de otro de sus libros inolvidables, Octubre, octubre, de José Luis Sampedro, en la colección Literatura Contemporánea de Seix Barral.

Uno está dedicado hace casi veinte años —«Para Lorenzo, con un abrazo de su colega y amigo»—, y el otro, firmado en 2010, «Para Lorenzo Silva, admirado colega y sobre todo extraordinario y coincidente amigo años después del primer tomo, pero siempre».

Y ahí lo dejamos. Cerca de su colección de Madelmanes —el buzo, el pirata, el mecánico, el explorador polar, y otros cuantos— y esa frase, como una letanía. «Esto, cualquier día de estos, lo tengo que ordenar».


ЛОРЕНСО СИЛЬВА
*
СЛАБИНА БОЛЬШЕВИКА
Роман

*Ensayos*

MONTAIGNE

«Los compré con veintipocos años en una de esas ediciones de quiosco, y me han acompañado siempre, con su ironía, su sabiduría y su humanidad. Mi frase preferida: “Nadie está exento de decir necedades, lo malo es decirlas con pompa”. Una advertencia bien útil».

*El nombre de los nuestros*

LORENZO SILVA

Destino

«Posiblemente la historia más intensa que he contado jamás, porque la masacre que refiere es real, y una de las más personales, porque me ayudaron mucho los recuerdos africanos de mi abuelo. Es un homenaje a él y a todos los jóvenes junto a los que vivió la guerra de Marruecos y que no pudieron volver para contarlo».

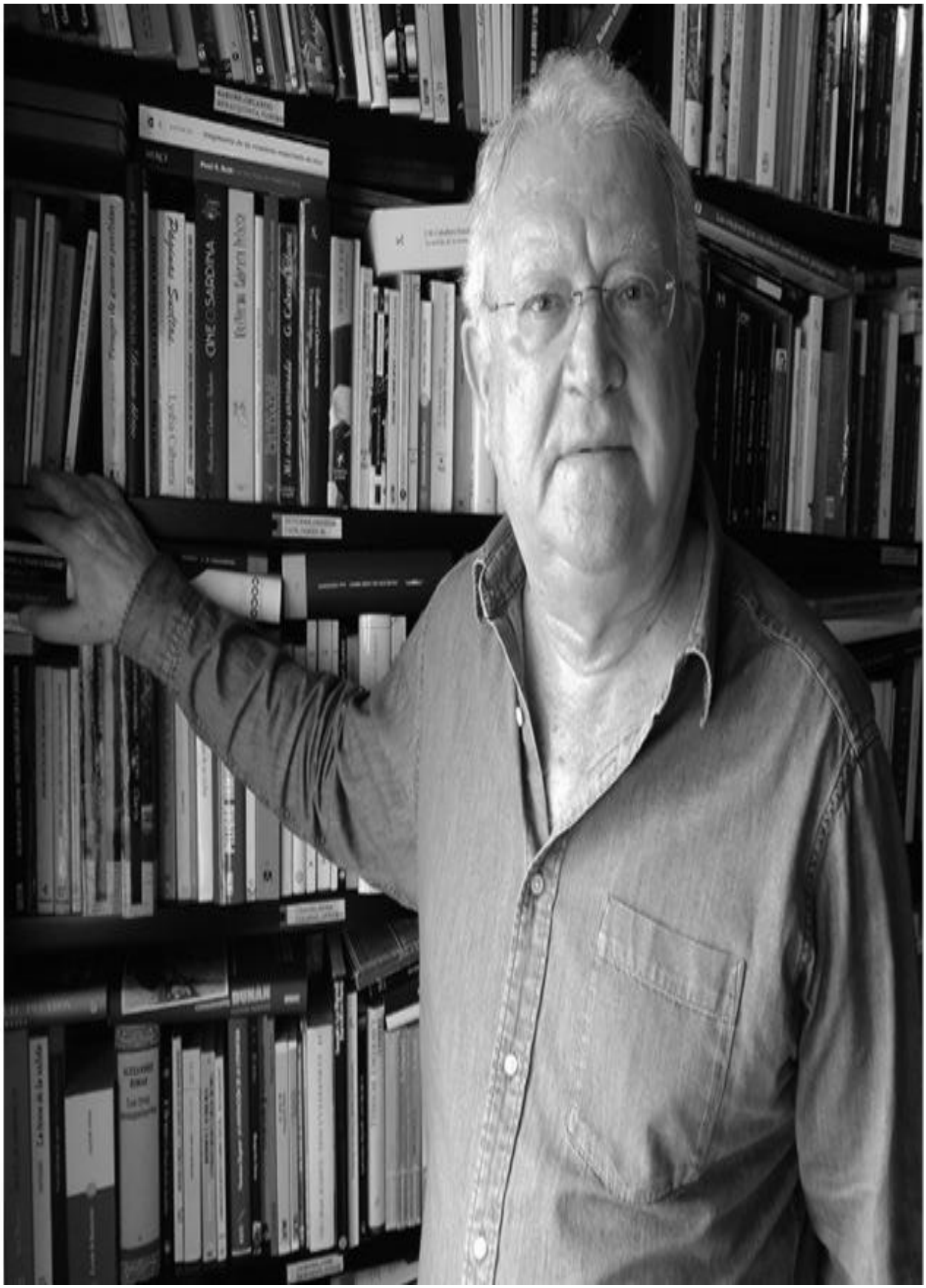
*El hereje*

MIGUEL DELIBES

Booket

«Esa última novela de Delibes me deslumbró por su potencia narrativa, por su emoción, por el tino de situar la historia en el corazón de la intolerancia

española, y ponerse en la piel de uno de esos compatriotas que corrieron el riesgo (altamente penado entre nosotros) de pensar por sí mismos».



## J. J. ARMAS MARCELO

# Hemingway, el vigía

Me advierte cuando hablamos de que su biblioteca tiene algo de ese caos originario, magmático, del principio de los tiempos. Me habla de bolsas y cajas de cartón —algunas sin abrir, otras despanzurradas—, viejas carpetas, folios, sobres, recortes y revistas, y de pilas de libros amontonados sin más criterio que el orden de llegada y que amenazan con derrumbarse, caer estrepitosamente, colapsar con el mínimo roce, un traspié, que los haría desmoronarse como una arquitectura infantil.

Y es cierto que se respira en esta biblioteca esa temeridad gozosa, tentadora, del desgobierno. Un aire de almacén, de mercado de pulgas, de chamarilería que contempla, no sé si complacido o resignado, manos en los bolsillos y pasos cautelosos, J. J. Armas (Las Palmas de Gran Canaria, 1946) como si fuera un marinero que visitara la bodega tras una noche intensa de tormenta, y descubriera —mal estibada, suelta, sin trincaje la carga— un pecio que se limita a mirar condescendiente.

Es cierto que tiene una coartada para esta biblioteca desbaratada, indómita, consecuencia de años de ejercicio de crítica literaria en los que llegaban, y lo siguen haciendo, diez o veinte libros al día —Reverte, José María Merino, Thomas Bernhard— que se instalan provisionalmente en un montón, como malabaristas, antes de ser cubiertos por los siguientes —Amis, Busquets, Modiano—, que los sepultan definitivamente en ese reino del que solo, confiesa, guarda memoria cierta Maricarmen, la asistenta. «Es la única que consigue encontrar un libro aquí. Basta decirle el título y la editorial, y ella, no sé cómo lo hace, da con él enseguida».

ESPASA
ESPASA

Mucha literatura, algo de ensayo, libros de historia, viajes, y una muy reducida, selecta y exquisita sección de poesía —Nicolás Guillén, Rubén Darío— a la que vuelve de forma recurrente. Y arriba, presidiéndolo todo, como un profeta laico, un fetiche, mirada melancólica —blanco y negro, difuso, y esa pátina de las fotografías antiguas—, Ernest Hemingway: una mano en el pecho, barba blanca y el pelo ligeramente alborotado.

Un original de Yousuf Karsh de finales de los años cincuenta, con su sello en el reverso —«Copyright by Karsh», se lee, intimidatorio— que desapareció de la Finca Vigía, en Cuba. Un lugar luminoso y legendario, paredes blancas, libros y trofeos, por el que se paseaba «Papa» Ernest en pantalón corto, la mayor parte del tiempo sin camisa y, a veces, con una pequeña pistola del 22 colgada coquetamente del cinturón, mientras daba de comer a sus cincuenta y siete gatos exactos para los que siempre reservaba, generoso, los mejores trozos de pescado.

RENDA, JULIAN
HOY CANARIAS
también son peligrosas
228
Albert Camus Obra 1
Albert Camus Obra 3
QUÉ PAÍS
Martín Caparrós
La vida de las viudas
Truman Capote
Tres cuentos
Una luna
Cuentos completos
Cuaderno de verano
Páginas arrancadas
Capote
Las canciones escritas
CALASSO, ROBERTO
CARPENTIER, ALEJO
LA VUELTA AL DÍA EN OCHENTA MUNDOS

## *Gabo, Fuentes y Castro*

A finales de la década de 1970, me cuenta, Norberto Fuentes trabajaba en un libro que se acabaría titulando, muy expresivamente, Hemingway en Cuba. El soviético Yuri Paporov había publicado otro sobre el mismo tema y Fidel, echándole un día la mano por el hombro —traje oliva y gorra cuartelera y el humo, casi narcotizante, de un habano—, le encargó a Fuentes uno mejor. Durante siete años decenas de personas tuvieron acceso a la casa, se catalogaron y organizaron documentos y libros, correspondencia, notas y papelitos, y la foto terminó por desaparecer, traspapelarse.

Fuentes salió de la isla en 1994 vestido con pantalón vaquero y una camisa de cuadros y portando un pequeño maletín de color negro. Gabriel García Márquez, el Gabo, había intercedido por él ante Castro para que lo dejara salir de la isla y, cuando finalmente se lo permitieron, fue a buscarlo a su casa en persona, a bordo de un Mercedes oscuro con el que le llevó al aeropuerto donde dos coroneles de la seguridad del Estado, de paisano, todo muy novelesco, le entregaron allí mismo el pasaporte.

Años más tarde, fue Heberto Padilla quien en Miami, una noche de farra y confidencias, le habló a Armas Marcelo de esa foto y le contó su historia. Y al final, no se sabe si llevado por el entusiasmo del alcohol, prometió regalársela.

Rodin
MATADOR
TESTIMONIO DE VIDA Y AMÉRICA
EDUARDO SANZ
PICASSO
1980
SERVICIOS SECRETOS
También esto pasará
Los dos hoteles Francfort
Skagboys
Kaddish
La viuda embarazada
Que empiece la fiesta
El año de la liebre
Relámpagos
Principiantes
Ordeno y mando
El amante de los caballos
Nada que temer
GABI GLEICHMANN
El elixir de la inmortalidad
HOUELLEBECQ
Sumisión
LA TUMBA DE LENIN
David Remnick

«Ven mañana por ella y te la llevas», dijo Padilla.

«Nada de mañana», le contestó Armas Marcelo. «Voy por ella ahora mismo». Y aquí está.

Me cuenta que una vez, en la Biblioteca Nacional José Martí, en La Habana, a él también le ocurrió; tuvo en sus manos el manuscrito original de Paradiso y la tentación de quedarse un pedazo de ese libro prodigioso, de Lezama. «Nadie parecía fijarse, estaba solo, y hubo un momento en que una parte de mí me decía cógelo, mientras otra me advertía: no lo hagas, están esperando que cometas un error, vigilando. Y al final venció el miedo».

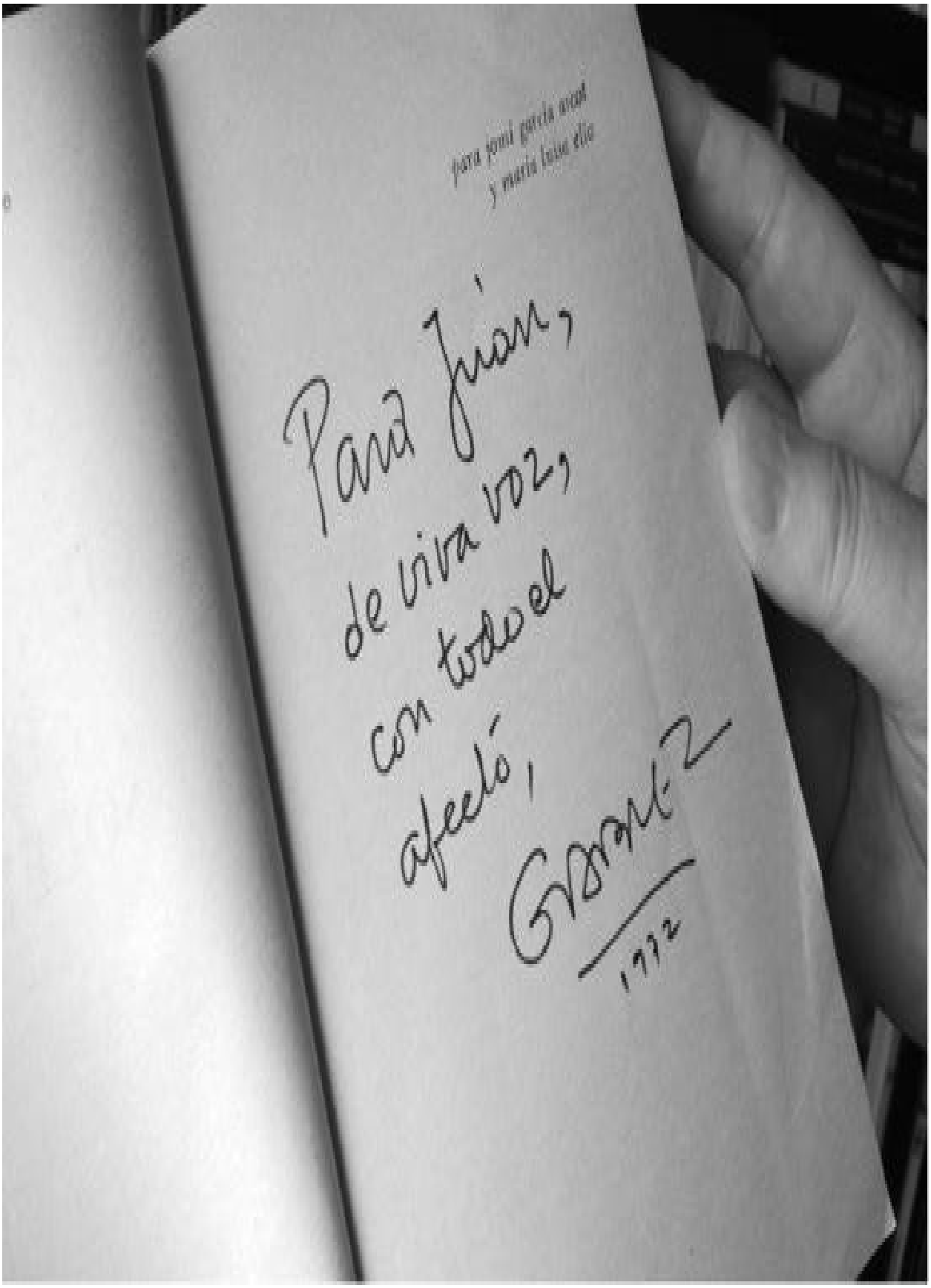
Hay una parte ordenada, también, en esta biblioteca de aluvión; los estantes marcados con etiquetas donde se delimita el contenido, por orden alfabético, restos de aquella temporada en la que trabajó aquí, por las tardes, hacendoso, un bibliotecario que ordenaba los libros y los fichaba en un orden prolijo que impera, algo remoto, como un eco lejano, todavía.

## *Año setenta y dos*

Mucho Capote y Camus, Caballero Bonald, Duras y Durrell, Ribeyro y Jorge Edwards y, en medio, una balda completa de García Márquez, de quien me muestra, dedicada, la primera edición de Cien años de soledad, en Sudamericana, con esa misteriosa «e» de soledad invertida, que dibujó Vicente Rojo, y en la que se lee, letra redonda, firme:

*Para Juan, de viva voz,*

*con todo el afecto, Gabriel, 1972.*


para jordi garcía arcos
y maría luisa elío
Para Juan,
de viva voz,
con todo el
afecto,
1972

Y me insiste en el año, 1972, porque es un hombre, Juancho, de amistades antiguas en el tiempo, como la que le unió a Cabrera Infante. «Era un tipo formidable, Guillermo, y fuimos muy amigos; dormía hasta la hora de comer y luego pasaba el día viendo películas, y por la noche leía, siempre fumando». Por la C, en otra balda, casi todos sus libros, tal vez todos: Cine o sardina, Tres tristes tigres, La Habana para un infante difunto, Puro humo, y al lado su edición en inglés, Holy smoke, también firmado y con dedicatoria: «Para Juancho —se lee— que sabe de puros y del más puro humor». Y es cierto que hay en la biblioteca un persistente rastro de tabaco; petacas para puros —cuero oscuro encima de los libros—, ceniceros, encendedores y cajas de cigarros de maderas fragantes con el nombre grabado: «Señoritas», «Maduro», «Don Jesús», al lado del estante, doble fondo, títulos cruzados, que ocupan los libros de su amigo inseparable Mario Vargas Llosa, de quien busca, y le cuesta encontrar, La casa verde, firmado, también, en 1972.

*A Juan Jesús y su rápido abrazo*

*porque se va en el barco, Mario.*

Todos los libros sin marcas, ni exlibris, ni firmas, subrayados o notas. Alguno, sí, a la vista: Malcolm Lowry, Naipaul, Hemingway... Obras fundacionales en ese edificio de lomos de colores que semeja la fachada de una casa con la ropa tendida y que acaba provocando, reconoce, una cierta aprensión. «No me gusta estar aquí si no estoy trabajando», afirma. «La última novela que escribí por la noche cogí miedo, cuando, como ocurría con frecuencia, con la casa en silencio, empezaba a escuchar ruidos; creo que hay algo misterioso y mágico en los libros, que es mejor no tocar, no indagar, así que solo estoy aquí si trabajo; si no, prefiero irme».

Y hay un instante de vaga incertidumbre mientras termino de hacer fotos, apremiado por esa claustrofobia contagiosa, minúscula al principio, y que empieza a extenderse por las baldas, los montones, las cajas, como una niebla espesa, legendaria. Una desazón indefinida, que se diría nos empuja hacia la puerta, mientras Hemingway, en la foto, inmortal, parece que nos mira con los

ojos velados, los mismos que los de un niño adormilado al que se deja en la puerta del colegio una mañana gris, lluviosa.

*Odisea*

HOMERO

«La odisea es el libro de todos los libros, la novela de todas las novelas. Tengo la teoría, que comparto con cierta escuela helénica, de que es un libro que escribió una mujer».

*La orden del tigre*

J. J. ARMAS MARCELO

Alfaguara

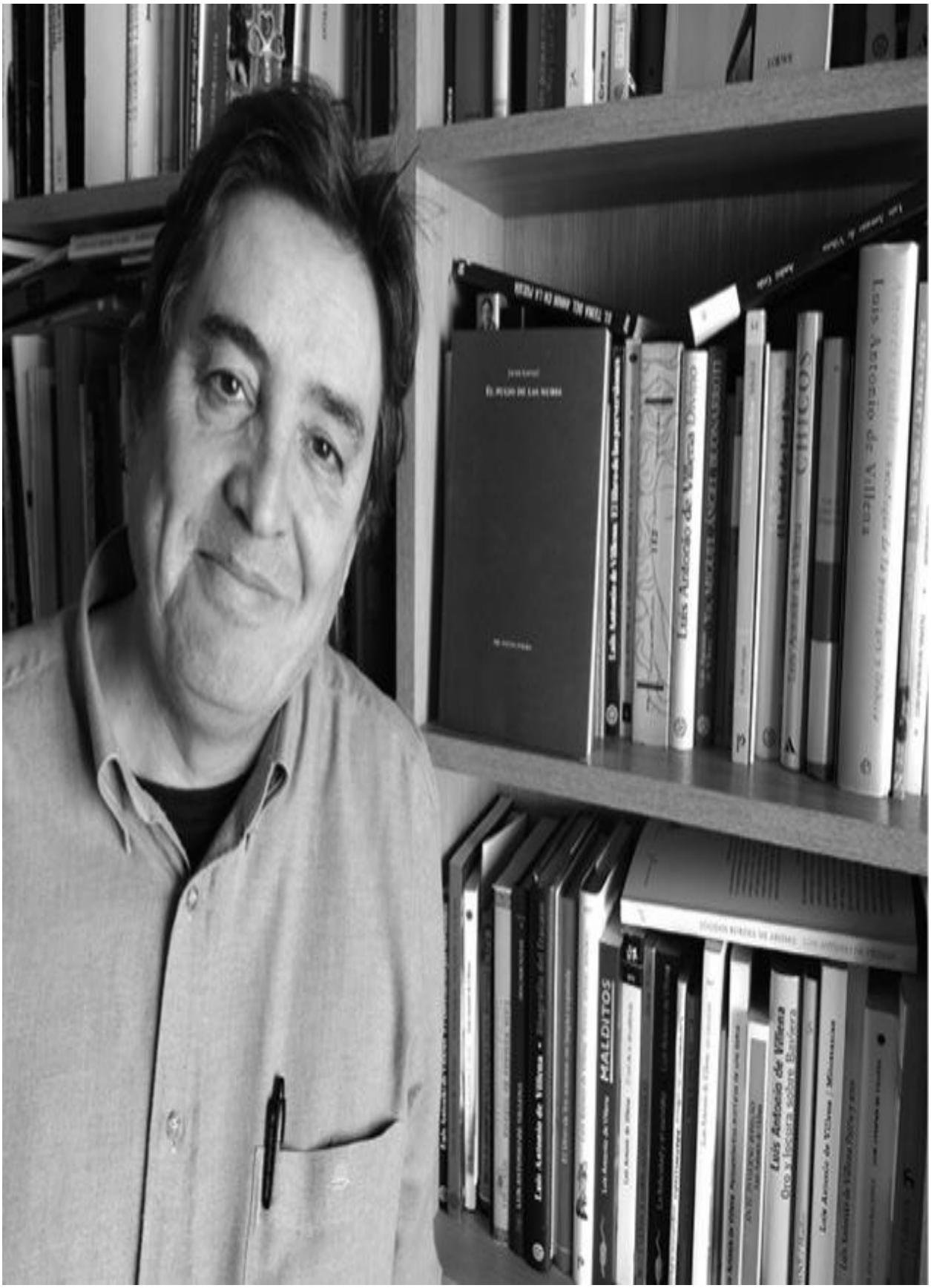
«Esta novela representó una descarga sentimental, literaria e ideológica, y el resultado, creo, es muy satisfactorio».

*La sombra del ciprés es alargada*

MIGUEL DELIBES

Destino

«Siempre me ha interesado la obra de Delibes, y me gustan muchos de sus libros. Pero creo que La sombra del ciprés es alargada es el gran clásico, junto a El hereje, tal vez, el gran clásico del maestro Delibes».


MALDITOS
Luis Antonio de Villena
Oro y locura sobre Baviera

## LUIS GARCÍA MONTERO

# ¿Qué libro quieres ver?

Había un libro, en su casa de infancia, en Granada, que todavía conserva. Un gastado ejemplar en tela roja, un poco ya apagada por el uso, como un viejo mantel, cubiertas fatigadas y el papel de un delator color amarronado. Es uno de esos libros que no presta, y que no se arriesgaría a extraviar —en la calle, en una cafetería, en un autobús— sacándolo de casa. Se titula Las mil mejores poesías de la lengua castellana, una edición de Bergua de 1952, que le trae el recuerdo de su padre leyendo para él las mañanas de domingo, en voz alta —pausas y matices de entonación, como un rapsoda—, a alguno de sus poetas favoritos: Espronceda, Zorrilla o Campoamor:

*Habiéndome robado el albedrío*

*un amor tan infausto como mío,*

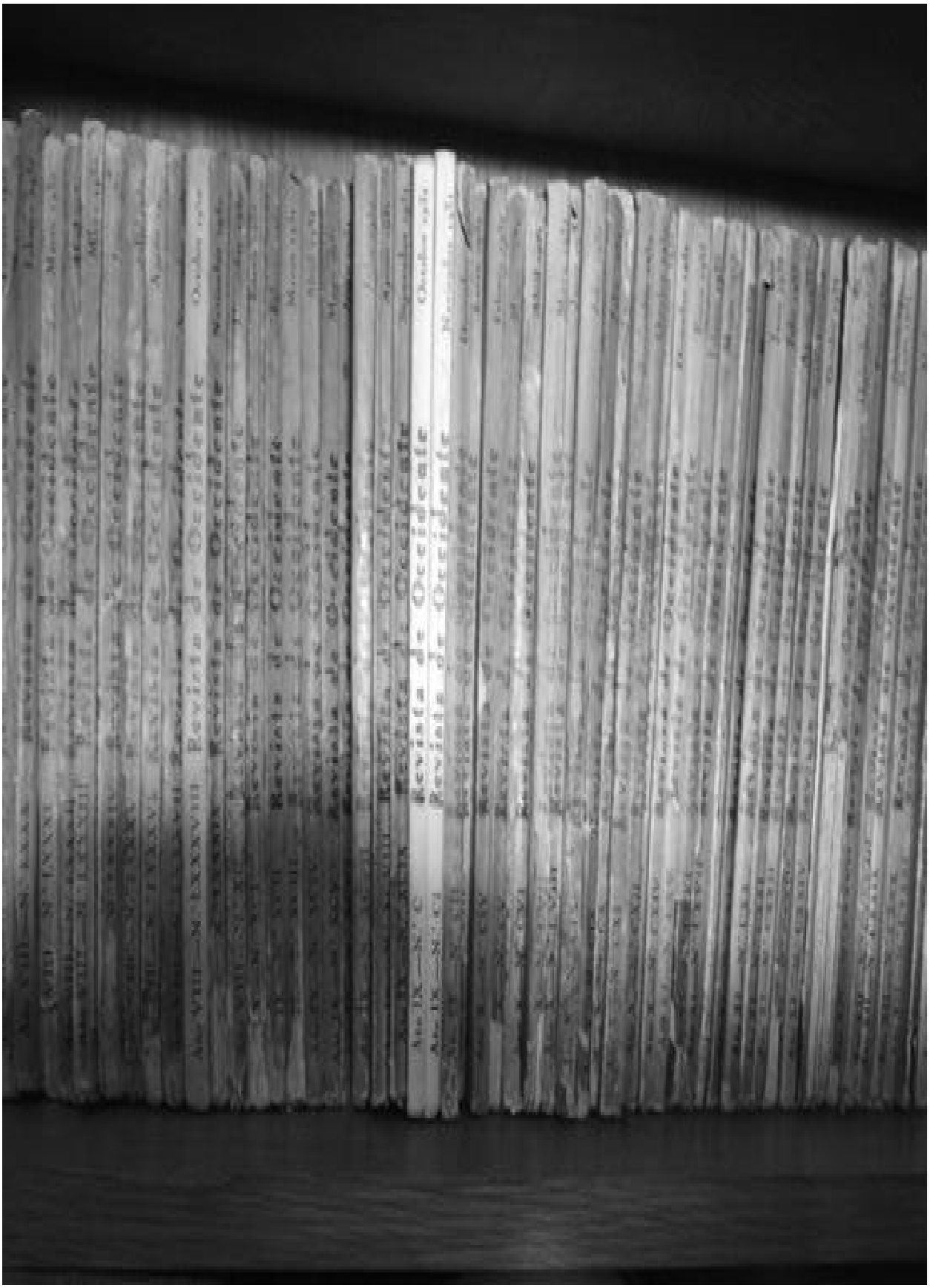
*ya recobrada la quietud y el seso,*

*volvía de París en tren expreso.*

Son versos que todavía se sabe de memoria, a veces tropezando unos con otros, y que recuerda ahora, imitando la voz grave de su padre, algo teatral, sonora y reluciente.

Cuando en 2012 publicó Una forma de resistencia, un recorrido emocional, evocador, por ese mundo de objetos de los que nos rodeamos y que, de algún modo, explican quiénes somos, Luis García Montero (Granada, 1958) incluyó entre relojes, gafas, una pluma que le regalaron, un paquete de tabaco, unas sandalias, ese libro de tapas rojas que se llevó con él cuando dejó la casa de sus padres.

Una casa donde había empezado a leer. Su padre, militar, gran lector, poeta vocacional, fue haciendo una buena biblioteca a la que llegaban con periodicidad los tomos de Aguilar a los que se había ido suscribiendo —Galdós o Calderón— encuadernados en piel marrón o roja, papel biblia, crujiente, y un peculiar, dulzón, olor a tinta. Allí se encontró un día la edición del año 54 de las obras completas de Lorca y todavía recuerda el estremecimiento de aquellos versos —la carne de gallina, escalofrío—, que sonaban, tintineantes como monedas: Asomo la cabeza por mi ventana y veo cómo quiere cortarla la cuchilla del viento. «Lorca fue, sí, un deslumbramiento, y los primeros poemas que escribí, y que guarda mi madre en una carpeta, están llenos de jinetes, guitarras, y de lunas que caen en una fuente».


Revista de Occidente

## *El regalo de sus cincuenta años*

Aquel joven, que tenía tal vez catorce o quince años, había comenzado a recorrer los paisajes lorquianos, con la devoción de quien transita lugares sagrados, y a visitar La Huerta de San Vicente, la casa donde pasaba la familia García Lorca los veranos, y donde entonces, cerrada, vivía una pareja de guardeses, María y Evaristo, de los que se hizo amigo y que le dejaban entrar. «Había leído el libro de Gibson sobre el asesinato de Lorca y la represión durante y después de la Guerra Civil, y no podía evitar pensar en aquel muchacho que había nacido también en Granada, como yo, que era poeta, como yo quería ser, y que vivió, como yo, en esa ciudad borrada en 1936, que era la ciudad en la que yo habría querido vivir».

La casa estaba todavía tal y como la había dejado la familia, y recuerda la emoción de pasear por el jardín, solo, o al visitar el dormitorio, en la primera planta, donde estaba la cama, pequeña, y el escritorio de madera junto a un dibujo de Alberti y el conocido cartel de La Barraca. Y abajo, en uno de los salones, una parte de la edición de Impresiones y paisajes, el primer libro que publicó Lorca, con apenas veinte años, a expensas de su padre, y que únicamente se distribuyó en alguna que otra librería y entre amigos. «Años más tarde escribí esa historia de mis visitas a la casa, y cuando cumplí cincuenta años mis amigos Andrés Soria y Laura García Lorca me regalaron un ejemplar».

Impresiones y Paisajes
Federico García Lorca

Ese libro de Lorca, cubiertas ilustradas por Ismael de la Serna, está ahora en su biblioteca, en la parte, extensa, que ocupa la poesía, ordenada por épocas y autores, y por tanto al lado, o cerca, de Cernuda, Altolaguirre, Prado, Alberti... «Tengo dos bibliotecas, una en Granada, más profesional, con las primeras ediciones de mis libros, textos sobre historia de la literatura, filología y textos para clase, y esta otra, en Madrid, donde, por resumir, hay poesía, de algún modo bajo mi tutela, y novela, que depende más de Almudena». Así, lo que empezaron siendo dos bibliotecas separadas —la de Almudena Grandes, su mujer, y la suya — se han ido con el paso de los años mezclando, diluyendo una en otra, como afluentes: las novelas que eran de Luis han terminado entre las de Almudena, y los libros de poesía de Almudena andan hoy entre los de Luis, confundidos unos y otros, repetidos a veces, y es complicado ya saber de quién eran originariamente de no ser por alguna marca sutil, un subrayado, una fecha o un nombre en la portada. Porque aunque tiene exlibris, con el sello y el tampón preparado, regalo de su hija Elisa, no se acuerda nunca de utilizarlo.

Pero también la otra biblioteca de Granada se va mezclando sutilmente con esta: libros que vienen aquí, provisionalmente, y se acaban quedando, y otros que viajan a Granada, de visita, y terminan viviendo allí para siempre, un cierto caos de idas y venidas en el que prevalece la incómoda certeza de que hay libros que, invariablemente, están en otro sitio.

Antología

## *Un inesperado escalofrío*

Me habla también de otro libro que leyó en los años setenta, frente al mar, Sermones y moradas, de Rafael Alberti, del que guarda no solo el recuerdo, fascinado, de la lectura, las palabras balsámicas y armoniosas, adjetivos y adverbios, sino también del lugar en el que lo leyó, la playa de Almuñécar, el sol, el mar, la bruma. «Los libros guardan memoria de las cosas, de modo que de aquellos que te marcan recuerdas no solo la lectura, sino también el sitio donde estabas, incluso la sensación física al leerlo, o cuando los consigues; recuerdo, por ejemplo, que cuando Almudena me regaló la primera edición de Campos de Castilla, de Machado, abrí el paquete y, al verlo, literalmente me puse a temblar».

Porque tiene también García Montero un antiguo afán, un vicio —dice— fetichista por el coleccionismo: libros raros, curiosos, o ejemplares firmados por aquellos autores inspiradores —Neruda, Borges, Machado— de quienes busca primeras ediciones, o libros dedicados que le llevan a menudo a almacenes y sótanos, trastiendas, ferias y librerías de viejo, en México, Florida, Buenos Aires... Lugares en los que pasa horas y horas rebuscando libros o revistas: Síntesis, Hora de España, Revista de Occidente o Realidad, la publicación que impulsó su amigo Francisco Ayala en su exilio argentino, y que ha conseguido, al cabo de los años, completar.

En los estantes, encajados como piezas de un mosaico, libros, muchos, de sus amigos: Ángel González, Felipe Benítez Reyes, Joan Margarit, Carlos Marzal o Jaime Gil de Biedma, rodeados de figuras de pensadores que busca por los sitios por los que viaja, o le regalan, y ese libro al que tiene un especial apego, Marinero en tierra, de Rafael Alberti, publicado en Biblioteca Nueva. «Cuando terminé la carrera, empecé una tesis sobre el teatro medieval, pero no conseguía avanzar, así que cambié el tema y la hice sobre la época vanguardista de Alberti, de quien acabé siendo muy amigo».

RAFAEL ALBERTI
MARINERO EN TIERRA
POESIAS
1924
BIBLIOTECA NUEVA
MADRID
1925

En 1925, un joven, seductor, repeinado Rafael Alberti recibió el Premio Nacional por ese libro en el que, en su ejemplar, pegó el voto de Machado que había formado parte del jurado. Más tarde se lo regaló, con un dibujo, a María Teresa León, quien lo convirtió en un álbum familiar: fotos, recuerdos, notas en los márgenes o páginas en blanco. Cuando salió de España camino del exilio, ese fue el único libro que se llevó con ella y que ahora me muestra con unción, con reverencia casi, mientras me habla de cómo entiende los libros, la literatura, como una herencia a la que uno, modestamente, contribuye, y de las bibliotecas como identidad. Y me habla, también, de Pepe Esteban y esa frase suya: «En una biblioteca que se precie, no se enseñan los libros, sino que uno dice lo que quiere ver».

«¿Qué libro quieres ver?», me pregunta.

NTRA.
SR.A. DEL AMOR HERMOS
WAUFRAGIO Y SALVACI
DE RAFAEL ALB

*Las flores del mal*

BAUDELAIRE

«Es un libro con el que cobré conciencia de lo que podía significar una literatura contemporánea y moderna. Lo leí de joven y creo que está presente todavía en mi manera de entender la ciudad».

*Habitaciones separadas*

LUIS GARCÍA MONTERO

Visor

«Creo que este es el libro —se publicó en 1994 — en el que reconozco por primera vez mi voz poética, el libro en el que encontré el tono con el que me identifico todavía».

*Los santos inocentes*

MIGUEL DELIBES

Destino

«Quedé tan impresionado con este libro que cuando volví a leerlo años más tarde, para preparar mis clases, lo hice con cierto temor. Pero volvió a emocionarme y a conmoverme. Un libro se relee con la alegría de que mejora la primera lectura».

**ROSA MONTERO**

# Libros y salamandras

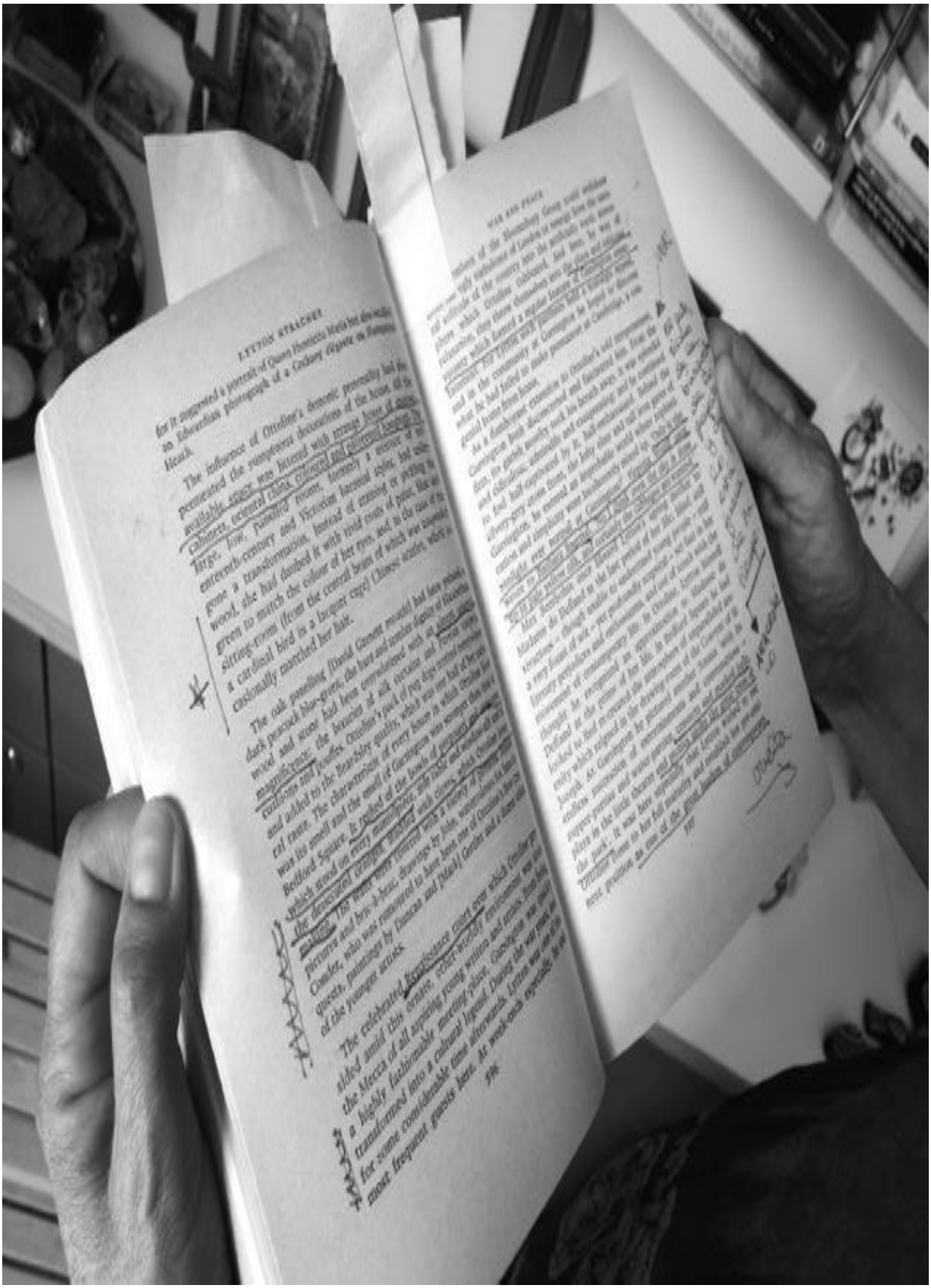
Todo empieza esta vez con una mudanza hace seis, siete años... Uno de esos traslados con algo de los traumas memorables —cajas, muebles, macetas y cinta de embalar— que trastocó aquella biblioteca extensa y no solo ordenada, bastante, sino felizmente asentada tras años de sosiego, consolidada como una vieja empresa familiar.

Llegaba de una casa más grande, con más estanterías, y que exigió un dramático recorte: una veintena de cajas y cajones, tal vez dos o tres mil libros, que acabaron en una ONG. De modo que, me advierte, esta biblioteca que crece algo caótica, ordenada un poco a ojo y acuciada por la falta de espacio, parte de aquel expurgo originario y de dos decisiones que imperan desde entonces como inscritas en tablas de la ley: no tener libros en el salón, y aligerar regularmente aquellos que, sobre las mesas, las baldas, los estantes, se amontonan con arrogancia avasallante.

Así, Rosa Montero (Madrid, 1951) vive la sensación de estar regalando libros todo el tiempo. Libros que sigue comprando o que le llegan de las editoriales y que baja, casi una vez al mes, y después de leerlos, a una librería de viejo al lado de su casa. Se da la paradoja, en consecuencia, de que esta biblioteca, salvo libros de consulta, clásicos de la literatura y novelas de amigos, se ha ido, cada vez más, convirtiendo en una biblioteca de libros sin leer: «Es curioso, sí, porque cada vez guardo más libros sin haberlos leído, mientras que los leídos los regalo», dice. «Y llevo ya tiempo, también, tres o cuatro años, en que compro y leo en ebook. Ahora estoy leyendo Incógnito, de David Eagleman, y lo compré en formato electrónico. Prefiero el papel, es verdad, pero estoy todo el tiempo viajando, y es cómodo para viajar, por no hablar de la falta de espacio».

LOS BORGIA
BOGART
Ya soy Matilda
A Beautiful Mind
THE COMPLETE COLLECTION
SAVATER

En su estudio, de pared a pared, del suelo al techo, una estantería donde se alternan, verticales y horizontales, forzados por la altura de las baldas, diarios de escritores, artistas, correspondencia, biografías de personajes singulares; Durruti, Camus, los Mann, Frida Kahlo, Virginia Woolf, alguna muy antigua, como esa de Lytton Strachey —de la época, hace seguramente treinta y cinco años, en que le fascinó el grupo de Bloomsbury—, y en la que asoman por el lomo, todavía, papelitos que amarillean y que señalan largos subrayados y notas en los márgenes, entre las que se lee, por ejemplo, tinta azul y letra algo escolar, de apuntes y cuadernos: «El patetismo de la búsqueda de lo perfecto, y de lo que está fuera de su tiempo».



## *Libros sobre mujeres*

También hay una gran sección de libros sobre mujeres: Las grandes aventureras de la historia, Mujeres renacentistas o El camino de las damas, escritoras viajeras, en cuya última página en blanco, de cortesía, anotó en su momento —otra de sus costumbres— esa frase de Wharton, «cada mañana nazco feliz».

Al lado, literatura y periodismo, y libros de entrevistas, todo salpicado de una escenografía, singular, de fotos y minerales, dibujos y recuerdos de viajes; una vieja máquina de escribir, plantas, velas y salamandras de la suerte —algo más de doscientas, así que tiene asegurada la ventura— que se asoman, curiosas, desde mesas y baldas, como en el paraíso de los naturalistas.

En el centro, una mesa por la que parecería haber pasado un tornado mediano —libros, notas, papeles y botes de bolígrafos— y en una esquina, una pila con vocación de rascacielos que espera el escrutinio amenazante de las cajas. «No soy nada mitómana, no tengo ediciones caras, ni ejemplares valiosos, aunque sí guardo unos pocos libros antiguos, todos ellos regalos: una edición de Ana Bolena, impresa en Barcelona en 1844, en dos tomitos, o La historia del cielo, editada en 1779, y de la que Carlota, de cachorra, se comió parte del lomo».

MATERIA EXTRAÑA
HISTORIA
del
CIELO
II
TOCAR LOS LIBROS

Carlota, blanca y negra, pelo largo, sedoso, ojos húmedos, mirada melancólica. No hay crítica literaria más indulgente, generosa, voraz, que la de los cachorros.

«¿De qué raza es?», pregunto mientras le acaricio detrás de las orejas. «Un chucho».

Allí cerca, en la entrada, dos cuerpos de estanterías con un batiburrillo, donde se mezcla antropología, historia y ciencia. «Leo muchísimos libros de divulgación científica, me interesa mucho», afirma. «Y todo esto», señala una estantería completa, novela, algo de ensayo, y poesía; Márai, Los rebeldes; Sacks, El tío Tungsteno; Dibujos, de Silvia Plath; Jezabel, de Irène Némirovsky... «Son libros que tengo que leer, que me mandan, y que no me atrevo a dar sin haberlos leído antes».

Enfrente, novela colocada por orden alfabético de autor, Bonilla y Nuria Barrios, Beauvoir, Bowles y Brontë, al lado del viejo Borges, sus Obras Completas en Emecé, uno de sus dioses mayores de esa trilogía laica que completan Conrad y Kafka. Por la C, mucho Carver, Capote y Carpentier. Mucho Coetzee, Cohen, Colette...

TOMPKINS BIRD

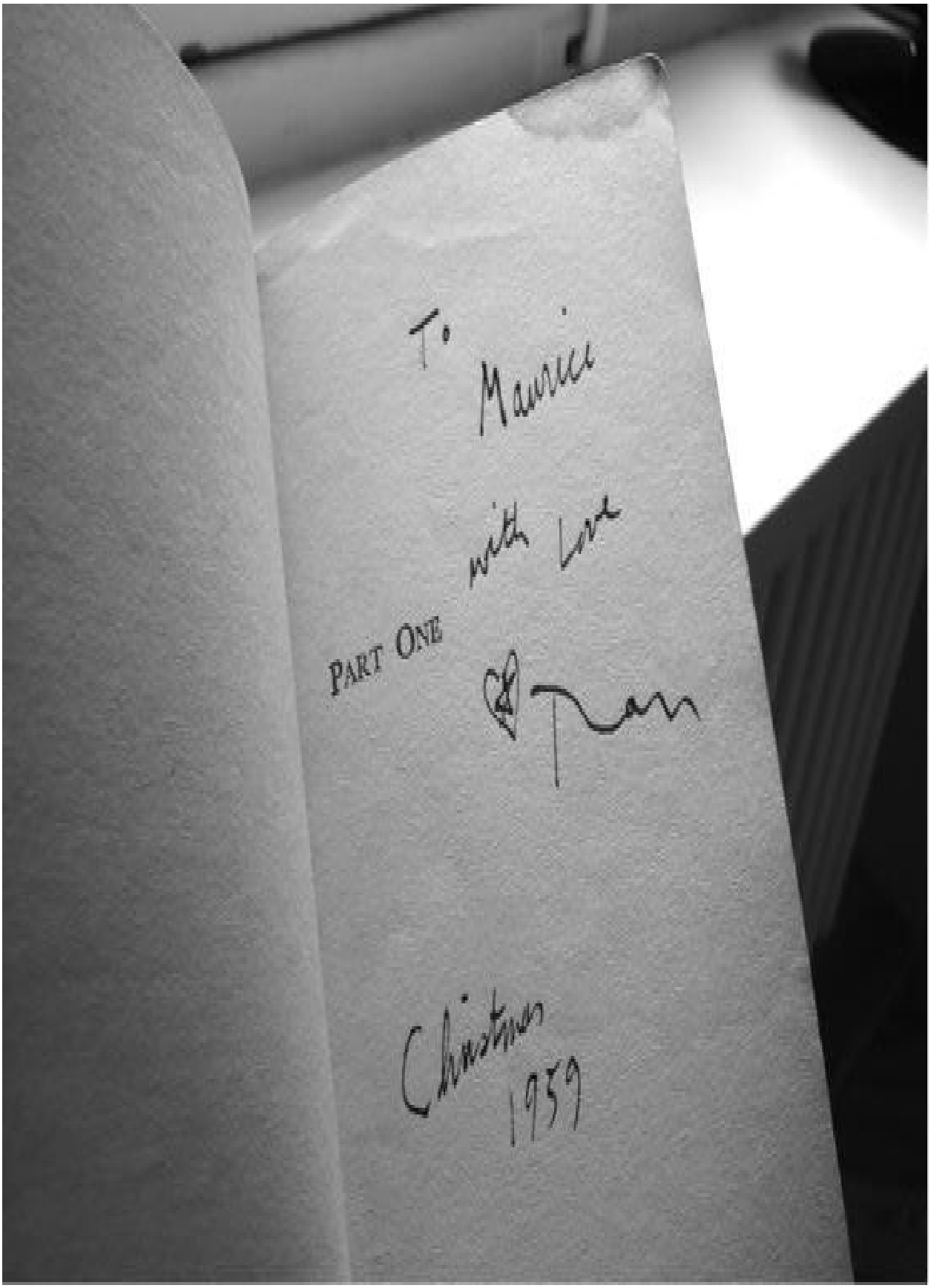
## *El deslumbramiento de Nabokov*

La novela continúa en otra habitación: Cheever y Agatha Christie, London y Elvira Lindo, McCullers y Matute, y Nabokov: una balda casi completa; Pálido fuego, El hechicero, La dádiva y cuatro o cinco ejemplares de Lolita, aquel libro que leyó en Inglaterra, mientras escribía su segunda novela, y que compró en un mercadillo por 18 peniques. Todavía figura el precio en la portadilla, y una dedicatoria antigua, misteriosa, que dice:

*To Maurice*

*with love*

Al lado, dibujada, una estrella dentro de un corazón; una firma —tal vez Dan—, y una fecha: «Christmas, 1959». Los libros, es sabido, conservan a veces en su interior el rastro de amores y de tragedias antiguas.


To
Maurice
with Love
PART ONE
Christmas
1959

«Cuando leí Lolita casi me desmayo, presa del amor», recuerda. «Es un libro de esos que lees como un deslumbramiento. Me pasó, años antes, también con Vargas Llosa y su Conversación en La Catedral». Y busca, por la V, una vieja edición de Seix Barral, en dos tomos con un par de manchas de humedad en el lomo, marrones y de bordes caprichosos, como el mapa de una costa imaginaria.

Me habla, también, de esos autores que uno descubre, como revelaciones, y de los que, de repente, compra todo: Highsmith, Barnes, Flaubert, Ursula K. Le Guin... También libros de viajes, guías, libros que no caben en otra parte, y ese débito de lecturas pendientes al que mira con un deseo casi obsesivo: Carol Oates, Benedetta Craveri, Ovejero...

HERMANASTRO
Dickens

Me fijo, en el pasillo, en un pequeño dibujito, enmarcado, de Picasso. Una cabeza de toro, dedicada a su padre, torero. Hace tiempo, escribió sobre él, y sobre aquellas tardes de calor infinito, en casa de su abuela materna, anciana y enlutada, y sus dos tías. Allí iba su padre a vestirse antes de las corridas; un frágil chisporroteo de caireles y borlas y alamares, en el cuatro de baño. Cuando salía, aquella niña de cuatro o cinco años, hoy animalista militante, le decía desde la puerta «Suerte, papá», y se quedaba allí a oscuras, las persianas bajadas, el bisbiseo del rezo a sus espaldas.

Le esperaba sentada en el alféizar de la ventana, con las piernas colgando entre los barrotes (era un primer piso) hasta que le veía llegar, en uno de aquellos coches negros, inmensos, de las cuadrillas, del que bajaba su padre, vestido de esos colores de los trajes de luces, grana, azul rey, malva chenel, con el capote debajo del brazo, la montera en la mano y la pechera de la camisa manchada de la sangre reseca, plomiza, oscura, de los toros.

Una tarde, en Fréjus, en la Costa Azul, donde toreaba, vio a Picasso sentado en una terraza. Fue a comprar una postal, se la llevó, y le pidió que se la dedicara. «Soy torero», le dijo. Y Picasso, fumando, sonriente, le dibujó una cabeza de toro. «Para Pascual Montero», se lee, letra clara, y algo temblorosa, sobre la firma, firme y de convicción: Picasso.

Y ahí lo dejamos. Hay tanto que leer...

frida
Frida Kahlo
el pincel de la angustia
HEPBURN
ORWELL
NAPOLEÓN

*Lolita*

NABOKOV

«Es la novela que me gustaría haber escrito, creo que no se puede decir nada mejor de un libro, una lectura deslumbrante».

*La carne*

ROSA MONTERO

Alfaguara

«La carne, mi última novela, creo que es el libro más libre que he escrito, y quizá el más arriesgado».

*Los santos inocentes*

MIGUEL DELIBES

Destino

«Seguramente sea un tópico elegir este libro, uno de sus títulos más conocidos, pero creo que Delibes baja en este libro a los infiernos del ser humano».

## MIGUEL DELIBES

# El sello de correos

Cuentan que en aquella casa, llena de niños que crecían y de libros que pasaban de mano en mano —Celia y Guillermo el travieso, o las historias que publicaba, delicadas cubiertas, tapa dura, la editorial Araluce—, no hubo televisión hasta, casi, principios de los setenta. Don Miguel se había partido una pierna y, condenado a la inmovilidad, consintió que se instalara en el salón un televisor —era frecuente, entonces, llamarlo así, en masculino— con una pantalla de cristal gris oscuro, brillante como el caparazón de un animal; el «tubo de imagen», se llamaba con algo de pomposa reverencia, en el que apareció, en blanco y negro, un bailarín.

«¿Es Gades?», preguntó alguien en medio de aquel barullo, gozoso, del estreno.

«No, es Inter», respondió alguien, también, pensando que se estaban refiriendo a la marca.

Es una de esas viejas historias familiares, la del televisor y Gades, que todavía se recuerda, divertida, en aquella casa, de estanterías y libros.

Un día, hace ya tiempo, don Miguel confesó, no sin una cierta enigmática melancolía, que nunca nadie podría hacerse una idea cabal de cómo era su biblioteca, un poco de aluvión, donde, durante años, llegaban con frecuencia no solo libros de amigos y conocidos, muchos, sino ejemplares de cortesía y novedades editoriales que acabaron por ocuparla casi al completo, mezclándose como impostores entre las lecturas voluntarias, y los libros comprados por el mero gusto de leerlos.

Sí consiguió mantener a salvo, aparte, en dos baldas, en su despacho, la pequeña biblioteca que, siendo todavía novios, y en los primeros años de casados, hizo con su mujer, Ángeles de Castro.

Una selección de clásicos —Heine, Chéjov, Stendhal, Victor Hugo, Jane Austen —, que después fue encuadernando, muchos con dedicatorias cariñosas, notas y comentarios que Ángeles escribía, letra firme, angulosa, potente y no siempre fácil de entender, en la portadilla. «No tenía dinero ni para colorete, me contó alguna vez mi madre, pero se compraban un libro casi todos los días», recuerda Elisa Delibes. «Y en muchos de ellos, mi madre escribía lo que esperaba de la lectura, dónde los había comprado, o lo que habían hecho ese día».

## *Comprado por curiosidad*

«Me lo regaló Miguel, hoy 2 de noviembre del 44», se lee en una selección de cuentos de Pushkin; «Lo hemos comprado juntos Miguel y yo», en La flecha negra, de Stevenson; o «Lo compré hoy 5.VI.42 con dinero que me dio Miguel» en el primer tomo del Quijote, papel grisáceo, basto, un poco desvaído, editado en Espasa-Calpe.

A veces, las notas tienen que ver con el contenido del libro, o el autor, o las expectativas que le ha generado. «¿Cómo será esto?», pregunta en un volumen de cuentos de Teixeira de Queiroz, «Comprado por curiosidad, hoy 24.IX.42», o en los Papeles póstumos del club Pickwick, de Dickens, donde escribió: «He comprado este libro hoy 4.IV.43 y aunque ya lo he leído estoy encantada de tenerlo, pues es estupendo».

Aquella primera, selecta, cuidada, modesta biblioteca, encuadernada en piel —holandesa, marrón o roja—, y con las iniciales en el lomo, D. C., Delibes, Castro, ocupa ahora dos estantes, arriba, frente a la mesa de madera oscura, sólida como un lanchón, una gabarra, donde solía escribir Miguel Delibes.

Al lado, dos o tres baldas donde fue colocando, en los últimos años, títulos de Seix Barral: Luis Goytisolo, Bergamín o Salinas... «Estos son libros que había ido comprando a lo largo de su vida, y que fue trayendo de la casa de Sedano, para tenerlos cerca».

Son viejas ediciones, lomos que respiran una cierta fatiga, con faltantes, las esquinas dobladas... Están Onetti, José Donoso, Juan Ferraté, y también Bassani y Umberto Eco, John Updike y Cesare Pavese; lomos blancos con ese código inscrito, algo insólito, abajo —círculos y triángulos, asteriscos— que señalan la novela, el ensayo y los cuentos, colocados por orden de colección, correlativo, en el que salta, de vez en cuando, un número que alguien en su momento sacó, para leer, y nunca devolvió.

Porque tenía la manía, don Miguel, de colocar sus libros, siempre que era posible, por editoriales. Todo Alianza, por ejemplo, en el dormitorio, una pared completa, de aspecto algo inquietante, para la que encargó una estantería a medida; o Destino, la colección Áncora y Delfín, que ocupa otra pared entera del salón —lomos azules, grises, violetas, amarillos—, una propuesta, casi, de arte conceptual. Allí, también ordenados por el número de la colección, están Azorín, Morand, Josep Pla, Conrad, Maurois, y Carmen Laforet, la primera edición de Nada, uno de sus libros favoritos. «Hace años, hubo una inundación en la casa, que afectó a algunos libros y papeles», cuenta Elisa, su hija. «Y revisando las condiciones del seguro, descubrimos que lo único que estaba asegurado expresamente era esa colección de Áncora y Delfín, del salón, de la que siempre estuvo mi padre orgullosísimo».

Delante, aquella vieja mecedora suya, inconfundible, de madera y rejilla, con un cojín, ante la que aparece en muchas fotografías, y donde solía sentarse a leer.

## *Ferlosio y Sampedro*

En otra mesa, en su despacho, cubierta con un tapete verde de fieltro, donde tal vez alguna vez jugó a las cartas, los últimos libros que llegaron, y que dejó en montones para ordenarlos, algunos dedicados: Javier Marías, Francisco Pino, Sampedro o el esquivo Ferlosio, educado y huraño, quien en su edición de «Guapo» y sus isótopos le escribió:

*Querido Delibes, le mando*

*este libro de otros tiempos*

*—no solo míos— con la estima*

*de siempre.*

RAFAEL SÁNCHEZ

Los estantes, en general, limpios de objetos, porque detestaba don Miguel los «chichirimundis», ese mundo de figuritas de cristal o porcelana, postales y muñecos, así que apenas hay, delante de los libros, alguna fotografía familiar, algún adorno, y una docena escasa de casetes que hablan de sus gustos musicales: José Carreras, Quilapayún, Narciso Yepes, La Piquer, o el canto gregoriano.

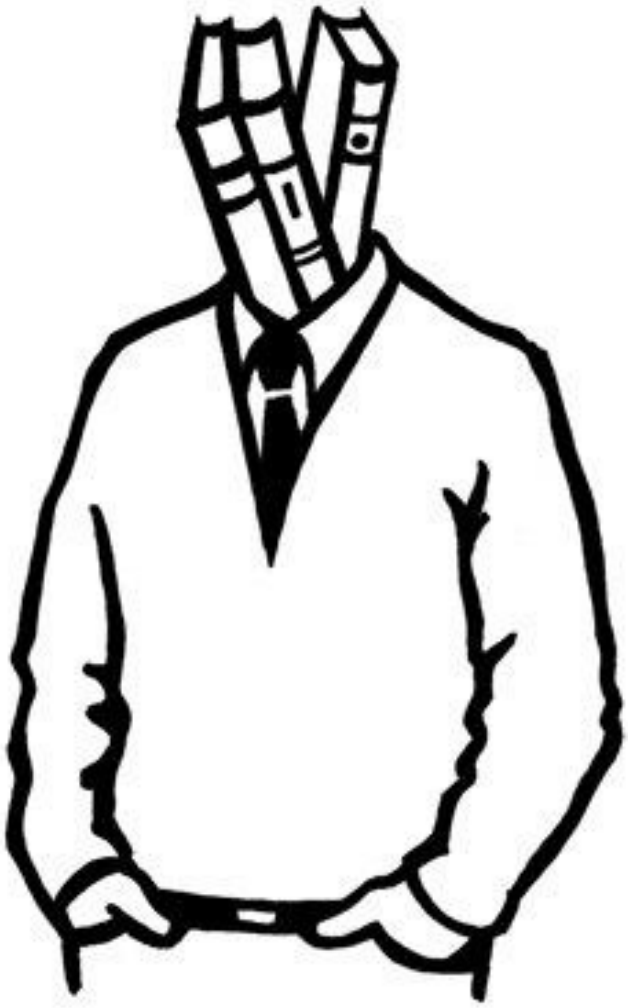
También sus propios libros, en primeras ediciones, dedicados durante años a Ángeles, su mujer, y, ya viudo, a alguno de sus hijos más pequeños que todavía vivían con él. «Era un buen lector, pero tampoco un lector empedernido», recuerda Elisa. «Leía, pero también le gustaba pasear, salir al campo... Lo que no solía era ir a las librerías, le daba mucho apuro que lo reconocieran, así que cuando quería algo, lo decía: me apetece leer, o me apetece que me compréis esto... Y se lo traíamos».

En las estanterías, Proust, Coetzee, Roth, Salinger, Octavio Paz, Caballero Bonald, Trapiello, Lorenzo Silva (le encantaban Chamorro y Bevilacqua), Jesús Ferrero, Garzo, y Baroja —San Pío, decía— Bagatelas de otoño, una antigua edición de Biblioteca Nueva, que le trajo su hijo Miguel y que apenas pudo ya releer.

Roger Caillois - MEDUSA Y CIA.
Camilla Cederna - 8 ½ DE FELLINI
S. H. Eoff - EL PENSAMIENTO MODERNO Y LA NOVELA ESPAÑOLA
Igor A. Caruso - PSICOANALISIS PARA LA PERSONA
Max Frisch - LOS DIFICILES o "J'adore ce qui me brûle"
Pier Paolo Pasolini - MAMMA ROMA
Charles Haldeman - EL CORTESANO DEL SOL
Gregor Von Rezzori - VIVA MARIA
Luis Cernuda - CRITICA, ENSAYOS Y EVOCACIONES
PICARESCA Y EL PUNTO DE VISTA
SUERTE DE GINGER COFFEY
TIERRA MAL BAUTIZADA
VIVIR PARA CONTARLO

14
William
ackeray
enturas
de
Barry
yndon
15
Frank
Thiess
ANGÉLICA
16
Charles
Dickens
17
Theodor
Fontane
El
secreto
de
Effi
Briest
19
Azor
20
Paul
Morand
El
difunto
señor
duque
21
El
pintor
Joaquín
Mir
JOSEPH
CONRAD
FREYA,
LA DE
LAS SIETE
ISLAS
23
MARIONA
REBULL
24
25
André
Maurois
Bernardo
Quesnay
26
Joseph
Peyré
Presa
de las
sombras
27
Carmen
Laforet
NADA

Falta esa estantería, al lado de la mesa, pequeña, holgada, donde hay un diccionario, el Casares, y dos o tres carpetas. Tiene papel de cartas, sellos, sobres y un cuadernillo con los códigos postales de Valladolid... Esa fascinación por el correo que tuvo siempre: los horarios de reparto, la situación de los buzones y las horas de recogida... Enviaba, a menudo, unos tarjetones con su nombre, sin sobre, con el sello en una de las esquinas, escritos con una letra menuda, azul y con frecuencia indescifrable.

Siempre envidió, me cuentan, a Cela porque le habían nombrado cartero honorario, y podía utilizar los servicios de correos sin tener que poner franqueo.

«Con la ilusión que me habría hecho el tampón de cartero honorario», decía.